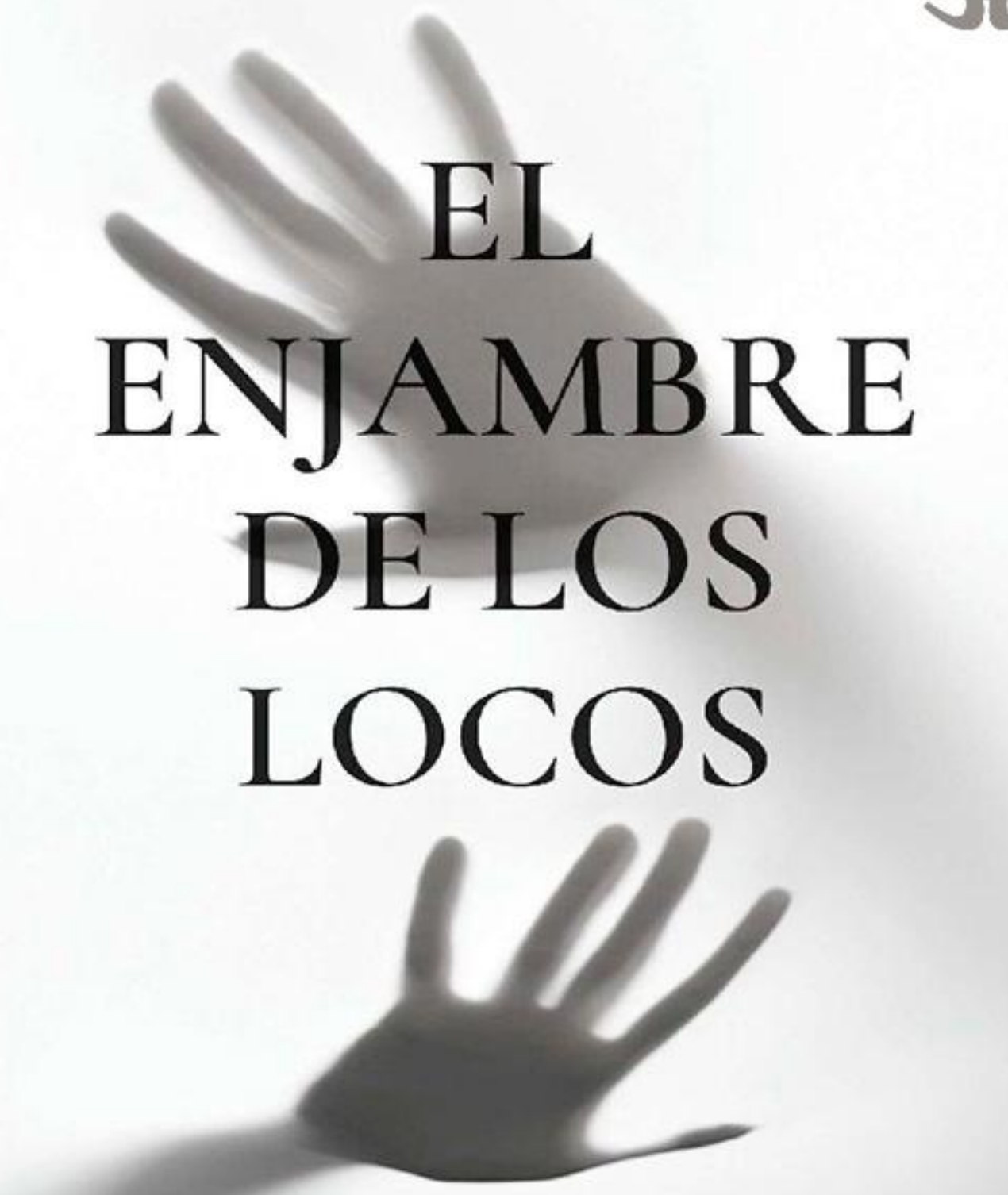


UN THRILLER DE SUSPENSE  
QUE TE ATRAPARÁ HASTA EL  
FINAL



# EL ENJAMBRE DE LOS LOCOS

ANGEL FERNAN

Lectulandia

***Thriller de suspense con toques de terror.***

El inspector de policía Jesús Román investiga el asesinato ocurrido en una zona alta de Barcelona, ¿y si no se trata de un simple crimen? Hay testigos, pero... ¿podrá confiar en ellos?

La investigación le llevará a destapar secretos de un oscuro pasado que parecía estar ya enterrado. Pasado y presente se mezclarán para poder resolver un macabro suceso que lleva años oculto.

**«Existe un lugar en el que se encuentra una casa, cuando te acercas al porche, puedes leer un cartel que dice, “Bienvenidos al enjambre”, y una sonrisa dibujada justo debajo. Atrévete a descubrir el terrible secreto que se oculta entre esas cuatro paredes».**

Ángel Fernández Camuñas

# **El enjambre de los locos**

ePub r1.0

Titivillus 20-10-2025

Título original: *El enjambre de los locos*  
Ángel Fernández Camuñas, 2020

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*A mis padres, lo que soy es gracias a ellos.  
A Sawyer y Neko, por mirarme mientras escribía.*

## Inicio

### *A las afueras de Barcelona, año 1968*

Cuando el inspector encargado del caso llegó a la escena del crimen, no lo pudo evitar, vomitó encima del forense. No le dio tiempo a apartar su boca cuando vio las partes desmembradas del cuerpo. Todo estaba lleno de sangre, la escena era terrorífica. Parecía sacada de una película de terror. Varios agentes reconocieron que jamás habían visto algo parecido, y a pesar de los años de experiencia del inspector no llegaba a acostumbrarse a ver cosas así.

El forense anotó en el informe policial todos los restos encontrados: una mano izquierda, un dedo pulgar e índice de mano derecha, dedo meñique de pie derecho, un ojo y pierna izquierda con la rodilla reventada. Los restos parecían ser de la misma persona, a falta de analizarlos en el laboratorio. El forense dejó reflejado en el informe que los restos eran de un varón de entre veinte y treinta años. Al inspector Sala, le faltaban dos meses para la jubilación después de llegar a un acuerdo con el cuerpo de la policía, ese iba a ser su último caso. Contempló la escena, sintió asco, supo que no iba a ser un caso fácil de resolver. Posiblemente le iba a llevar algo más de dos meses para resolverlo, pero tenía claro que no se jubilaría hasta hacerlo. En ocasiones, solía ser un hombre muy testarudo. Se agachó junto a los restos, observó el cielo ennegrecido y miró al forense.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector.

—Es horrible. Hacía mucho tiempo que no me encontraba algo así —respondió el forense—. En cuanto podamos levantar los restos, iré al laboratorio a analizarlo todo.

—Horrible y un verdadero asco, ¿no crees?

—No quería decirlo así... pero cierto, un completo asco.

—¿Crees que encontrarás algo?

—Difícil. Alguien que ha hecho todo esto no creo que haya dejado ningún cabo suelto. Si encontramos una huella será un milagro.

—¿Dónde estará el resto del cuerpo? ¿Por qué han dejado estos restos aquí? No tiene ningún sentido...

—No lo sé, espero al menos que aparezca la cabeza... será mucho más fácil identificar a la víctima.

Los restos habían sido encontrados por un cazador en un bosque a las afueras de la ciudad. Su perro había olfateado los miembros amputados junto al río. Cuando la policía llegó a la zona, acordonaron todo el lugar, pero en ningún momento encontraron huellas de neumáticos ni pisadas, el que lo había hecho se había tomado demasiadas molestias para borrar cualquier pista.

—Nunca podría haber imaginado que mi último caso sería este —comentó el inspector.

—¿Y qué pensabas? ¿Qué iba a tocarte encontrar al gatito de alguna anciana? —preguntó el forense en tono sarcástico.

—Acaban de denunciar la desaparición de un chico de veintidós años —dijo un agente de uniforme al acercarse al inspector.

—¿Quién ha denunciado la desaparición? —preguntó.

—Su madre. Dice que su hijo se fue a trabajar ayer y no volvió a casa.

—La edad coincide —añadió el forense—. Pero hasta que no saque el ADN de los restos no estaremos del todo seguros.

—Dame todos los datos de la madre y de su hijo, intentaremos cotejarlos cuando tengamos los resultados —ordenó el inspector.

—¿Qué le decimos a la madre? —preguntó el agente.

—Que denuncie la desaparición, todavía es pronto para darle malas noticias.

De repente, unos arbustos que estaban a varios metros de la escena del crimen se movieron, una mujer salió de detrás de ellos y comenzó a correr en dirección contraria a los agentes adentrándose en el frondoso bosque. El inspector Sala ya estaba mayor, si corría detrás de la mujer se quedaría sin aire en apenas llegar a los veinte metros. Varios agentes salieron corriendo y la buscaron por el bosque, al final, lograron alcanzarla, la tiraron al suelo y la esposaron. Cuando el inspector Sala llegó al lugar donde tenían retenida a aquella misteriosa mujer, los dos se miraron a los ojos. Él sabía

que ella era inocente, no supo el motivo, pero lo percibió en su mirada. Sus años de experiencia le habían enseñado a leer las miradas de la gente.

—¿Quién es usted? —preguntó el inspector—. ¿Por qué corría?

La mujer no dijo nada. Estaba en completo silencio y con la mirada perdida. Lo que en ese momento no sabía el inspector, es que esa mujer conocía al detalle la macabra historia que se escondía detrás de los restos encontrados.

# PRIMERA PARTE

## INSECTOS

## *Lo ocurrido un día de febrero de 1975*

Teresa entró en el granero con decisión. El frío de la noche se coló en el interior en cuanto abrió la vieja puerta. El olor era nauseabundo, daban ganas de vomitar al entrar en aquel oscuro lugar. Los miembros amputados del hombre estaban esparcidos por el suelo junto a un enorme reguero de sangre, y su mujer continuaba atada en un rincón con una oreja cortada, no podía hablar, minutos antes le habían cortado la lengua con una cizalla, pero suplicaba piedad con su mirada. Alrededor de ella se encontraban un hombre y una mujer, vestidos con túnicas negras y sus rostros estaban ocultos bajo una capucha. Estaban esperando a que llegase Teresa. El hombre recogió del suelo los brazos de la víctima y los midió en el aire, le resultó curioso que uno fuera un poco más largo que el otro y sonrió. La mujer sin lengua; el apodo que le habían puesto al cortársela, estaba asustada, horrorizada, prácticamente en *shock*, unos minutos antes habían asesinado y mutilado a su marido justo delante de ella. La sangre incluso le salpicó en la cara cuando comenzaron cortándole los brazos. Casi se asfixió con su propio vómito. Después de cortar los brazos a su marido, le cortaron las piernas, pero el hombre ya se había desmayado, y ya casi estaba muerto por la gran cantidad de sangre que había perdido. Por último, le cortaron la cabeza y la dejaron apoyada junto a su mujer, completando con ese gesto una escena totalmente terrorífica.

Teresa, que también vestía con una túnica negra caminó lentamente hacia la mujer después de cerrar el enorme portón del granero. Al llegar a escasos dos metros de ella, se retiró su capucha y la observó, incluso le sonrió, e hizo una mueca siniestra. La mujer no entendía nada, su mirada mostraba horror. «¿*Por qué le estaban haciendo todo eso?*» Pensó ella. Sin ni siquiera mencionar palabra, Teresa sacó un enorme cuchillo que llevaba bajo la túnica, se acercó a la mujer y se lo clavó en un ojo. El hombre y la mujer que la acompañaban comenzaron a bailar emitiendo unos sonidos

estrambóticos que podían llegar a acojonar a cualquiera. Teresa agarró de nuevo el cuchillo y degolló a la mujer, todo se llenó de sangre. Pensó que la sangre debía de ser negra, como el alma de aquella mujer a la que habían estado torturando. Observó la escena, y volvió a sonreír. Aquello la excitaba.

## Capítulo 1

### SANGRE EN LAS MANOS

*Barcelona, febrero de 2015*

Javier llegó más tarde de lo habitual, eran casi las nueve de la noche cuando entró por la puerta. Nueve menos cinco para ser exactos. Su hijo Sergio de doce años estaba sentado en el sofá viendo la televisión, y pudo ver a su padre entrando a paso ligero por la puerta, y sin ni siquiera saludar se fue corriendo hacia el lavabo. Una actitud extraña para un hombre que siempre saludaba al entrar. Un padre ejemplar, un marido perfecto. El niño se levantó y caminó por el pasillo hasta llegar al baño, la puerta había quedado algo abierta y pudo ver como su padre se lavaba las manos a la vez que se observaba en el espejo, comprobó que las llevaba llenas de sangre, el color rojo se mezcló con el agua y se percató que su padre respiraba de una forma muy acelerada. Parecía nervioso. Inquieto. Jamás lo había visto así. Sergio retiró su mirada y se alejó del baño.

—¿Ha llegado tu padre? —preguntó la madre de Sergio asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—Sí. Está en el lavabo —añadió el niño entrando en la cocina.

—Entra y ni saluda. La sopa ya se le ha quedado fría. El próximo día se hará él la cena. ¡Joder! Siempre igual...

Javier salió del lavabo y vio a su mujer en el pasillo mirándole fijamente con cara de enfadada.

—Has llegado tarde —dijo ella—. Una vez más...

—Hola cariño. Lo sé. Uno de los vecinos me ha pedido si podía quedarme un rato más, al parecer habían visto a dos chicos rondando por la zona un poco sospechosos, querían que vigilara un rato —explicó

inventándose la historia, incluso se sorprendió de lo rápido que había conseguido mentir.

Javier había acabado de cumplir los cuarenta y siete años, era alto y delgado, de cabello canoso, trabajaba como conserje en un bloque de pisos en la zona de alta de Barcelona. Todos los vecinos lo apreciaban. Al menos eso creía él. Aunque también sabía que los vecinos eran todos unos falsos, y seguramente le mostraban una sonrisa forzada cuando pasaban por el portal. No era un edificio demasiado grande, siete plantas, pero un vecino por rellano, vivían en él; un matrimonio mayor, una anciana sola con su gato que siempre se perdía, un hombre divorciado, una chica sola con pechos operados, una pareja gay, una madre soltera y un hombre que usaba el piso como despacho.

—¿Todo bien entonces? —preguntó la mujer.

—Todo perfecto Silvia... ¿qué hay de cenar?

—He preparado sopa, pero Sergio y yo ya hemos cenado. Tendrás que calentarla, se te ha quedado fría... como siempre.

Javier se tomó la sopa que Silvia había hecho, pero previamente la calentó, estaba buenísima, como de costumbre, “la mejor sopa de pollo que había probado nunca” decía él. Sergio, con su pijama de dibujos ya puesto, volvió a entrar en la cocina en la que su padre se estaba pelando una manzana de postre.

—He visto la sangre —añadió el niño plantado en medio de la cocina como si fuera un fantasma.

—¿Qué? —preguntó desconcertado su padre.

—¿Qué has hecho papá?

—No he hecho nada Sergio. Vuelve a tu habitación.

—¿De quién era la sangre? —preguntó de nuevo el niño.

—¡Sergio! No era sangre, es solo pintura, he estado ayudando a un amigo a pintar, deja de preguntar y ves a la cama, mañana tienes colegio y ya es tarde.

Sergio siempre había sido un niño muy curioso y algo introvertido, a sus doce años ya tenía bastante madurez a pesar de su joven edad. No se había quedado demasiado satisfecho con la respuesta de su padre. Aún así, se marchó a su habitación.

El niño se encontró con su madre por el pasillo y le dio un beso. Silvia entró en la cocina y puso sus manos en los hombros de Javier y comenzó a darle un sensual masaje.

—Tus masajes son maravillosos —dijo él.

—No te acostumbres —sonrió ella—. ¿Cómo estaba la sopa?

—Muy buena. Ya sabes que me encanta tu sopa. Espero que no te hayas enfadado por llegar tarde.

—No te preocupes, ya se me ha pasado, pero ya sabes que me gusta que cenemos los tres juntos.

—Lo sé... ¿te he dicho que me gusta mucho tu sopa? —preguntó Javier.

—Eres un pelota... ¿te gusta más la sopa o yo?

—La sopa me encanta, pero yo a ti te deseo —respondió él.

Silvia continuó con el masaje y comenzó a besar a su marido en el cuello y a hacerle un masaje en la cabeza pasando sus dedos por el cabello canoso. La verdad es que a Javier se le puso la piel de gallina. Silvia tenía cuarenta y tres años, cabello rubio y ojos azules, le gustaba hacer ejercicio a diario, por eso conservaba un cuerpo de una chica de veinte, si la veías de espaldas podías llegar a confundirte.

—Quiero que me poseas —añadió ella susurrándole al oído—. Quiero ser tuya esta noche.

—No tengo ganas cariño, no te enfades —dijo Javier levantándose de la silla.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, solo estoy cansado.

—Hace semanas que no hacemos el amor, últimamente vienes muy cansado —explicó la mujer.

—Te he dicho que no te enfades, estos días tengo mucho trabajo en la comunidad y estoy cansado, solo es eso. No quiero que le des más vueltas.

—Vale. Me voy a la cama Javier. Buenas noches.

Silvia cerró de un portazo la puerta de la cocina. Javier fregó los platos y se volvió a sentar en la silla de la cocina, pasó sus manos por la cara para intentar esclarecer ideas y pensar en el asesinato que había cometido una hora antes. Recordó la cara de su víctima justo antes de clavarle el cuchillo. Javier se sirvió un vaso de whisky con hielo y saboreó cada trago hasta que de repente, llamaron al timbre. Se dirigió a la entrada y abrió la puerta, se encontró de frente con Armando, el vecino de enfrente, vestido con su pijama marrón a cuadros, y como siempre con manchas de aceite. Armando era un hombre de unos cincuenta y dos años, vivía solo con su

madre, una anciana de algo más de ochenta años que prácticamente no salía de casa. Los vecinos no solían ni verla.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Armando.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde para que llames al timbre —dijo Javier con tono molesto.

—Perdona. Necesitaba saber como había ido.

—Ha ido bien. Está muerto.

—¿Estás seguro? —preguntó Armando.

—¡Joder! Claro que estoy seguro. Lo he apuñalado siete veces y lo he tirado desde el balcón, ¿tú qué crees?

—¡Perfecto! —dijo Armando.

—Me voy, o Silvia nos verá hablando —dijo Javier—. Eres más pesado que una mosca Armando.

—Mañana si quieres tomamos un café, buenas noches Javier.

—Buenas noches —Javier cerró la puerta.

—¿Quién era? —preguntó Silvia apareciendo de repente en el salón.

—Armando... me ha preguntado si tenía unas pastillas para el dolor de cabeza de su madre, pero luego se ha dado cuenta de que aún le quedaban —volvió a mentir descaradamente y se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Ese hombre es muy raro, con esa edad y viviendo con la madre... y ella no sale nunca, capaz es de tenerla muerta y no decírselo a nadie, o tenerla metida en el congelador —añadió Silvia.

—No digas tonterías cariño. Me voy contigo a la cama, tengo sueño y ya es tarde.

El matrimonio se fue a dormir. Silvia cerró los ojos sin saber el secreto que escondían su marido y su vecino. Aunque había algún secreto más que desconocía por completo y podía llegar a hacer que se desmayase.

No muy lejos de allí, la policía había acordonado toda la zona. Una vecina que había bajado a sacar a su perro encontró el cadáver de un hombre entre unos matorrales, presentaba signos de violencia por todo el cuerpo. La mujer lo reconoció en seguida a pesar de toda la sangre, era el vecino del séptimo piso, un hombre solitario que regentaba una pequeña cafetería de la zona. La policía llamó a todas las puertas para intentar hablar con todos los vecinos. Nadie vio ni escuchó absolutamente nada, excepto la vecina

del primero. La señora aseguraba haber visto huir desde su ventana a un hombre con las manos manchadas de sangre. Lo que no sabía el inspector encargado del caso, es que aquel crimen fue el comienzo de algo siniestro, de algo relacionado con un turbio pasado que lo iba a marcar para siempre. Aunque para llegar a comprenderlo, tenía que remontarse a años atrás. La línea que separaba la bondad y la crueldad, era demasiado fina. Y le faltaba muy poco para averiguarlo.

## Capítulo 2

### LA ESCENA DEL CRIMEN

El inspector de policía Jesús Román tecleaba las teclas de su ordenador a gran velocidad. Como si estuviera participando en algún campeonato de tecleo de teclas. Tenía ganas de salir a cenar y quería acabar el informe lo antes posible. Su estómago comenzó a pedirle comida, el sonido de sus tripas podía oírse desde el pasillo. Le vino a la mente una imagen de un plato con un buen trozo de carne con patatas fritas y un buen vaso de vino lleno hasta arriba. Su compañero, el agente Daniel Sánchez entró por la puerta.

—¿Quieres acción? —preguntó Daniel—. Hay trabajo.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos un aviso, posible crimen en un edificio.

—¿Y la cena? —preguntó Jesús—. Odio el turno de noche, y me apetece carne y vino, y muchas patatas fritas, contra más mejor.

—Jefe... cuando acabemos. El trabajo es lo primero.

—Aquí la veteranía no vale para nada —sonrió el inspector.

El inspector Román acabó el informe y los dos se dirigieron a la zona del aviso. Al llegar, el edificio ya estaba acordonado. Los vecinos salieron a la calle y se amontonaron sobre el cordón policial, en primera fila; los más cotillas del barrio. El inspector Román caminó entre la multitud, era un hombre muy seguro de si mismo, a punto de cumplir los sesenta años y más de treinta en el cuerpo de policía. Aunque siempre se quejaba por todo. Era prácticamente por vicio, al menos eso decían los que lo conocían. Por el contrario, su ayudante, el agente Sánchez, rondaba los treinta años, y había visto en la figura del inspector a un gran referente para poder aprender. Llevaban trabajando juntos casi dos años, y se habían

hecho inseparables a pesar de ser tan diferentes el uno del otro. El inspector era impulsivo y directo, y Daniel era algo más precavido en todo lo que hacía.

—Hola inspector —saludó el forense.

—¿Qué tenemos? —preguntó Román observando el cadáver.

—Se llamaba Robert, cincuenta y cinco años, separado con dos hijos, lo han tirado desde su balcón, vive en el séptimo... he contado siete puñaladas, entre abdomen, pecho y costado, se las hicieron antes de tirarlo. Era el dueño de una cafetería que está cerca de aquí.

—Has dicho que está separado, ¿han localizado a su ex mujer? —preguntó Román.

—Todavía no. Estamos en ello. También tiene una hermana, también la estamos intentando localizar.

—Tampoco está tan mal para haber caído de un séptimo —comentó el inspector—. ¿Ha subido alguien a su piso?

—No. Os estábamos esperando —respondió el forense.

—Pues subamos —añadió el agente Sánchez queriéndose hacer notar en aquella conversación de polis veteranos.

El inspector Jesús Román, el agente Daniel Sánchez y el forense subieron por el ascensor hasta el séptimo.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo? —preguntó Daniel.

—Una vecina, vive en otro bloque de la calle de atrás, estaba sacando al perro y vio el cuerpo tirado en los matorrales del jardín de la entrada... es la típica que conoce a todo el barrio —respondió el forense.

—Siempre hay alguien así en todos los barrios —Román sonrió—. En mi bloque hay una mujer que siempre mira por la ventana al vecino de enfrente, y cada día me describe sus calzoncillos. Lo jodido es que esa mujer es mi esposa...

La puerta del séptimo estaba forzada, los tres se pusieron los guantes para intentar no contaminar las pruebas que pudieran haber en la escena del crimen. Entraron, encendieron las luces, pero la luz era demasiado baja, tuvieron que encender linternas para poder ver con claridad, el olor era horrible y apestaba literalmente a mierda, era una mezcla entre heces y olor a muerto. Una cucaracha se les cruzó por el pasillo.

—¡Qué asco! —dijo el forense—. Mira que he visto bichos, pero no me acostumbro a las cucarachas.

Continuaron avanzando por el pasillo y entraron en la habitación. El suelo estaba lleno de heces, el agente Sánchez por poco vomitó. La cama estaba llena de sangre, y las gotas continuaban por el pasillo hasta el balcón.

—Creo que la víctima intentó salir al exterior a pedir ayuda y el asesino lo tiró —dedujo el inspector—. ¿No hay conserje en el edificio?

—Su turno finalizó a las ocho, y por el estado del cadáver murió después de esa hora y antes de las nueve aproximadamente —respondió el forense.

—Quiero todos los datos del conserje, del jardinero, del electricista y de todos los que trabajan en este maldito edificio. Y por supuesto todos los datos de los vecinos... de absolutamente todos —ordenó el inspector Román.

El agente Sánchez apuntaba sin parar en su pequeña libreta de bolsillo. Un agente de uniforme entró en el piso a la vez que pisó una de las heces del suelo.

—Tenemos a una testigo, la vecina del primer piso —dijo—. ¡Joder! Qué asco... está todo lleno de mierda.

—Dicen que pisar una mierda da suerte —añadió el forense.

Bajaron hasta la primera planta y entraron en el piso de Rosario, una señora mayor de algo más de setenta años, viuda desde hacía dos y conocida en todo el barrio.

—Hola Rosario —dijo el inspector.

—¿Han encontrado a mi gato? —preguntó la mujer con la mirada perdida.

Román miró a su compañero y su rostro no fue de alegría precisamente.

—Señora... somos policías, nos ha dicho un compañero que pudo ver a alguien sospechoso, ¿no es así? —añadió Sánchez.

—Un hombre... es verdad, me asomé a la ventana a buscar a Mimo, y vi que salía del portal con las manos llenas de sangre —explicó Rosario—. La verdad es que me asusté mucho.

—¿Pudo verle la cara? —preguntó el inspector Román.

—Ayer le puse la comida y después de comérselo todo me maulló y se fue, ¿han visto a Mimo? Es de color marrón claro —Rosario miró fijamente el cuadro de su gato sobre una mesita—. Ya es mayor, y no

quiero que le pase nada, lo quiero tanto... es lo único que me queda en esta vida, ¿lo han visto?

—Rosario... preste atención por favor, ¿pudo ver la cara de ese hombre con las manos llenas de sangre? —preguntó Daniel.

—No. Solo lo vi de espaldas, llevaba una cazadora negra, es lo único que pude ver... o azul, o quizás era marrón. Ahora no recuerdo bien el color de la cazadora, pero Mimo es de color marrón... su pelo es tan suave... me lo regalaron mis hijos hace muchos años, pero ellos ya no me habla, ¿han visto a mi gato?

—Se te dan bien las viejas compañero —añadió Román—. Al menos ha respondido algo... ya tenemos tres colores de una cazadora para elegir.

—¿Es un alago? —preguntó el agente.

—Tómatelo como quieras... necesito lo antes posible el teléfono y datos de los trabajadores del bloque y de los vecinos, no lo olvides, es nuestra prioridad conocer a todo el mundo... y está claro que esta mujer no va a ser de gran ayuda.

—Mimo es muy bueno... espero que no le haya pasado nada —añadió Rosario—. Siempre se pierde, le gusta esconderse por todos los rincones.

—¿Recuerda algo más Rosario? —preguntó el inspector.

—Suelo ver a menudo a ese hombre... no le vi la cara, pero jamás olvidaría esa cazadora negra... o azul —respondió la mujer—. Disculpen mi memoria, la edad ya no perdona, pero esa cazadora la he visto en más de una ocasión. De eso estoy segura.

—¿Quién es el hombre que lleva cazadora negra, azul o marrón? ¿Trabaja en el bloque? ¿Es un vecino? Intente recordar Rosario —preguntó Sánchez.

—No me acuerdo... solo espero que Mimo esté bien —dijo Rosario—. Si Mimo no está conmigo me será difícil dormir sin él, siempre se acurruca a mi lado y me da tanto amor...

—¡Joder! Menuda loca... —balbuceó el inspector.

Los agentes y el forense se marcharon del piso de la vecina, ya no les estaba facilitando ninguna información, recuerdos borrosos iban y venían. El inspector Román tenía una cosa clara. Iba a ser un caso muy complicado, y la única persona que había visto al asesino no les iba a dar demasiada información. Pero los agentes desconocían que, otra persona había visto la cara del asesino, y esa persona estaba en ese momento más cerca de lo que se podían llegar a imaginar.

## Capítulo 3

### EL CRIMEN

Robert entró en el piso y dejó las llaves encima del mueble de la entrada, pero las llaves cayeron al suelo, se olvidó por completo que había vendido el mueble el día anterior, y el poco dinero que pudo conseguir lo había gastado en un cartón de vino, en algo de carne de pollo y dos magdalenas de chocolate. La cafetería no estaba dando dinero, los clientes ya no entraban como antes. Pensó en su ex mujer, quizá había sido ella la que hubiera ido diciéndole a la gente que no entrase en la cafetería, quizás solo por joder, pero la idea se desvaneció a los segundos, no tenía ningún sentido joder la vida del padre de sus hijos. Robert entró en el comedor y se tumbó en el sofá, estaba completamente agotado. El gato de la vecina del primero apareció corriendo de detrás del sofá y salió por el balcón, otra vez se había estado cagando por todo el suelo del piso, y la verdad es que a Robert le daba exactamente igual, se había dejado tanto que ni siquiera lo limpiaba. Pudo ver una cucaracha caminar libremente en mitad del comedor, no le hizo ni caso, se ciñó solamente a observarla mientras correteaba de un lugar a otro. Seguramente esa cucaracha era más feliz que él. Imaginó el tipo de vida que podía tener, a lo mejor su familia la estaba esperando en un rincón del comedor. Desde que se había separado de su mujer ya no era el mismo, aunque él siempre guardaba la ilusión de poder volver con ella, “de la ilusión también se vive”, pensaba él. Además se lo decía a todos sus amigos, a los pocos que le quedaban. Dos años antes, su mujer cogió a los niños y se los llevó después de cientos de peleas, malas palabras y faltas de respeto. El amor que durante tanto tiempo habían sentido el uno por el otro, se desvaneció. Aunque también podría ser

porque Robert se había estado tirando a una de las camareras de su bar. Pero le daba tanta vergüenza, que no quería reconocerlo.

Robert encendió el televisor, hizo un recorrido por todos los canales buscando algún programa que le llamase la atención, pero no encontró ninguno. La apagó. Cerró los ojos y se durmió en el viejo sofá, sus ronquidos podían oírse desde la otra punta del piso, y en ese momento, un ruido, Robert se sobresaltó, abrió los ojos como un búho y asomó su cabeza hacia el oscuro pasillo, apenas podía ver, la puerta de la entrada estaba cerrada, de eso estaba seguro, pero pudo oír como alguien la estaba forzando desde fuera. La cucaracha ya no estaba. Miró su reloj, eran las ocho y cinco de la tarde. Se levantó del sofá, le entró miedo, aun así caminó hacia la puerta a la vez que escuchaba el sonido de alguna herramienta siendo introducida en la oxidada cerradura. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando observó como la puerta comenzó a abrirse lentamente, el intruso que quería entrar había conseguido abrir la puerta. Robert sintió pánico, entró en su habitación e intentó esconderse bajo la cama, pero su enorme barriga no se lo permitió, “deja de comer bocadillos o reventarás”, pensó en ese instante, así que entró en el armario. Le vinieron tantos recuerdos, el interior de aquel lugar destinado ahora a guardar ropa sucia, aún olía a su ex mujer. Al menos eso creía él. Ella siempre se impregnaba de litros de perfume, del caro. Robert cerró los ojos y se la imaginó a su lado, por un momento incluso se olvidó de que un intruso había entrado en su piso, pero volvió en sí cuando la baldosa del pasillo crujió al pasar el desconocido por encima. A pesar de ser un hombre alto y corpulento, comenzó a temblar en el interior del armario. El intruso cada vez estaba más cerca, Robert lo sentía aproximarse, y sin saber el por qué, se armó de valor y decidió salir del armario y enfrentarse a aquel desconocido, pero cuando abrió las puertas del armario se estremeció cuando delante de él estaba el intruso sujetando un enorme cuchillo con la mano, lo reconoció en seguida, era Javier; el conserje del edificio, y sin poder reaccionar lo apuñaló en el pecho, Robert agachó la cabeza y observó la herida de la que comenzó a salir sangre. Mucha sangre. Sintió frío. Los dos forcejearon y cayeron encima de la cama, el intruso logró apuñalarlo otra vez, y lo apuñaló hasta siete veces, las sábanas se llenaron de sangre. Robert pudo reunir todas las fuerzas que pudo y salió huyendo hacia el comedor dejando un reguero de sangre por todo el suelo. La cucaracha había desaparecido definitivamente,

seguramente aquel insecto se había escondido al percatarse de la pelea de los dos hombres. A la vez que huía, Robert pensó que lo correcto hubiera sido correr hacia el lado izquierdo que es donde estaba la puerta de entrada, pero seguramente las siete puñaladas le impidieron pensar. Supo que no tenía escapatoria, lo único que se le ocurrió fue salir al balcón e intentar gritar y pedir ayuda, y así lo hizo, pero antes de poder emitir el primer grito de auxilio, Javier lo agarró por detrás, lo estampó contra la barandilla, lo levantó como pudo y lo lanzó al vacío desde el balcón del séptimo piso. Javier miró hacia abajo y vio a su víctima muerta entre unos matorrales. Observó a su alrededor y no vio a nadie que pudiera delatarle, así que volvió a entrar al comedor y se marchó del piso de Robert. La cucaracha apareció nuevamente correteando después de salir de debajo del sofá.

Javier bajó las escaleras del edificio tranquilamente para no llamar la atención, pero cuando estaba a punto de llegar a la calle, se encontró con el vecino del tercero, el señor Juan Garrido, un hombre de unos setenta años al que le gustaba hablar demasiado. Javier escondió sus manos ensangrentadas en los bolsillos.

—¿Aún estás por aquí? —preguntó Juan.

—Hola señor Garrido, ya me iba —respondió.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bastante tranquilo la verdad, ojalá fueran todos los días así.

—¿Puedo preguntarte algo?

Javier observó su reloj, eran las ocho y media y se le estaba haciendo tarde, Silvia se estaría preocupando, no quería estar demasiado tiempo allí, pero tampoco quería ser descortés. Pero el cadáver de Robert estaba tirado en los matorrales y no quería que nadie lo encontrara estando todavía ahí.

—Claro... dígame —dijo él.

—Mi esposa lleva unos días bastante seria, y creo que es porque no le hago gestos de cariño, pero es que uno ya llega a una edad en la que solo quiere tranquilidad, ¿sabes lo que quiero decir verdad? Pero me gustaría poder hacerle un detalle, ¿qué me recomiendas Javier?

—Cómprele unas flores y llévela a cenar a un sitio bonito, eso siempre funciona.

—¿Flores y cena? Demasiado me va a costar.

—Pues es lo único que se me ocurre, ahora si me disculpa he de irme señor Garrido.

—Lo siento, te estoy entreteniendo.

—No se preocupe.

—Entonces... ¿flores o cena?

—Si ha de elegir; vayan a cenar —respondió el conserje que volvió a mirar de reojo su reloj.

—Entonces mejor las flores... creo que será más barato —dijo el señor Garrido con una enorme sonrisa—. Aunque más barato sería comprar unos pendientes de bisutería.

—He de irme, lo siento.

—Claro, te estoy entreteniendo. Pues que vaya bien.

—Igualmente señor Garrido.

Javier salió del bloque y camino por la avenida hasta que llegó a su coche. No solamente la vecina del primero había visto salir al asesino del bloque mientras buscaba a su gato Mimo por la ventana, sino que alguien agazapado entre dos coches lo pudo ver salir de allí con las manos ensangrentadas después de haber visto caer el cuerpo de Robert desde el séptimo. Alguien que iba a complicar todo el plan. Una persona que escondía sus propios secretos.

## Capítulo 4

### AMANTES

El día amaneció nublado, a primera hora cayeron algunas gotas de lluvia, pero paró en pocos minutos. Silvia salió del baño y como cada día iba con prisas. Nunca entendía el motivo, pero siempre tarde. En esa familia las prisas eran una costumbre demasiado habitual. Javier ya se había ido, entraba bastante temprano a trabajar.

—¡Sergio! ¿Ya estás listo? Llegarás tarde al colegio —gritó.

—Ya estoy mamá... me pongo la chaqueta y ya podemos irnos —respondió el niño a gritos desde su habitación.

—Siempre corriendo a todos sitios —murmuró Silvia entre dientes.

Madre e hijo salieron del piso, bajaron hasta la calle, subieron al destartalado coche de ella y puso rumbo al colegio.

—Anoche papá llegó con las manos manchadas de sangre —añadió Sergio rompiendo el silencio.

—¿Qué? —preguntó extrañada su madre.

—Cuando llegó se fue directo al baño, pude verle limpiándose las, había mucha sangre mamá.

—¿Sangre? No puede ser Sergio, ¿le dijiste algo a tu padre?

—Se lo dije, pero me comentó que era pintura roja, que había estado pintando con un amigo.

—Pues si te dijo que era pintura lo es, no tiene ningún sentido que tu padre llegase con las manos llenas de sangre.

—Lo defiendes porque es tu marido...

—¿Mi marido? Sí claro, y también es tú padre, te parece hablando a una de mis amigas. Tienes cosas de vieja.

—Tú eres vieja.

—¡Sergio!

—Perdón. Pero es la verdad —sonrió—. Por lo menos más que yo.

Silvia paró en la gasolinera como cada mañana. Quería ver al dependiente, y la excusa, comprar una botella de agua. Aquel chico la volvía loca, no entendía el motivo, pero así era. El dependiente tenía alrededor de unos treinta años, bastante menor que ella, siempre iba bien afeitado, con sus gafas de montura negra y unos tejanos que la volvían completamente majara. Necesitaba darse ese pequeño capricho de buena mañana, y más ahora que nunca, ya que Javier no le respondía. Las mañanas eran lo mejor, primero un vistazo al chico de la gasolinera, y después haría el amor locamente con su amante. Silvia salió del establecimiento soltando un ligero suspiro.

Unos cinco minutos después, paró el vehículo junto al semáforo, habían llegado al colegio. Sergio bajó y desde la distancia le lanzó un beso a su madre. La mujer arrancó, y de camino a una de las casas donde tenía que trabajar por la mañana, comenzó a pensar en lo que le había explicado Sergio, lo que no entendía era el motivo por el cual Javier no le había contado nada sobre lo de pintar en casa de un amigo, «¿la había engañado?» Se hizo varias preguntas así misma, pero no llegó a comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Deseaba que llegase la noche para poder hablar con él y que le aclarase todo el asunto. Aunque en realidad, le importaba una mierda. También pensó en que Javier pudiera tener una amante, y después de plegar hubieran estado haciendo el amor sobre un cuadro recién pintado de pintura roja, nada tenía sentido. Comenzó a pensar cosas demasiado absurdas, «¿y si Javier tenía una amante?», en parte, tampoco le preocupaba demasiado, ya que ella si lo tenía, y hacían el amor como nunca lo había hecho con su marido, pero realmente le jodía bastante que Javier se pudiera estar acostando con otra. Aunque también pensó que realmente era verdad que había estado ayudando a un amigo a pintar. Se estaba calentando demasiado la cabeza. Pero en el fondo, a ella, le importaba una mierda.

Silvia estacionó el coche enfrente de la casa, era enorme, una mansión de tres plantas, jardín, piscina, bodega, *parking* para cuatro coches, un sótano e incluso una habitación del pánico que escondía un pequeño secreto que solo el dueño de la casa conocía. Llevaba cinco meses limpiando en aquella enorme mansión, la familia le pagaba bien, iba cada día de lunes a viernes de nueve y media de la mañana a dos del mediodía.

Su marido le había conseguido ese trabajo cinco meses antes, a través de un amigo que conocía a otro amigo. Limpiaba, hacía las camas y dejaba la comida hecha para cuando los niños llegasen del colegio. La madre de la familia era una mujer apuesta y elegante, de pocas palabras, solo hablaba lo justo. Era doctora en un hospital cercano y jefa de planta, y por supuesto, una de las doctoras con más reputación de la ciudad. El marido, trabajaba desde casa, dirigía una empresa de perfumes desde ahí. Una empresa que contaba con más de quinientas tiendas a nivel mundial. La sede, era aquella enorme mansión en la que Silvia llevaba acudiendo cinco meses para encargarse de las labores domésticas.

Silvia se cambió en el cuarto de siempre, rodeada por la escoba y el cubo de fregar, y cuando salió con su uniforme se encontró de frente con Alan. Lo observó, “era tan guapo”, pensó ella. También pensó en su miembro cuando bajó su mirada hacia la bragueta.

—¿Te ha dicho mi mujer algo sobre la comida de hoy?

—No, no he hablado con la señora —respondió Silvia.

—Quiere que hoy le hagas a los niños pescado, hace mucho que no comen —él le guiñó un ojo.

—De acuerdo, ningún problema —sonrió.

—Bajo a la bodega —añadió él.

La casa estaba llena de cámaras de seguridad, la mujer de Alan quería sentirse segura dentro de su hogar. Por ese motivo, cuando Alan y Silvia hacían el amor, bajaban a la bodega, era el único lugar de la casa en el que no había cámaras. Cuatro meses antes, ninguno de los dos lo supo, nunca supieron si fue por atracción o por morbo, pero se hicieron amantes. Alan lo tenía todo, pero se había vuelto loco por aquella mujer que limpiaba su casa. Él rondaba los cincuenta y cinco años, siempre apuesta y elegante, con el cabello moreno engominado hacia atrás y una perfilada perilla. Y a pesar de su edad era un hombre muy sexy. Además, conseguía que Silvia llegase a unos orgasmos increíbles. A ella le encantaba, se volvía completamente loca, era feliz trabajando en aquella casa. Su amante era perfecto. La primera vez, lo hicieron en el suelo de la bodega, se dejaron llevar por la pasión, aquello era una locura decía Alan, pero Silvia lo volvía loco. A veces, ella, se imaginaba haciéndolo con Alan y el dependiente de la gasolinera, aquello la elevaba hacia las estrellas. Pero solo era eso, imaginación. Los problemas vinieron después, y fue cuando aprovechando uno de los viajes de Alan fuera del país visitando algunas de

sus tiendas, su mujer Maite aprovechó para instalar la única cámara de seguridad que faltaba en la casa; la de la bodega. Y ese día, justo en un descanso en el hospital, a Maite no se le ocurrió otra cosa que conectarse a las cámaras desde su teléfono móvil. Lo último que esperaba ver ese día, era a la asistente cabalgando sobre su guapo y rico marido.

## Capítulo 5

### EL CONSERJE

El inspector Jesús Román se sentó en la mesa de siempre, miró las piernas de la camarera, le encantaban, le recordaban a las de su mujer cuando era joven.

—¿Qué te sirvo? —preguntó la chica.

—Lo de siempre —respondió el inspector.

—¿Qué es lo de siempre?

—¡Joder Amanda! Vengo cada mañana, ¿y aún me preguntas qué es lo de siempre?

—Yo no soy Amanda, soy Nuria... Amanda vendrá por la tarde.

—¿En serio? Os parecéis demasiado, ¿me estaré volviendo loco? —sonrió—. Pues ponme un café solo y un bocadillo de queso.

El agente Daniel Sánchez entró por la puerta de la cafetería.

—¿Cómo se llama esa camarera? —preguntó el inspector.

—Esa es Nuria, ¿no? —respondió Daniel mirando a la chica.

—¡No jodas! Yo creí que era Amanda.

—¿Amanda? Tú no estás bien eh, no se parecen en nada. No te sienta demasiado bien el turno de noche jefe.

—La verdad es que no, prefiero el turno de día y así tener la noche libre para irme a los clubs de *striptease*. Bueno, da igual... vamos a ver, ¿qué tenemos hasta ahora? —preguntó el inspector.

—Alguien entró en el piso de Robert, lo apuñalan y luego lo tiran desde el séptimo piso. El cadáver lo encuentra una vecina de la zona, y Rosario, que es la mujer que vive en el primero, ve a alguien salir con las manos ensangrentadas del edificio, dice que la cazadora negra o de ves a saber que maldito color, la suele ver a menudo, por lo tanto es alguien que

quizás vaya al edificio habitualmente, ¿un trabajador? ¿el familiar de algún vecino? ¿un vecino? —explicó el agente Sánchez.

—Tenemos que encontrar a ese asesino. Y no te fíes mucho de lo que diga esa vieja.

—Encontraremos a ese asesino jefe.

—Cuando Amanda nos traiga todo para que podamos desayunar iremos a hablar con el conserje del edificio, y luego nos iremos a dormir. Lo necesitamos.

—Nuria.

—¿Qué? —preguntó el inspector.

—No es Amanda, es Nuria.

—¡Eso! Se me ha metido ese nombre en la cabeza.

Cuando los dos policías desayunaron, se dirigieron hacia el edificio en el que la noche anterior había aparecido el cadáver de Robert. Entraron en el bloque y se encontraron a Javier; el conserje del edificio.

—Buenos días —dijo Jesús Román.

—Hola, buenos días —añadió Javier.

—Él es el agente Daniel Sánchez y yo el inspector Jesús Román, ¿es usted el conserje del edificio?

—Así es —respondió—. Soy Javier. Lo habrán imaginado por este uniforme absurdo que me hacen llevar.

—Más o menos... supongo que se habrá enterado de lo del vecino del séptimo —explicó Román.

—Me he enterado esta mañana, ha sido terrible. Me lo ha explicado Rosario, es la vecina del primero.

—Si, la conocemos, es una señora muy entrañable —dijo Sánchez—. Y su gato Mimo al que no conocemos seguro que también.

—¿A qué hora se fue ayer? —preguntó el inspector Román.

—A las ocho.

—¿Pudo ver algo raro? ¿Alguien sospechoso?

—No. Todo estaba muy tranquilo la verdad.

—¿Algún día de esta semana o de la otra vio algo raro? —el inspector necesitaba algo bueno para iniciar la investigación.

—De verdad que no, esta es una zona muy tranquila. No suele pasar nada raro.

—Pues ayer mataron a un vecino, lo apuñalaron siete veces —añadió Sánchez—. Y además lo tiraron desde el balcón. Para no pasar nada raro...

—Me he enterado de todo, es horrible, aún no me lo creo —Javier estaba nervioso, aunque conseguía disimularlo bastante bien.

—¿Cuántos empleados trabajan en el edificio a parte de usted? —preguntó Román.

—El jardinero, un chico de mantenimiento que lleva los temas de electricidad y el que lleva el mantenimiento de la piscina.

—¿Conocía a la víctima? —preguntó Sánchez.

—Robert era un tipo raro, hace dos años su mujer se fue con los dos hijos, a partir de ese día no volvió a ser el mismo. Es el dueño de una cafetería pero la verdad es que últimamente el negocio no le iba demasiado bien. Los clientes de siempre habían dejado de ir, quizá por la crisis o vaya a saber el motivo —explicó Javier—. No trataba demasiado con él, lo justo de vernos por aquí y ya está.

—¿Alguna vez le habló de algo extraño? ¿O si alguien lo seguía o lo amenazaba? —preguntó el inspector a la vez que observó su reloj.

—Nunca. Robert se volvió muy solitario, apenas hablaba con nadie.

—De momento esto es todo, gracias por responder nuestras preguntas —dijo Jesús—. Si tenemos más preguntas vendremos a verle.

Los dos policías se fueron de la escena del crimen y subieron al coche.

—Aún tenemos que hablar con los otros trabajadores del edificio —añadió el agente Sánchez.

—Lo haremos. Pero quiero dormir, el turno de noche ha sido muy largo —replicó Román.

No muy lejos de allí, quizá a unos tres kilómetros aproximadamente, cuando llegó la tarde y comenzó a anochecer, un hombre llamado Julio entró en su casa, caminó por el comedor y al llegar a la cocina abrió la nevera, cogió una cerveza y se la bebió prácticamente de un trago. Estaba sediento. Quiso comer un poco de pollo del día anterior, pero ya no quedaba, seguramente su hermana se lo habría comido. Observó por la ventana y miró hacia el horizonte, suspiró y sacó de un bolsillo un frasco con cianuro. Se lo había comprado a un hombre al que conoció en un bar. Se vistió con un bonito traje gris y se peinó mejor que nunca, la cita lo requería. Estaba a punto de acabar con la vida de una persona.

## Capítulo 6

### CIANURO

Julio salió del ascensor después de estar mirándose durante todo el recorrido en el espejo. Observó su cabello engominado y sobretodo sus dientes, estaban perfectamente limpios y blancos. No había ni rastro de comida. La cita de esa noche era muy importante, y nada podía salir mal, Julio introdujo su mano en el bolsillo y sacó el frasco con el cianuro, quiso asegurarse de que lo llevaba. Su cita lo estaba esperando en el lugar de encuentro, y ya llegaba tarde; como de costumbre. Así que al llegar a la calle observó con detenimiento intentando encontrar su coche, no recordaba el lugar donde lo había dejado, al visualizarlo, fue hacia él, abrió la puerta, se sentó intentando no arrugar la americana por detrás y arrancó. El restaurante no estaba demasiado lejos, si no encontraba demasiado tráfico podría llegar en unos quince minutos.

Al llegar, Julio estacionó su vehículo en un *parking* subterráneo, no quería llamar demasiado la atención. Caminó hacia el restaurante, seguro de si mismo, teniendo claro lo que debía de hacer. Acabar con la vida de una persona. Así se lo había ordenado su madre, que fuese una muerte limpia y rápida. Le faltaba un mes para cumplir los cincuenta años, ni alto ni bajo, bastante atractivo, y cabello algo canoso, pero no demasiado, las canas le daban un toque característico y misterioso. Abrió las puertas del restaurante y observó por toda la sala, pudo verla en una de las mesas del final, con vestido negro y cabello caoba recogido en una cola. Julio caminó hacia la mujer, le guiñó un ojo y se sentó en la mesa. “Lástima que tenía que matarla”, pensó él, la verdad es que era una mujer increíble. Preciosa. Se excitó. Estaba buenísima.

—Estás guapísima Claudia —dijo él con una enorme sonrisa.

—Gracias. Tú también.

—Disculpa que me haya retrasado.

—No te preocupes, dicen que lo bueno se hace esperar —dijo Claudia con una pícara sonrisa mientras se mordía el labio inferior.

—Podríamos pedir una botella de vino. De las caras —añadió Julio.

—Me parece bien. ¿Pagas tú? —sonrió.

—Claro... soy un caballero.

—Entonces sí, pídelo —volvió a sonreír—. Es broma, podemos pagar a medias.

El camarero llegó, les tomó nota de los platos que iban a pedir y Julio pidió una botella de vino tinto, de los más caros de la carta.

—Me sorprendió que me invitaras a salir, no es algo que me suceda a menudo —añadió Claudia.

—Bueno... llevaba tiempo observándote, no me mal interpretes, me refiero a las veces que te veía en la parada de autobús, supongo que a esas horas ibas a trabajar.

—Exacto. Trabajo muy cerquita de donde tú vives parece ser —volvió a sonreír.

El camarero trajo la botella de vino, la abrió y sirvió una copa a cada uno, la cataron y dieron el visto bueno al camarero. Claudia no entendía demasiado, así que fingió gustarle, aunque en el fondo estaba deseando escupirlo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él.

—Soy profesora.

—¡Qué bien! ¿Das clases a niños pequeños?

—Doy clases de historia a niños de secundaria, pero esos ya son mayorcitos, los niños pequeños no son lo mío —nuevamente Claudia mostró su bella sonrisa—. ¿Me disculpas? Voy a ir un momento al servicio.

—¡Claro! No te preocupes —dijo él.

Claudia se levantó y caminó hacia el lavabo. Julio la observó por detrás y volvió a excitarse. Era el momento que él estaba esperando, cuando supo lo que tenía que hacer no veía muy claro si lo haría en un descuido de ella o cuando se levantase para ir al baño, efectivamente fue lo segundo, no dudó ni un segundo, sacó del bolsillo de su pantalón el pequeño frasco que contenía cianuro, los miligramos justos como para que a Claudia le diera un paro cardíaco en mitad del local. Julio había sido

inteligente, eligió un restaurante bastante lejano de cualquier hospital o comisaría, así no podrían llegar a tiempo a salvarla, pero a decir verdad, con esa cantidad de cianuro, en pocos minutos estaría muerta. Observó a su alrededor, quiso asegurarse de que nadie lo veía, y minutos antes había comprobado que no habían cámaras de seguridad que pudieran delatarle, así que, volcó el cianuro en el interior de la copa de vino y removi6 con un cubierto. Claudia volvió del baño, y sonrió a la vez que se sentaba nuevamente en la silla.

—¿Brindamos? —preguntó él alzando su copa.

—Por supuesto —ella también la alzó.

—Por esta maravillosa cita.

—Eso mismo. Y por muchas más.

Claudia bebió su copa, hasta la última gota.

—El vino sabe raro —dijo ella saboreándolo en la boca.

—La verdad es que sí, pero se puede beber —explicó él sin darle demasiada importancia—. Ahora he de ir yo al servicio.

—Te espero aquí —dijo ella—. No tardes.

Julio no fue al lavabo. Se dirigió a la puerta y salió a la calle, entró en el *parking* y subió al coche, se alejó lo más rápido que pudo. Lo que ocurrió unos minutos después creó un gran impacto entre los comensales, Claudia comenzó a convulsionar, tenía dificultades para respirar, su frecuencia cardíaca bajó. Murió en tan solo siete minutos.

## Capítulo 7

### TRIO MORTAL

Silvia se subió las medias y se puso el uniforme. Alan continuaba tumbado junto a ella. Habían hecho el amor dos veces, y los gemidos de Silvia se pudieron oír por toda la casa. Gracias a dios en ese momento no había nadie allí pensó ella.

—Tengo que seguir limpiando —dijo ella.

—No te preocupes, tienes tiempo todavía —añadió Alan.

—No quiero que llegue tu mujer y lo encuentre todo por hacer.

—Te he dicho que no te preocupes Silvia. Estás conmigo, intenta relajarte. Maite viene mucho más tarde. Y los niños aún no han salido del colegio.

—Algún día me gustaría salir de esta bodega contigo, ir a un hotel, a una habitación normal, beber champán y reírnos hasta que amanezca —explicó ella—. Y hacer el amor hasta que estemos agotados.

—Estás casada, y yo también. Es una situación muy complicada.

—Lo sé.

—Es algo que nos encantaría a los dos, pero por ahora sabes que no puede ser —explicó él.

—Lo sé Alan... perdona si te ha molestado.

—No te preocupes. Mejor no hablar de eso ahora.

En ese preciso instante, la puerta del garaje se abrió. Los amantes pudieron oírla desde la bodega. Alan y Silvia se sobresaltaron y acabaron de vestirse como pudieron.

—¿Es tu mujer? —preguntó asustada Silvia.

—No lo creo, se fue a trabajar y nunca viene hasta más tarde.

—Mierda Alan, pues si no es ella están entrando a robar.

—¡Joder! Mi coche nuevo...

—¡Cerdo! ¡Hijo de puta! —gritó Maite desde el garaje—. ¡Te voy a matar!

—¡Mierda! Pues sí, ha venido. Es Maite —añadió Alan—. Vístete rápido.

Maite entró de repente en la bodega y se los encontró justo delante. Alan se estaba acabando de abrochar el pantalón, y Silvia con sus cabellos alborotados no supo ni donde meterse. Uno de sus pechos asomaba por encima del vestido.

—¿Qué hacéis? —preguntó Maite.

—He bajado a enseñarle a Silvia donde limpiar la bodega, ya estaba algo sucia —explicó Alan.

—¡Eres un cerdo mentiroso! Os he visto por el móvil desde la cámara que instalaron.

—¿Cámara? ¿Qué cámara? —se preguntó Alan observando las paredes.

—Lo siento mucho Maite, yo no quería... —añadió Silvia.

—¡Cállate cerda! Ya me ocuparé de ti después, te has estado follando a mi marido delante de mis narices, va a haber sangre —interrumpió Maite—. Mucha sangre.

—Deberías tranquilizarte cariño, creo que deberíamos subir y hablar de todo esto con calma —propuso Alan.

—¡Una mierda! —Maite estaba histérica—. Te voy a matar cabrón. Os voy a matar a los dos. Os enterraré en el jardín y mearé encima de vuestros cadáveres todos los días.

Maite sacó de su bolso un enorme cuchillo de carnicero, antes de bajar a la bodega entró en la cocina y había cogido el más grande que encontró en el cajón, era el que usaba para partir los filetes de ternera. Increíblemente afilado. Se había vuelto completamente loca de ver a su marido haciendo el amor con Silvia a través de la cámara de vigilancia que había mandado instalar en la bodega. Maite era ahora lo más parecido a un mosquito sediento de sangre. La mujer corrió hacia su marido con el cuchillo en alto y maldiciendo en voz alta. La escena parecía sacada de una película de terror. Alan la pudo esquivar, la cogió por el cabello y consiguió que soltara el enorme cuchillo, agarró la cabeza de su mujer y la estampó contra la pared reventándole la nariz. Maite cayó inconsciente en

el suelo. Silvia se había quedado horrorizada en un rincón viendo como la sangre salía de la frente y de la nariz de Maite.

—¿Estás bien? —le preguntó Alan.

—Creo que me he cagado encima —respondió Silvia—. Se nos ha ido completamente de las manos.

—¡Joder Silvia! Huele a mierda. Te has cagado de verdad.

—Ya te lo he dicho.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

En ese momento, Maite se levantó enfurecida del suelo, y gritando como una loca se lanzó como un demonio enfurecido hacia los amantes. Alan pudo coger el cuchillo del suelo y cuando Maite se le tiró encima se lo clavó en el pecho. La mujer comenzó a desangrarse, el suelo de la bodega se llenó de sangre. Silvia comenzó a temblar, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Alan se acercó a su mujer, estaba muerta. Le había clavado el cuchillo tan profundo que incluso le costó quitarlo. Cuando lo retiró habían trozos de carne en el filo.

—¿Qué has hecho? —pregunto Silvia—. ¡La has matado!

—¡Joder! Se había vuelto loca, ha sido sin querer. Yo no quería...

—¿Qué hacemos?

—Déjame pensar...

—Tenemos que llamar a la policía —interrumpió ella.

—¿A la policía? No podemos... esto es un asesinato Silvia, ¿quieres que vayamos a la cárcel? Tenemos que deshacernos del cadáver.

—¿Estás loco? No pienso enterrarlo en tu jardín para luego mearme encima... no me pidas eso por favor.

—No digas gilipolleces... no voy a enterrarla en el jardín.

—Creo que lo mejor será llamar a la policía. Es la mejor opción.

—Estás casada y con un hijo, ¿quieres arruinar tu vida? ¿Quién cuidará a Sergio cuándo no estés? ¿El inútil de tu marido?

—Pero yo no he hecho nada —dijo ella.

—Eres cómplice de todo esto. Ya no hay vuelta atrás, tenemos que envolverla con un plástico y deshacernos del cuerpo.

Silvia se echó las manos a la cabeza, se recogió el cabello en una cola, se guardó el pecho visible bajo el vestido y observó aquella escena en la que sin querer se había involucrado.

—¡Dios mío Alan! No puedo creer que esté pasando esto.

—Ahora tenemos que mantener la calma Silvia, no quiero que te pongas nerviosa, saldremos de esta.

En ese momento el timbre de la casa sonó. Alan miró su reloj y no recordaba que a esa hora tenía una reunión importante con un distribuidor de perfumes.

—¡Mierda! No me acordaba de la cita.

—¿Qué cita? —preguntó ella.

—Una reunión muy importante.

—¿Y qué me quieres decir? —preguntó alterada.

—Tendrás que esperar aquí hasta que acabe la reunión.

—¿Qué? ¿Vas a dejarme aquí abajo con tu mujer muerta? —preguntó mientras el timbre volvía a sonar.

—¡Silvia! Por favor, acabaré pronto, pero necesito que te quedes aquí, yo bajaré en cuanto acabe, ¿de acuerdo?

Silvia decidió confiar en Alan. Así que mientras él subió a atender la visita, ella se quedó en la bodega junto al cadáver. Pero todo comenzó a complicarse cuando Maite abrió de forma inesperada los ojos. Todavía seguía con vida, y estaba más endemoniada que nunca. Aquella situación se le había ido de las manos, tenía claro que no podía matar a su marido, pero quería acabar con él.

## Capítulo 8

### LA HABITACIÓN SECRETA

Armando le preparó el vaso de leche a su madre antes de que ella se fuera a dormir. Observó su reloj, aún no eran ni las ocho y media y Javier todavía no había llegado. Armando estuvo mirando todo el rato por la mirilla de la puerta pero no lo veía llegar. Quería saber como había ido el asesinato de Robert, estaba impaciente, ansiaba oír que ya estaba muerto, y así poder darle la noticia a su madre. El vaso de leche quemaba, así que esperó a que se enfriase un poco antes de llevárselo a su anciana madre.

—¡Armando! —gritó la mujer desde la otra punta del piso.

—Dime madre —dijo él gritando.

—¿Dónde está mi vaso de leche? Cada día me la traes más tarde.

—Ya voy madre, estoy esperando a que se enfríe, sino después me dices que te quemas la lengua.

—¿Lengua? A mi edad ya no me siento la lengua... —balbuceó ella desde la habitación.

Armando acercó el vaso de leche a la habitación de su madre. Ella estaba acostada en la cama, se inclinó un poco para poder bebérsela.

—¡Joder! Me he quemado —gritó la mujer.

—Ya te lo había dicho. Parece que nunca me escuchas. Estoy cansado de que no me escuches. Hablar contigo es como hablarle a una pared.

—Déjame el vaso ahí encima y cállate de una maldita vez, siempre hablas demasiado por esa boca que tienes —añadió señalando la pequeña mesita junto a su lado—. ¿Has ido a verla?

—Aún no... ya sabes que siempre voy cuando te acabas la leche —respondió Armando.

—¿Cómo está? ¿Ha dicho algo estos días?

—De momento no. Dice que no sabe nada.

—Insístele. Esa lo sabe todo. Sé cuando una mujer miente, y esa está mintiendo —explicó la mujer—. Necesitamos que nos de toda la máxima información.

La madre de Armando se bebió todo el vaso de leche a pesar de estar muy caliente. Él la arropó y le dio las buenas noches. Apagó la luz y salió de la habitación. Armando dejó el vaso sobre el mármol de la cocina, preparó un sándwich y cogió un zumo de naranja de la nevera, cuando lo preparó todo, caminó por el pasillo hasta que llegó a la última habitación, era una habitación normal, aunque él y su madre se referían a ella como “la habitación secreta”, el único misterio que guardaba ese lugar, era que estaba cerrada con llave por fuera, y en el interior de la habitación había una mujer atada de pies y manos sobre un viejo colchón. En el piso había otra extraña habitación, justo la de al lado del baño, y en ella se estaba preparando algo demasiado siniestro. Armando abrió la puerta de la habitación secreta, encendió la luz, y allí continuaba ella, tumbada sobre aquellas viejas sábanas. La mujer estaba amordazada.

—Te he traído la cena, pero antes de nada voy a limpiarte —añadió él cerrando nuevamente la puerta.

Armando desvistió a la mujer, le quitó el pañal y limpió sus partes suavemente con unas toallitas húmedas con olor a limón. Le puso un nuevo pañal y la volvió a vestir con el mismo camisón de flores que llevaba puesto.

—Ya vuelves a estar preciosa —añadió él.

Armando le retiró la mordaza a la mujer y comenzó a darle de comer con sus manos.

—¿Cuándo me dejarás salir de aquí? —preguntó ella.

—Ya sabes que no puedes hablar mientras te estoy dando la cena, es de mala educación, ¿está bueno el sándwich?

La mujer asintió con la cabeza sin mencionar palabra.

—Siento si el jamón está un poco seco, lleva el paquete unos cuantos días abierto, y lo que se va poniendo malo te lo dejamos a ti, pero al menos te damos de comer —sonrió dejando ver sus dientes negros.

La mujer continuó comiendo hasta que se acabó el sándwich y se bebió el zumo. Armando se aseguró de que las cuerdas estuvieran bien apretadas.

—¿Te has decidido a hablar? —preguntó él.

—Ya os he dicho que no se nada —respondió.

—Lástima, te quedarás aquí otro buen tiempo más.

Volvió a amordazarla y comprobó de nuevo las ataduras de las manos. Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Dulces sueños —añadió él a la vez que salía de la habitación.

De repente, se encontró con su madre de pie en el pasillo mirándole fijamente.

—¡Madre! Me has asustado, pareces un maldito fantasma, ¿qué coño haces aquí? —preguntó sobresaltado.

—Esa boca imbécil... ¿Ha cenado? —preguntó la madre.

—Sí, se ha comido un sándwich y se ha tomado un zumo de naranja, ¿por qué te has levantado?

—Quiero hablar con ella.

—¿Crees que es buena idea?

—Soy tu madre, aquí se hace lo que yo diga, así que calla esa boca.

Armando volvió a abrir la puerta y dejó que su madre entrara en la habitación.

—Espérate aquí —dijo la mujer—. Será una conversación de mujeres.

Armando cerró la puerta y su madre caminó lentamente hacia la cama donde la mujer continuaba tumbada y amordazada.

—Hace días que no te veía —dijo retirándole la mordaza de la boca.

—Suélteme por favor, le juro que no diré nada —dijo la mujer entre lágrimas.

—Sabes que no podemos soltarte hasta que no nos digas lo que queremos saber.

—Pero yo no sé nada, ya os lo dije. Yo no he hecho nada.

—Pobrecita... deja de llorar, cuando lloras te pones muy fea, las mujeres tenemos que ser valientes —dijo secándole las lágrimas—. No me das ninguna pena, así que deja de llorar como una niña mal criada.

—Por favor... dejad que me vaya. Tengo hijos, y estarán preocupados.

—Veo que sigues sin colaborar... me apetecía verte e incluso tenía la esperanza de que me dijeras algo, pero veo que no. Te quedarás aquí hasta que hables.

La madre de Armando volvió a colocar la mordaza a la mujer y salió de la habitación dando un portazo.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó él.

—No. Sigue sin colaborar, se quedará aquí hasta que hable, y cuando me canse la mataremos.

La mujer caminó por el pasillo y entró en su habitación, y desde allí gritó.

—¡Armando! Ven a arroparme.

## Capítulo 9

### PATO A LA NARANJA

—¿Qué estás cenando? —preguntó el agente Sánchez al entrar en la cafetería.

—Un bocadillo de morcilla —respondió el inspector Jesús Román cayéndole el aceite por la barbilla.

—Es un poco pesado para cenar por la noche, ¿no crees?

—Da igual, no voy a dormir hasta mañana por la mañana, ¿cuánto nos queda para pasar al turno de día?

—Cuatro días —respondió el agente.

—¡Menuda mierda! Odio el turno de noche. Todo el mundo mata cuando es de noche, todo el mundo roba de noche, y mi mujer no quiere hacer el amor cuando es de día.

—Ya nos queda menos Jesús.

—¿Sabes qué me apetecería comer ahora?

—Sorpréndeme...

—Un pato a la naranja. Me encanta, hace tanto tiempo que no como, mi mujer solía hacer, pero dejó de hacerlo y no entiendo el motivo... por cierto, ¿han localizado a la mujer de Robert?

—Todavía no.

—¿En serio? Una madre separada con dos hijos, a la que le han asesinado a su ex marido ¿cómo puede ser que no la localicen?

—En cuanto sepan algo nos informarán.

—¿Y a esa hermana que tiene Robert? ¿Sabemos algo?

—Tampoco —respondió el agente.

En ese momento el teléfono móvil del inspector sonó en el fondo de su bolsillo. Mientras atendía la llamada, el agente Sánchez se pidió un café y

observó con disimulo las piernas de la camarera.

—¡Nuria! —dijo Sánchez.

—Dime —respondió la camarera con una sonrisa.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Todo bien, ¿y tú?

—Todo bien... ya sabes como va esto, luchando contra el crimen.

—Me alegro, y por cierto... dile a tu jefe que deje de llamarme Amanda, por favor.

—Perdona, es que no se entera mucho, tiene demasiado trabajo en la cabeza —explicó Sánchez—. Además, no me lo quiere admitir, pero creo que tiene problemas con su mujer.

El inspector colgó la llamada y se guardó su teléfono nuevamente en el bolsillo, le pegó un último bocado al bocadillo y observó a su compañero.

—Tenemos trabajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sánchez.

—Una víctima en un restaurante, al parecer la han envenenado con cianuro. ¿Te das cuenta? Siempre matan de noche.

—¡Joder! Los asesinos se inventan cualquier cosa... matando con cianuro...

—Amanda cóbrame —dijo el inspector.

—Soy Nuria —añadió la camarera—. Amanda no ha venido al final, está en su casa con gripe.

—Pues cóbrame Nuria —dijo.

Los dos policías salieron de la cafetería, subieron al vehículo y se dirigieron hacia uno de los restaurantes más lujosos de la zona alta de Barcelona. El restaurante estaba precintado, varios agentes intentaban controlar a la muchedumbre que quería saber lo que había ocurrido. El forense había tomado las primeras huellas y realizado un primer análisis forense. El inspector Román y el agente Sánchez entraron por la puerta.

—¿Qué tenemos? —preguntó el inspector dirigiéndose al forense.

—Se llama Claudia, cincuenta y dos años, le echaron cianuro en la copa de vino. Fue una muerte rápida —respondió el forense observando el cuerpo.

—¿Es usted el encargado del caso? —preguntó un hombre entrando en escena.

—Sí. Soy yo, inspector Román y aquí el agente Sánchez, ¿y usted es...?

—Soy el dueño del restaurante.

—¡Perfecto! Pues necesito la grabación de las cámaras de seguridad de la entrada y el salón —ordenó el inspector.

—No tenemos, solo hay cámaras en la cocina y en el almacén. La privacidad de nuestros clientes es una de nuestras mayores prioridades —dijo.

—Acaban de asesinar a una mujer en su restaurante caballero, ¿acaso le importa una mierda? —preguntó el inspector.

—No me importa una mierda, solamente le digo donde tenemos las cámaras, siento no poder agradarle con la respuesta.

—¿Hacen pato a la naranja? —preguntó Román.

—¿Disculpe? —preguntó extrañado el dueño del local.

—En su restaurante, pregunto si aquí hacen pato a la naranja.

—Sí. Es uno de nuestros platos estrella —indicó el dueño.

—¡Maravilloso! ¿Podría ponerme un poco para llevar? —preguntó el inspector con una enorme sonrisa—. Tengo un antojo terrible.

—Sus compañeros de la policía han precintado la cocina, no nos dejan pasar, además ahora no hay ningún cocinero disponible para cocinar —respondió.

—¡Joder! Tengo muchas ganas de un pato a la naranja, le aseguro que cuando pueda volver a abrir vendré a cenar —explicó Román—. Mi mujer solía hacerme hace tiempo, pero un día dejó de hacer, nunca supe el motivo...

—¿Podríamos ceñirnos al caso? —interrumpió Sánchez.

—Sí, tienes razón. ¿Hay alguien que vio al acompañante de la mujer?

—Sus compañeros ya han preguntado a los empleados, y nadie se acuerda de nada. En el restaurante habían unas treinta mesas ocupadas —respondió el dueño.

—Inspector —interrumpió el forense—. Hemos comprobado los datos de la mujer fallecida por el cianuro.

—¿Y?

—No vais a creerlo... Claudia es la hermana de Robert, el hombre al que apuñalaron y tiraron ayer del séptimo piso.

—¡Joder! —añadió el inspector—. Ya hemos encontrado a su hermana.

## Capítulo 10

### EL CADÁVER

Silvia pudo oír desde la puerta como Alan hablaba con la visita que había llegado, parecía una reunión importante, al menos eso creía ella, aunque en verdad no entendía nada acerca de los negocios de su amante. Observó atentamente el cuerpo de Maite, nunca había visto un cadáver tan cerca, solamente en las películas. Pero, se horrorizó cuando pudo ver sus ojos completamente abiertos, tumbada sobre el suelo desgastado de la bodega. La mujer aún seguía con vida. Silvia se acercó a ella, las dos se miraron, Maite apenas tenía fuerzas para poder levantarse, Silvia no lo dudó y decidió rematarla, se percató durante unos segundos que acabar con ella abriría las puertas de un posible futuro con Alan. Puso sus manos en el cuello y comenzó a asfixiarla, parecía que Maite quería decirle algo a la amante de su marido, pero se quedaba sin aire y no tenía fuerzas para hablar, Silvia apretó sus manos y la asfixió hasta que le quitó la vida. Ahora sí; Maite estaba muerta. Silvia se tumbó junto al cadáver y no podía creer lo que había ocurrido al pensarlo fríamente. La verdad es que lo tenía todo, un trabajo, un marido y un hijo, y sin quererlo se había encontrado con un amante y un cadáver. Aquella situación la superaba, no entendía como había llegado a todo eso. Estuvo tumbada junto al cuerpo quince minutos, sin apenas moverse. Y entonces, la puerta de la bodega se abrió, era Alan. Su hermoso Alan.

—He oído ruido mientras estaba en la reunión, ¿qué ha pasado? —preguntó él.

—La he tenido que asfixiar, aún estaba viva.

—¿En serio? —preguntó tomándole el pulso.

—Ahora ya está muerta.

—Siento haber tardado, la reunión se ha alargado.

—¿Qué vamos a hacer con el cadáver? —preguntó Silvia.

—No lo he pensado. Pero los niños llegan en una hora, y tenemos que deshacernos de ella antes de que lleguen —explicó Alan—. La envolvemos en plástico y podemos dejarla en el maletero de tu coche.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. No pienso meter a tu mujer muerta en mi coche.

—Solo serán unas horas Silvia, la llevamos al maletero, y esta noche quedamos y nos deshacemos del cuerpo.

—¿Por qué en mi coche? Podemos esconderla en el tuyo...

—¡Silvia! Mi coche es nuevo, ¿estás loca? No voy a meter el cadáver de mi mujer en el maletero de mi coche nuevo, ¿sabes el dinero que me ha costado?

—¿Loca? El loco aquí eres tú, ¿te estás oyendo? Es tu mujer, así que la dejamos en tu coche, y si quieres esta noche te ayudo y nos deshacemos del cadáver, pero tu mujer no entrará en mi coche.

—¡Joder Silvia! —gritó—. De acuerdo, la llevaremos al mío.

Entre los dos cogieron el cuerpo y la subieron por las escaleras, pero en ese momento la puerta de entrada se abrió, y lo único que se le ocurrió a Alan fue dejar a su mujer muerta tumbada en el sofá y le puso una manta por encima. El hijo mayor del matrimonio llegó a casa, David había acabado de cumplir dieciséis años, y ese día llegó antes de lo previsto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alan con tono nervioso.

—Nos han dejado salir antes, el profesor no se encontraba bien —respondió David—. ¿Y mamá que hace aquí?

—Intenta no hacer demasiado ruido, ha llegado hace un rato del trabajo, tampoco se encontraba demasiado bien. Está durmiendo.

—Que tranquila está —añadió David—. Huele a mierda.

Silvia se retiró un par de metros intentando evitar que David oliera. Que se había cagado era completamente literal.

—Aun no he preparado la comida —añadió Silvia intentando desviar la atención del niño.

—No pasa nada. Subiré a mi habitación y ya me avisarás, de momento no tengo hambre.

David subió a su habitación, pero antes le dio un beso a su madre en la mejilla.

—Está fría —dijo observándola.

—No te preocupes hijo, ahora la arroparé y pondré la calefacción — comentó Alan.

Cuando David se encerró en su habitación, Alan y Silvia volvieron a coger a Maite para bajarla al garaje. Él cogió un plástico enorme y envolvieron el cuerpo, acto seguido la metieron en el maletero del coche nuevo de Alan y lo cerraron.

—Tenemos que quedar tarde, ya pensaré lo que hacemos con el cadáver —dijo él—. Podemos quedar a medianoche en la avenida de arriba.

—Me parece bien. Ya buscaré alguna excusa para salir de casa... estoy asustada Alan.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—¿Qué le dirás a los niños? —preguntó Silvia.

—No lo sé, ya me inventaré algo. He de pensar demasiadas cosas.

—¿Y si nos pillan? Yo no quiero ir a la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel. Confía en mi Silvia.

—Todo por unos polvos en una bodega...

—¿Eso he sido para ti? ¿Unos polvos en una bodega?

—¿Qué quieres que diga? Acabamos de matar a una persona, y por si no te habías dado cuenta es tu mujer, la madre de tus dos hijos.

—No hace falta que me lo restriegues, ya sé que nos hemos metido hasta el fondo en esta mierda...

—Necesito irme a mi casa a darme una ducha, hazle tú la comida hoy a los niños. Nos vemos luego a las doce.

—Vale. No te preocupes. Cualquier cosa llámame, pero necesito que estés tranquila.

—Lo intentaré. Te veo luego Alan.

Silvia cogió su abrigo, el bolso, las llaves del coche y salió de la casa lo más rápido posible. La mujer condujo durante la ciudad para intentar esclarecer ideas y poder llegar más calmada a su casa, cuando se cansó de conducir se fue a su piso.

Sergio continuaba en el colegio, y Javier aún estaba trabajando. Todavía era temprano. Los problemas se fueron acumulando cuando en el reloj marcaron las cinco de la tarde y Silvia recibió una llamada de Alan.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—El cadáver ha desaparecido.

—¿Qué?

—He entrado al garaje y el maletero del coche estaba abierto... y el cuerpo no está. Me acaba de llamar un hombre al teléfono móvil. Me ha pedido dinero a cambio del cadáver. Alguien lo sabe.

## Capítulo 11

### EL CHANTAJE

Armando cambió de canal con el mando de la televisión, ya le había cogido manía al programa que estaba viendo. Unos tertulianos hablaban sobre la diferencia entre la tortilla de patatas con cebolla y sin cebolla. Recorrió todos los canales sin encontrar nada que le gustase, así que, apagó el televisor. Se levantó del sofá y se preparó un café en la cocina, y para darse un pequeño capricho le echó un chorrillo de whisky.

—¿Qué haces? —preguntó su madre apareciendo de repente en la cocina.

—Tomándome un café —respondió Armando.

—Huele a whisky.

—¿Whisky? Eso es imposible...

—Déjame que lo pruebe —interrumpió la madre retirándole el vaso de la mano.

La mujer dio un pequeño sorbo al café y lo saboreó.

—¡Mentiroso! Le has echado whisky... te dijo el médico que no bebieras alcohol.

—Lo siento madre... me apetecía beber un poco.

—Maldito alcohólico, has salido a tu padre, que en paz descanse —refunfuñó ella—. ¿Has controlado las cámaras hoy?

—Todavía no.

—¿A qué esperas? ¡Armando! Hay veces que eres muy lento para algunas cosas...

—Lo siento madre. Iré a mirar ahora.

Armando se bebió el café, fregó el vaso lo más rápido que pudo y entró en su habitación. Encendió el ordenador y se conectó a las cámaras

de seguridad de la casa de Alan y Maite. Las había podido pinchar meses atrás, antes de que Silvia entrase a trabajar en la casa, pero ella no sabía absolutamente nada del plan que su vecino se llevaba entre manos. Armando descubrió un nuevo acceso a una nueva cámara al sentarse frente al ordenador, situó el puntero sobre el icono y comprobó que la nueva cámara había sido colocada en la bodega. Al acceder a ella y rebobinar para visualizar lo que había ido ocurriendo durante el día, pudo ver a Alan y Silvia haciendo el amor entre los barriles y las botellas, se excitó al ver la escena. Sabía que estaba mal verla, pero su madre le había dicho que vigilara, así que pensó que del todo no estaba tan mal. Hasta ahora lo único que podía hacer era escuchar los gemidos de los amantes gracias al micrófono que Silvia llevaba oculto en sus pendientes, en alguna ocasión había llegado a masturbarse, pero ahora ahí los tenía, delante suyo, disfrutando de un buen polvo. Aunque la escena comenzó a ponerse mucho más interesante cuando Maite entró por la puerta de la bodega completamente histérica con un cuchillo en la mano, Armando contempló con asombro toda la pelea sin despegarse de la pantalla, incluso el momento en el que Silvia asfixió a la mujer de Alan al descubrir que todavía seguía con vida. Vio una gran oportunidad cuando se conectó a la cámara del garaje y observó como escondían el cadáver en el coche de Alan. Armando decidió en cuestión de segundos añadir un pequeño cambio al plan. Se lo consultó a su madre y ella dio el visto bueno. Al final, la última palabra de todo la tenía ella. Pero sobretodo, su madre le dijo que no se lo contara a Javier ni a nadie, solamente podrían saberlo ellos. La avaricia les corrompió por completo. Así que no había tiempo que perder. Gracias a eso iban a ganar algo de dinero extra.

Armando se vistió con su camisa a cuadros y un pantalón tejano negro. Bajó a la calle y subió a su coche, puso música rock a volumen máximo y condujo hasta la casa de Alan. Aparcó el vehículo en la acera de enfrente, observó a su alrededor y no vio a nadie, días atrás había podido copiar la frecuencia del mando a distancia de la puerta del garaje gracias a un aparato electrónico que había comprado por internet. Pulsó el botón y la puerta se abrió. La llave del coche nuevo de Alan estaba escondida detrás de una caja sobre un armario, lo supo gracias a la cámara de seguridad del garaje. Siempre la guardaba allí. Cuando Armando abrió el maletero encontró el cuerpo de Maite envuelto en plástico. El olor era nauseabundo. Le faltó muy poco para vomitar. Cogió el cadáver y se lo echó al hombro,

corrió hacia su vehículo y lo escondió en el maletero. Nadie había visto nada, la urbanización a esas horas estaba vacía.

Armando llegó a su piso, su madre lo estaba esperando sentada en la mecedora del salón.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la mujer.

—Bien. No me ha visto nadie.

—¿Has dejado el coche en la sombra? Si le da el sol ya verás como quedará el cuerpo.

—Si madre. Lo he metido en el *parking*.

—¿En el *parking*? Serás imbécil... en el garaje olerá, hace mucha calor abajo y es un sitio pequeño.

—No te preocupes, ese hombre pagará rápido —explicó Armando.

—Eso espero, más vale que tengas razón. Llevo años con este plan y ahora vienes tú a cambiarlo.

—Tampoco te has quejado cuando te he dicho que podíamos ganar un dinero extra —añadió él.

—La avaricia acabará con nosotros.

Armando se encerró en su habitación, ocultó su número de móvil desde los ajustes del teléfono e hizo una llamada a Alan.

—¿Quién es? —preguntó al descolgar.

—¿Has comprobado el cadáver del maletero de tu coche? —preguntó Armando.

—¿Qué? ¿Quién eres?

—Si quieres volver a tener el cuerpo en tu poder espera mi llamada dentro de dos horas para darte instrucciones. Quiero medio millón de euros en billetes pequeños —colgó.

Alan se quedó paralizado. No pudo ni reaccionar. Bajó al garaje y efectivamente comprobó que habían robado el cadáver de Maite. Llamó inmediatamente a Silvia para contarle lo ocurrido. La mujer se asustó y quedaron en volver a llamarse en cuanto Alan tuviera nuevas noticias.

Armando salió de su habitación, y decidió entrar en “la habitación secreta”. Abrió con la llave que siempre llevaba colgada del cuello y allí continuaba la mujer, tumbada sobre la cama. Se acercó a ella, le acarició la cara y le apartó el cabello de la frente después de retirarle la mordaza.

—¿Cómo estás? ¿Tienes pensado decirnos algo? —preguntó.

—Ya os he dicho que no sé nada —respondió la mujer.

—Mi madre está comenzando a impacientarse. Y te aseguro que si a mi madre se le acaba la paciencia deberías comenzar a temblar.

—De verdad... no sé nada, yo no he hecho nada. Dejadme salir de aquí.

—No te preocupes por nada. Seguro que todo acabará pronto —susurró él—. Y si no es así, no tendremos más remedio que matarte. Pero antes, jugaremos un poquito con ese cuerpo tan bonito que tienes.

Armando sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Y en ese momento, decidió llamar a Javier para tomar un café. Aunque esa llamada no fue como él esperaba.

## Capítulo 12

### EL MATRIMONIO DEL TERCERO

El señor Garrido entró en su piso. No paraba de darle vueltas a la conversación que había tenido con Javier en la escalera. ¿Flores o cena? Esa era la duda. O incluso algo de bisutería. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Aunque en realidad no le apetecía hacer ninguna de las dos cosas. En ese momento la puerta se abrió y entró Marga, su mujer.

—¿Dónde estabas? —preguntó él.

—No me controles...

—No te controlo, ¿dónde estabas?

—Te voy a responder porque tengo algo importante que decirte... había ido a comprar a la farmacia... no te vas a creer lo que ha ocurrido. Todavía estoy temblando —dijo la mujer.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba llegando al portal y de repente ha caído un cuerpo desde uno de los balcones.

—¿Un cuerpo? ¿Un cuerpo celeste?

—¿Qué dices? ¡No sabes ni de lo que hablas ya eh! Me refiero al cuerpo de una persona, un cadáver, un muerto...

—¿En serio? ¿Quién era?

—No lo sé. Pero me he escondido entre dos coches un buen rato, estaba temblando, no podía ni reaccionar, y después he visto salir a Javier; el conserje, iba con las manos llenas de sangre —explicó la mujer.

—Por eso llevaba todo el rato las manos en los bolsillos...

—¿A qué te refieres?

—Me lo he encontrado antes de llegar, justo antes de salir del bloque. Iba con mucha prisa.

—¿El conserje es un asesino? —preguntó la mujer.

—Eso parece. Todo coincide.

En ese preciso instante se oyeron las sirenas de la policía. El señor Garrido y Marga salieron al balcón. Desde lo alto vieron el cadáver sobre los matorrales, y cuando varios coches patrulla llegaron, los agentes acordonaron la zona.

—Tenemos que joder la vida a ese hombre, el crimen que ha cometido no puede quedar impune —dijo Marga. Tenemos que actuar.

—Incluso podemos chantajearle antes de jugar con él —añadió el señor Garrido.

—¿A qué te refieres?

—Podemos ganar un dinero extra. Él ha cometido un asesinato y nosotros lo hemos visto. Odiamos a los asesinos, pero eso no quiere decir que no podamos ganar dinero para las próximas vacaciones... imagínate que estamos el próximo verano en una playa paradisíaca.

—A veces me sorprendes. Has tenido una gran idea —dijo la mujer.

—No te preocupes, Javier pagará por lo que ha hecho. Y cuando haya pagado nos beberemos una copa de un buen vino para celebrarlo.

El matrimonio Garrido detestaba las injusticias, odiaban a los asesinos y todo lo que tuviera que ver con el sufrimiento del más débil. Años atrás, habían pasado por algo terrible, un suceso que los había marcado para siempre.

Al día siguiente, después de que el inspector Román y el agente Sánchez le hicieran algunas preguntas sobre el crimen que había ocurrido en el séptimo piso, Javier continuó con las tareas de la comunidad. Recogió el correo, barrió y fregó la entrada, pero cuando se puso a limpiar la conserjería encontró un sobre en uno de los cajones. Al abrirlo se quedó paralizado al leer la carta que había en el interior.

*Hola Javier*

*Sabemos lo que hiciste anoche. Mataste a Robert, el vecino del séptimo piso. Si no quieres que digamos nada sobre el crimen, tienes hasta mañana para dejar en la parte del jardín veinte mil euros, déjalos en un sobre bajo la piedra que hay junto a los vestuarios de la piscina. Si mañana no tenemos el dinero, iremos a comisaría a contarlo todo.*

*Un saludo.*

Javier no supo reaccionar, volvió a guardar la carta en el interior del sobre e hizo una llamada con su teléfono móvil.

—Hola Armando —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó al otro lado del teléfono.

—Tenemos un problema.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Armando.

—Acabo de recibir una carta, anoche me vieron matando a Robert.

Hay un testigo suelto por ahí.

—¿En serio? ¡Mierda! Te dije que lo tuvieras todo controlado Javier.

—Ya lo hice. No entiendo como han podido verme.

—¿Qué dice la carta? —preguntó Armando.

—Piden veinte mil euros a cambio de no decir nada.

—¿Veinte mil euros? Tienes que averiguar quien te ha escrito esa carta, no vamos a pagar ese dinero a nadie. Encuentra al chantajista y acaba con él... de momento no le diré nada a ella o se volverá loca.

—Mejor. De momento no le comentes nada. Encontraré a los que están detrás de la carta.

—Avisaré a Julio para que lo sepa. Pero hoy tienes que solucionar el problema. No podemos dejar ningún cabo suelto, lo que estamos haciendo es demasiado importante.

—Sí, lo sé. No te preocupes, lo solucionaré lo antes posible.

—¡Bien! —colgó.

¿Quién podría estar chantajeándole? Se preguntó Javier. Intentó pensar en todo lo que había ocurrido la noche anterior, ¿quién lo había visto? Cuando salió al balcón se aseguró que no hubiera nadie. No entendía como había ocurrido, pero de repente, le vino a la cabeza una escena, comenzó a sospechar del único vecino con el que se cruzó después del asesinato de Robert; el señor Garrido. Así que, no lo dudó, subió en el ascensor y pulsó el botón de la tercera planta. Quería mantener una conversación con el viejo del tercero. Todo podía ir bien, pero también podía llegar a salir mal.

## Capítulo 13

### LA HERMANA

Julio abrió la puerta de su casa y recordó lo que había hecho una rato antes. Había acabado con la vida de Claudia echándole cianuro en la copa, no es que se sintiera orgulloso de haberlo hecho, pero no tuvo más remedio. Y además, le supo mal, aquella mujer era guapísima, pero el daño del pasado continuaba presente, y la venganza era algo irremediable. Además, el plan era ese y ya no podía cambiarlo.

Julio entró en la habitación, su hermana Lucía continuaba sentada escribiendo el libro. Ella tenía cuarenta y cinco años, cuatro menos que Julio.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Bien. Pero estoy estancada en un capítulo —respondió ella con una sonrisa—. ¿Y a ti cómo te ha ido?

—Bien. Claudia ya está muerta.

—¿La has visto sufrir? —preguntó Lucía.

—En cuanto le eché el cianuro y se lo bebió, me fui.

—¿Por qué? Haberte quedado mirando desde la puerta...

—No soy tan sádico... además quería estar lejos para cuando llegase la policía.

—Eres un cobarde —interrumpió ella—. Siempre he sabido que eras un maldito cobarde.

—¡Y una mierda! Sigue escribiendo tu libro y déjame en paz. Por cierto, te has comido todo el pollo de la nevera, intenta para otra vez dejarme algo.

—Si lo hubiera hecho yo, me hubiese quedado mirando hasta el final. Y el pollo me lo comí porque tenía hambre.

—Está muerta... el plan sigue en marcha, así que no le des más vueltas —explicó Julio.

—Intentaré no darle más vueltas —le hizo una mueca sacándole la lengua.

—¿Por qué estás estancada con un capítulo? —preguntó Julio.

—Uno de los personajes principales ha descubierto algo horrible sobre su pasado, pero no tengo claro como continuar.

—Llevas nueve años escribiendo ese maldito libro, ¿cuándo lo vas a acabar?

—No tengo prisa por acabar Julio. Es el primer libro que estoy escribiendo y quiero hacerlo bien —explicó ella.

—No lo acabarás nunca, si papá estuviera vivo te diría que no vales para nada. Tienes cuarenta y cinco años y aquí sigues viviendo conmigo...

Lucía se levantó de la silla en la que estaba sentada y con sus manos empujó a su hermano contra la pared, le puso el brazo en el cuello y su rostro pareció desencajarse.

—No tienes derecho a hablar de papá... no lo menciones, él estaría orgulloso de mi.

—¡Suéltame! —gritó Julio apartando el brazo de su hermana.

—Soy mayor que tú y hablo de lo que me da la gana... sigue con tu maldito libro. Voy a prepararme algo para cenar.

Julio salió de la habitación dando un portazo. Lucía abrió el armario junto a la cama y del fondo, bajo los jerséis, agarró una caja de cartón. Al abrirla comenzó a llorar, siempre le ocurría lo mismo. En el interior de la caja habían decenas de fotografías de ella con su padre. Cuando él murió, Lucía tenía cinco años, conservaba muy pocos recuerdos, excepto aquellas fotografías del pasado, prácticamente ni lo recordaba. Una de las fotografías que más le gustaba era una en la que aparecían los dos junto a un árbol, era una imagen muy sencilla, pero reflejaba un amor inmenso, la sonrisa de su padre llevándola en brazos y parados junto a aquel arce no tenía precio. Su madre le contó la historia de aquella fotografía, sus padres, sus hermanos y ella fueron a pasar el día a la montaña, y estrenaron la cámara nueva que su padre se había comprado. Lucía apenas tenía recuerdos de ese día, pero sabía que fue increíble. Así lo sentía en su corazón. Se secó las lágrimas y dejó de nuevo la caja en el interior del armario.

Le vino a la cabeza la imagen de su padre todo lleno de sangre, ella era muy pequeña cuando lo vio así, pero era una escena que jamás iba a olvidar. Recordó que le faltaba una mano, pero los recuerdos iban y venían. Se sentía como un simple insecto en toda aquella historia. Recordó aquel fatídico día en el que su madre la llevó a la vieja casa del cartel como si hubiese ocurrido unas horas antes, le repugnó recordar el momento en el que cogió un dedo de su padre que estaba tirado por el suelo. Lucía era pequeña en ese momento, no sabía lo que hacía, seguramente pensó que sería de juguete. Sonreía todas las veces que su madre le explicaba que se metió el dedo cortado en la boca y lo mordió, pensando tal vez, que sería una golosina. En ese momento de tristes recuerdos, Lucía tenía muy claro que los quería ver sufrir, absolutamente a todos. Ya no había vuelta atrás. Esbozó una escalofriante sonrisa y contempló el cuadro de un paisaje que había colgado en la pared. Detrás se ocultaba una caja fuerte, lo que había en su interior lo llevaba escondiendo durante mucho tiempo, y todavía no se sentía preparada para poder ver la grabación que contenía aquella cinta de vídeo que escondía. Su madre siempre le decía que la viese solo cuando se sintiera preparada.

## Capítulo 14

### REMOVIENDO EL PASADO

El inspector Jesús Román y el agente Daniel Sánchez se acababan de enterar que, Claudia, la fallecida en el restaurante a causa del cianuro, era la hermana de Robert, el hombre al que habían apuñalado y lanzado desde un séptimo piso. Algo siniestro se estaba escondiendo detrás de toda esa historia, y lo siguiente era investigar el pasado de esa familia.

—¿Han localizado a la ex mujer de Robert? —preguntó nuevamente el inspector.

—Todavía no —respondió el agente—. Pero los dos hijos están con los padres de ella, al parecer los dejó para que pasaran unos días. Me acaba de llegar esa información al *email*.

—¡Joder! Hay que localizar a esa mujer como sea, y llama a central y que nos den todos los datos posibles que tengan sobre Robert y Claudia.

De repente, comenzó a llover, los policías se refugiaron en un bar cercano y pidieron un café. El agente Sánchez recibió en su teléfono móvil toda la información que había solicitado sobre los hermanos.

—Ya tenemos más datos... Claudia, cincuenta y dos años, y Robert cincuenta y cinco, los dos nacieron en Barcelona, nombre del padre, Alfredo, y nombre de la madre, Natalia. La información que aparece es que sus padres los abandonaron, un día los dejaron en casa de la hermana de Alfredo, y no volvieron a aparecer —explicó el agente.

—¿Abandonados? ¡Joder! El mundo está loco... ¿algo más?

—Nada importante. También aparece que Robert conoció a su ex mujer cuando eran niños, al parecer era la vecina que vivía en la casa de al lado...

—Que romance tan tierno... ¿Tenemos los datos de la hermana de Alfredo? ¿Está viva? Si dejaron a los niños con ella tenemos que localizarla.

—Sí. Ya es bastante mayor, al parecer está en un hospital psiquiátrico aquí en Barcelona. Su nombre es Matilde.

—Habrá que ir a verla... tenemos que tirar del hilo —añadió el inspector—. Si removemos el pasado lo más seguro es que salga mucha mierda.

Paró de llover, el cielo pareció despejarse. La luna estaba más brillante que nunca y los transeúntes salieron de los escondites improvisados utilizados para refugiarse de la lluvia. El inspector Román y el agente Sánchez subieron al vehículo policial y pusieron rumbo hacia el hospital donde se encontraba la tía de Claudia y Robert.

El psiquiátrico estaba a las afueras de la ciudad, tuvieron que acceder por un camino de tierra rodeado de frondosos árboles. Una siniestra niebla los acompañaba durante todo el recorrido. El camino estaba poco iluminado y el agente Sánchez conducía demasiado tenso.

—¿Estás bien? —preguntó el inspector.

—No me gusta conducir por caminos así, siempre pienso que va a salir un fantasma, como ocurre en las películas.

—¿Caminos así?

—Ya sabes... oscuros, siniestros.

—Eres un cagado Daniel. Si trabajas conmigo tienes que echarle un par de cojones a todo.

—¡Jefe! Eso ya lo hago, solo ha sido un comentario. ¿No hay nada que te asuste a ti?

—Sí. Solamente hay una cosa que me acojona en este mundo.

—¿Qué es? —preguntó Sánchez.

—Cuando mi mujer me dice; tenemos que hablar.

—¡Ja ja ja! La verdad es que esa frase es bastante jodida. Nunca sueles hablar de tu mujer...

—Ni falta que hace, no hay nada que decir... mira, la entrada está allí. Deja el coche en la puerta —señaló.

Llegaron al psiquiátrico. La fachada era bastante antigua, algunas grietas habían aparecido en la parte alta del edificio. Una doctora con cara de pocos amigos salió a recibirles.

—Buenas noches agentes. Me han llamado de la central informándome que vendrían —añadió la mujer—. Es algo tarde pero he podido dejar que autoricen su acceso al hospital.

—Hola doctora, gracias. Soy Jesús Román y él es mi compañero Daniel Sánchez. Queremos ver a Matilde.

—Pueden esperar en la sala de espera, una enfermera le está dando la medicación, si quieren pueden pasar y tomar un café mientras termina —comentó la mujer.

Los tres entraron en el hospital y accedieron a la sala de espera donde sacaron tres cafés de la máquina.

—¿Cuánto hace que Matilde está aquí? —preguntó el inspector.

—Unos cinco años —respondió la doctora—. Aunque hace muchos más también estuvo encerrada, pareció recuperarse, pero hace cinco años volvió a írsele la cabeza.

—¿Por qué la encerraron?

—Sus vecinos oían gritos, un día comenzó a autolesionarse y a dibujar con su sangre una sonrisa en las paredes de su casa. Se volvió completamente loca. Dibujaba esa sonrisa en cualquier lugar. Llegó a dibujarse esa sonrisa en su abdomen con un cuchillo.

—¿No tiene familia que se haga cargo de ella? —preguntó Sánchez.

—Está sola. Sus sobrinos Claudia y Robert es lo único que le quedaban. Lamentablemente, hoy nos hemos enterado de la muerte de los dos.

—¿Venían a verla? —preguntó Román.

—Solo vinieron el primer año, después dejaron de venir.

Una enfermera entró en la sala de descanso.

—Ya pueden entrar a ver a Matilde —dijo.

Los policías caminaron junto a la doctora por el pasillo, y se pararon junto a la habitación número 4.

—Antes de que entren quiero decirles que no se acerquen a ella, si Matilde tiene a alguien muy cerca puede ponerse muy nerviosa —añadió la doctora.

—¿Pero imagino que la tienen atada no? —preguntó Daniel.

—Sí. Pero mejor evitar ponerla nerviosa, la última vez que ocurrió, se mordió un trozo de lengua y con la sangre de la boca dibujó otra vez esa sonrisa en la pared —respondió la mujer a la vez que abría la puerta de la habitación—. Les estaré observando por las cámaras. Suerte.

El inspector y el agente entraron en la número 4, Matilde estaba sentada en una silla, sus manos y pies estaban atados con unas cadenas. La mujer rondaba los ochenta y cinco años, pero a pesar de su edad se conservaba bastante bien. Su cabello canoso ya estropeado, se posaba sobre sus hombros totalmente rígido, como si estuviera acartonado. Su mirada, estaba completamente perdida.

—Hola Matilde —dijo Román.

La mujer los miró, pero no dijo nada. Sus ojos eran penetrantes. Realmente daban miedo.

—Háblale tú, creo que las viejas se te dan mejor —comentó el inspector.

—¡Matilde! —añadió Sánchez—. Somos policías, hemos venido a hacerle unas preguntas.

—¿Quiénes sois? —preguntó la mujer con voz ronca—. ¿Habéis venido a llevarme al infierno?

—Solo hemos venido a hablar. Yo soy Daniel Sánchez, y este señor de mi lado es Jesús Román, somos policías. Queremos hacerle unas preguntas sobre su hermano Alfredo y sus sobrinos Robert y Claudia.

—Yo no he hecho nada —añadió la anciana.

—No la estamos acusando de nada, solo queremos hacerle unas preguntas —dijo el inspector.

—Tengo pesadillas de todo lo que ocurrió aquel día, me persiguen en mis sueños —Matilde comenzó a ponerse nerviosa—. He visto demasiada sangre.

—¿Qué día? ¿Qué ocurrió? —preguntó el agente Sánchez queriendo saber más.

—Yo no hice nada, yo no hice nada, yo no hice nada, yo no hice nada —repitió sin cesar la mujer.

—Su hermano Alfredo y su cuñada Natalia le dejaron a su cargo a Robert y Claudia... ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué abandonaron a los niños? —preguntó Sánchez.

—Yo no hice nada, yo no hice nada —repetía la mujer—. Hay mucha sangre. Tengo miedo. Yo no quería verlo, pero estaba allí. Yo no hice nada. La sonrisa me persigue... esa sonrisa está poseída. ¡Es el demonio!

—¿Sangre? —preguntó el inspector—. ¿A qué se refiere Matilde?

—Soy inocente. Yo no hice nada —volvió a decir la mujer.

—Será mejor que nos vayamos —añadió Román—. No creo que pueda decirnos nada que nos sirva. Y no quiero que se ponga más nerviosa.

Los policías salieron de la habitación, pero antes de que la puerta se cerrase, Matilde comenzó a gritar.

—¡Yo no los maté! ¡Yo no los maté! Fue la sonrisa del enjambre... la sonrisa los mató.

## Capítulo 15

### EL INTERCAMBIO

Habían pasado dos horas desde la llamada en la que a Alan le pedían medio millón de euros a cambio del cadáver de Maite. Estaba sentado junto al teléfono esperando la nueva llamada en la que le darían instrucciones. Alan fue a prepararse un café, y justo en ese momento su teléfono móvil sonó. Maldijo en voz baja por no poder prepararse el café que se le había antojado, como si no tuvieras problemas mucho más importantes.

—¿Quién es? —preguntó al descolgar.

—Hoy a las doce de la noche en la gasolinera abandonada que hay a las afueras, la que hay junto al parque de la figura del cisne. Trae el dinero y no llegues tarde —dijo Armando al otro lado del teléfono.

La llamada terminó. Alan se dirigió a su despacho, retiró el cuadro de un bonito paisaje de la pared y abrió la caja fuerte, dejó sobre la mesa de su despacho exactamente medio millón de euros, y al cerrar de nuevo la caja fuerte guardó los billetes en un maletín. Comenzó a tener miedo, no quería ser descubierto y mucho menos que Silvia se viera salpicada por todo aquello. Aunque si lo pillaban a él, tenía un plan perfectamente pensado. Decidió llamarla por teléfono para contarle las novedades.

—Hola Alan —dijo ella.

—Me acaba de llamar, esta noche a las doce en la gasolinera abandonada que hay a las afueras, ya he preparado el dinero.

—Iré contigo.

—No, puede ser peligroso y no es necesario. Entregaré el dinero, que me entregue el cuerpo y me desharé de él.

—Quiero ir contigo Alan, soy cómplice del asesinato, no te dejaré solo con todo esto. No te estoy pidiendo permiso, he dicho que iré.

—De acuerdo, te recogeré en tu casa a las once y media —añadió él.

—Te veo luego. Un beso —colgó.

Alan se hizo el café que le había quedado pendiente. Se sentó en su despacho y movió la cuchara observando atentamente el maletín. Medio millón de euros por el cuerpo sin vida de su mujer, “¿cómo había llegado a eso?” Se preguntó. No comprendía nada, ¿qué le iba a decir a sus hijos? No paraba de hacerse preguntas, y las respuestas solo le llevaban a otras. Se durmió durante unos minutos, se sentía agotado, soñó con Silvia, que caminaban cogidos de la mano por la orilla de la playa, pero se despertó al aparecer Maite en el sueño saliendo de repente del agua con un cuchillo en la mano.

El tiempo pasó volando, Alan miró su reloj y ya eran casi las once. Se vistió y agarró fuertemente el maletín con el dinero. Al coger el coche se aseguró de que el maletero estuviera bien cerrado, el olor al perfume de Maite le vino en seguida, lo saboreó en el ambiente. Arrancó su nuevo vehículo y fue a recoger a Silvia, al llegar le envió un mensaje para que bajase.

—Hola —dijo ella subiéndose al coche.

—¿Cómo estás? —preguntó Alan observando el escote de Silvia.

—La verdad, algo acojonada. Además, estoy llamando a Javier pero no me coge el teléfono y me estoy preocupando.

—A lo mejor ha quedado con algún amigo.

—En principio sí, me envió un mensaje antes que se iba a tomar algo, pero es extraño que no me coja el teléfono.

—No te preocupes ahora por eso, estará bien.

—No lo sé Alan. Anoche llegó con las manos manchadas de lo que parecía ser sangre... le dijo a Sergio que era pintura. Pero no lo creo la verdad.

—Ya te ocuparás de eso otro día. Nuestra prioridad es solucionar el problema que tenemos encima.

Pusieron rumbo al lugar del intercambio. A esas horas de la noche la circulación por la ciudad era muy escasa, y pudieron llegar a la gasolinera

a las doce menos diez. Alan paró el coche junto a unos arbustos de la gasolinera abandonada, no se veía ni un alma.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho. Estas cosas solo las había visto en las películas —respondió Silvia.

—A pesar de la situación estás preciosa.

—Gracias —sonrió—. Tengo miedo Alan.

—Todo saldrá bien.

—Tu mujer está muerta... nada puede salir bien.

—No te preocupes. Entregaremos el dinero y tendremos el cuerpo. Falta poco para que todo acabe.

Dieron las doce. Pero de momento nadie apareció. El teléfono móvil de Alan comenzó a sonar.

—¿Diga? —respondió.

—¿Puedes ver la papelera que hay junto al árbol? —preguntó Armando.

—La veo.

—Deja el maletín dentro y conduce tres kilómetros hasta la siguiente salida, entra en el camino que lleva hasta el cementerio, a unos dos cientos metros hay una farola en la que parpadea la luz, entre los arbustos que hay al lado encontrarás el cadáver —explicó.

—¿Cómo sé que en cuanto tengas el dinero no te llevarás el cuerpo? —preguntó Alan.

—Soy un hombre de negocios. Solo quiero el dinero, y tú, el cuerpo. Deja el maletín en la papelera y ve hacia el lugar indicado —colgó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Silvia.

—Tengo que dejar el dinero en aquella papelera, luego conduciremos hacia el lugar en el que se encuentra el cadáver.

Alan dejó el maletín con el dinero en el lugar que Armando le había indicado, volvió a subir al coche y condujo los tres kilómetros hasta la siguiente salida, pudo ver el cartel que indicaba la dirección del cementerio, giró a la derecha y condujo por el camino pero con las luces apagadas para pasar completamente desapercibido por aquel camino, y a lo lejos no solamente pudo ver la luz parpadeando de la farola, sino que también pudo ver las luces de un coche de la policía que había parado en mitad del camino. Los agentes habían encontrado el cadáver de Maite.

—¡Joder! ¡Mierda! La policía —añadió Alan.

—¿Qué hacen ahí? —preguntó Silvia.

—No tengo ni idea, pero tenemos que irnos de aquí.

Alan volvió a la gasolinera, bajó del coche y corrió hasta la papelería, pero el maletín ya no estaba. Sin dinero y sin cadáver. Pero lo peor, estaba por llegar.

## Capítulo 16

### LA PRUEBA

Javier llegó al tercer piso. Salió del ascensor y pulsó el timbre. La prueba era sencilla, simplemente hablar con el viejo, una pequeña charla con el señor Garrido le haría saber si era él quien le estaba chantajeando. El señor Garrido abrió la puerta, y su cara mostró sorpresa y temor a la vez.

—¡Javier! —añadió con voz temblorosa.

—Hola señor Garrido, ¿cómo se encuentra? —preguntó Javier.

La mujer del señor Garrido, al oír la voz del conserje se escondió en la cocina. Incluso pensó en coger un cuchillo y matarlo ahí mismo, pero no era su estilo contra ese tipo de asesinos, o quería caer tan bajo, lo suyo era jugar con ellos hasta que sufrieran, pero además debía de seguir el plan de su marido y chantajearlo.

—Estoy bien, ¿en qué te puedo ayudar Javier?

—He venido solo para saber que había decidido.

—¿Sobre qué? —preguntó extrañado.

—¿Flores o cena?

—Cierto... pues aun no lo he decidido la verdad.

—Pues solo era eso —Javier sonrió—. ¿Podría ir al lavabo? Verá... es que el servicio de conserjería no funciona demasiado bien.

El señor Garrido se sintió bastante incómodo, no quería dejar pasar a ese asesino. Sabía que si lo dejaba pasar, estamparía el jarrón del mueble del pasillo contra el cráneo del conserje.

—Ahora mejor que no, lo siento. Mi mujer ha ido hace un momento y no se encuentra demasiado bien, me mataría si se entera de que entras al baño después de haber estado ella, ya sabes... por el horrible olor que suele dejar.

—¡Ah! Bueno, no pasa nada. Pues que vaya bien el día señor Garrido.

—Gracias Javier... igualmente.

Cuando el conserje fue a subirse en el ascensor y aprovechando que el señor Garrido aun no había cerrado la puerta de su piso, Javier decidió pasar la prueba definitiva.

—Por cierto... horrible el crimen de ayer, ¿verdad?

El viejo se puso blanco, su tensión se aceleró, incluso comenzó a sudar.

—La verdad es que sí... horrible asesinato. Pobre Robert, con lo mal que lo estaba pasando —comentó el señor Garrido.

—¿Quién puede haber cometido ese asesinato? —preguntó Javier.

—Ni idea. Era una buena persona —le tembló nuevamente la voz.

—Bueno... no le molesto más señor Garrido, pase un buen día. Y dele recuerdos a su señora.

—Igualmente Javier. Pasa un buen día y gracias.

El conserje bajó por el ascensor hasta la planta baja, lo tuvo muy claro, el señor Garrido era el que lo estaba chantajeando. Lo percibió de seguida con sus respuestas. Tenía que pensar en un plan rápidamente, no podía darle ese dinero al viejo, pero tampoco podía permitir que fuera a la policía. Pensó en algo demasiado rocambolesco y arriesgado, pero no tenía otra opción. Era imposible echar por tierra todo el trabajo que durante años habían estado haciendo. Javier miró su reloj, sabía que en media hora el señor Garrido saldría a comprar el pan como de costumbre, así que decidió perpetrar el plan mientras el viejo no estuviera. Pensó en todos los detalles y en los flecos que pudieran quedar sueltos. Nada podía salir mal, teniendo en cuenta que el señor Garrido tardaba en comprar el pan unos diez minutos, ese era el tiempo que Javier dispondría para secuestrar a su mujer, y así poder tener al señor Garrido cogido por los huevos.

Llegó la hora. Se oyó bajar el ascensor, Javier observó el reloj de conserjería y era el momento. El señor Garrido llegó a la planta baja y salió del bloque. Javier subió corriendo por las escaleras, no podía arriesgarse a cualquier avería que sufriera el ascensor y tener que quedarse encerrado dentro y no poder acabar el plan. Llegó a la tercera planta, abrió la puerta con una ganzúa, solo tardó veinte segundos, entró en el piso con absoluto sigilo y caminó por el pasillo con sumo cuidado, pero apareció el primer inconveniente, el señor Garrido llegó antes de lo previsto.

—¡Marga! —gritó—. Me he dejado el dinero para comprar el pan.

Javier se había escondido en una de las habitaciones del pasillo.

—Eres un desastre —dijo la mujer saliendo de la cocina.

El señor Garrido cogió unas monedas sueltas del cajón de la entrada y volvió a salir por la puerta. Javier salió de la habitación y sigilosamente caminó de nuevo por el pasillo, sacó la cuerda y la cinta adhesiva del bolsillo, entró en la cocina y se abalanzó sobre la mujer, la tiró al suelo intentando no hacerle demasiado daño y consiguió inmovilizarla atándola con las cuerdas, Marga no paraba de gritar, pero Javier le tapó la boca con la cinta adhesiva. Se la llevó arrastrando hacia la entrada, era demasiado arriesgado lo que estaba haciendo, pero no tenía más remedio. Abrió la puerta y observó que no había ningún vecino, dejó encima del mueble de la entrada la nota que minutos antes había escrito y pulsó el botón del ascensor, subió a la mujer a pesar de estar resistiéndose, Javier miró nuevamente su reloj, le quedaban cinco minutos como mucho antes de que el señor Garrido llegase de comprar el pan. El ascensor llegó a la planta baja, y arrastró a Marga hasta el cuarto de conserjería y la encerró con llave. Suspiró de alivio de que el viejo ascensor no se hubiera parado en mitad del camino. Si tenía que llamar a un operario para arreglarlo no quedaría muy bien si veía a una mujer atada y amordazada en su interior. Javier se puso a ordenar el correo en los buzones para así disimular cuando llegase el viejo.

El señor Garrido llegó con la barra de pan bajo el brazo, de forma tímida y cabizbajo saludó al conserje y subió en el ascensor. Cuando el viejo abrió la puerta de su piso y dejó las llaves en la entrada pudo ver la nota sobre el mueble. Se estremeció al leerla.

*¿Los veinte mil euros o su mujer? Usted decide que es lo que quiere. Ya sabe donde encontrarme. Si llama a la policía no la volverá a ver.*

El señor Garrido comenzó a temblar. Aquel asunto se le había ido completamente de las manos. El viejo sabía que su mujer no podía estar lejos, solo había tardado unos diez minutos en ir a la panadería, así que tenía que estar en el edificio. El viejo cogió un cuchillo de la cocina, se lo escondió en la parte de atrás del cinturón y decidió bajar a conserjería, lo tenía muy claro. Si Javier no le entregaba a su mujer; lo mataría.

## Capítulo 17

### ALICIA

Alicia abrió los ojos. Ya había perdido la cuenta de los días en los que se había despertado en aquella sucia y oscura habitación. Observó a su alrededor, y volvió a ver la pequeña mesita a su lado, y las dos cajas de cartón amontonadas en un rincón. El olor era nauseabundo, la ventana estaba un poco abierta, pero la ventilación era escasa. No podía gritar, ya que la mordaza no le dejaba. Sabía que en breve vendrían a cambiarle el pañal, llevaba dos días haciéndose las necesidades encima y aún no la habían cambiado. Sus lágrimas se habían acabado, ya no le quedaban, pero cada día se despertaba horrorizada. Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada, pero calculó más de cinco meses aproximadamente. En ese tiempo, solo había visto a dos personas, a un hombre y a una mujer más mayor, y continuamente le hacían preguntas sobre su pasado, de lo que sabía y de lo que no. Recordó en ese momento como había llegado allí, su mente se remontó a unos meses antes, una parte de ella no quería recordar ese día, pero otra parte si. Fue en un día lluvioso, lo recordó perfectamente como si lo estuviera viviendo en ese momento.

#### *Unos meses antes*

«Alicia se refugió bajo el techo de una pequeña tienda de alimentación. Comenzó a llover con fuerza y se había dejado el paraguas en casa a pesar de que sabía que iba a llover por el cielo tan ennegrecido de ese día. Ya eran casi las nueve y aun tenía que recoger a los niños de casa de sus padres, pero con la lluvia iba a tardar en llegar. Miró su reloj y ya se estaba haciendo tarde, decidió salir corriendo hacia donde había estacionado el coche, pero una furgoneta blanca pasó rápidamente junto a ella, hubieron dos problemas, el primero fue que al pasar la

furgoneta sobre un charco de agua dejó empapada a Alicia, y el segundo problema fue que el conductor bajó rápidamente y con una barra metálica le dio un fuerte golpe en la espalda y la introdujo a la fuerza en el vehículo, la intensa lluvia no permitió a nadie ver absolutamente nada. Alicia había acabado de ser secuestrada.

Lo siguiente que recordó fue despertar en aquella sucia habitación, y que un hombre llamado Armando le dijo que la iba a cuidar. De vez en cuando entraba la mujer mayor, y su mirada daba miedo. Mucho miedo. Alicia dedujo que era la madre de él. Pasaron los días y nadie vino a buscarla, los días se hacían eternos. Le daban de comer tres veces al día, y siempre le hacían las mismas preguntas. De vez en cuando creía que estaba en una pesadilla; pero no era así».

La puerta de la habitación se abrió. Alicia pudo ver a Armando entrando, pero esta vez con una espléndida sonrisa, lo que ella no sabía es que ahora él y su madre eran medio millón de euros más ricos.

—Hola Alicia —dijo él.

Se acercó a la mujer y le retiró la mordaza de la boca. Le acarició el cabello y le sonrió justo después de darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? Huele un poco mal... tendré que cambiarte el pañal, eres un poquito guarra.

—Por favor... déjame ir —añadió Alicia.

—Sabes que no puedes irte, al menos de momento. Y cuando te vayas, quizás te marches a trocitos —sonrió—. Pero tengo buenas noticias, te contaré una historia que te va a encantar.

Armando cambió el pañal, le dio a la mujer agua y un sándwich lleno de moho. Se sentó junto a ella sin decir nada, solo la observaba detenidamente.

—Si supieras las ganas que tengo de matarte —dijo él—. Pero mi madre tiene muchas más.

—Yo no he hecho nada, déjame salir de aquí.

—Sigues viva porque mi madre se ha empeñado en mantenerte con vida, ya sabes, por si acaso te necesitáramos.

—¿Necesitarme para qué? —preguntó Alicia.

—No quieras saber tanto —volvió a sonreír—. Te he dicho que iba a contarte una historia, ya ni me acordaba. Con esa carita tan bonita que tienes se me olvida todo.

—¡Estás loco! ¡Estáis locos! —gritó Alicia.

—Intentaré olvidar eso tan feo que acabas de decirme... verás, resulta que... estoy nervioso, no tengo ni idea de como empezar a contarte la

historia, aunque en verdad no es una historia, es solo una pequeña anécdota que seguro te gustará.

—Eres un enfermo... al final me encontrarán y te meterán en la cárcel, a ti y a tu madre.

—Veo que tienes ganas de hablar hoy... a ver si con la historia sigues teniendo ganas de hablar. ¿Imaginas lo que debe de ser que te apuñalen por todo el cuerpo y te lancen desde un séptimo piso? ¿Imaginas esa sensación de estar cayendo al vacío mientras te desangras? Eso es lo que le ha pasado a tu ex marido Robert.

Alicia se estremeció. Abrió los ojos como un búho y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella horrorizada.

—Tus hijos se han quedado sin padre, y tú te has quedado sin ex marido. Aunque eso debe de darte igual, te largaste de casa, así que no creo que le echas de menos...

—¿Lo has matado?

—Si te sirve de consuelo, yo no he sido. Pero una cosa está clara, está muy muerto, seguro que ya se lo están comiendo los bichos —sonrió—. Además también hay otra gran noticia... tu cuñada Claudia, o sea la hermana de Robert, también está muerta. Le han echado cianuro en una copa de vino. Ha sido una muerte dulce y rápida, ¿no es maravilloso? Pero no te alarmes, yo tampoco he sido.

—¿Por qué? ¿Por qué nos hacéis esto?

—Porque os lo merecéis... sois unos malditos locos, sois cucarachas, pero considérate afortunada, tú todavía sigues con vida. Bueno... ya te lo he dicho, y además ya estás limpia y recién comida. Te veo pronto Alicia.

Armando volvió a colocar la mordaza a la mujer, le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación. Alicia volvió a quedarse sola. Sola en la oscuridad de aquel lugar.

## SEGUNDA PARTE

### CAOS

## *Lo ocurrido un día de diciembre de 1974*

Teresa entró en el salón y se sentó en la silla. Junto a ella había un hombre y una mujer, cada uno se estaba bebiendo una cerveza.

—¿No es demasiado pronto para beber? —preguntó Teresa.

—No —dijo el hombre.

—Vuestra mente ha de estar completamente despejada para lo que vamos a hacer, dentro de varias semanas los mataremos y tenemos que estar concentrados —explicó Teresa.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó la mujer.

—Los llevaremos al granero. Quiero que sufran —explicó Teresa—. Al menos un poco, no somos tan sádicos como ellos, pero algo habrá que hacerles antes de matarlos.

—Podríamos torturarlos cortándoles partes de sus cuerpos —añadió el hombre después de darle un trago a la cerveza.

—Me refería a eso exactamente, que sientan el sufrimiento, pero ya decidiré lo que hacer... de momento tened los ojos bien abiertos, ahora no podemos cagarla. Tenemos que ser como un enjambre de insectos, todos juntos hacia el mismo lugar —dijo Teresa a la vez que se servía una taza de té.

—Esa gente ha destruido a demasiadas personas... tienen que sufrir —comentó el hombre.

Teresa se bebió el té con total tranquilidad y observó a la nada por la ventana del salón.

—Conseguid las túnicas, si son de color negro mejor. Quiero que tengan miedo cuando nos vean —comentó ella—. Con las túnicas se cagarán encima. Quiero que ese granero huela a mierda.

—El granero ya huele a mierda —añadió la mujer.

—Más todavía —dijo Teresa.

Al hombre le gustó la idea de las túnicas al mostrar una enorme sonrisa cuando lo escuchó. Ya lo habían hablado días antes, pero cada vez que lo oía le encantaba la idea.

—¡Es verdad! Las túnicas... ya lo había olvidado, es una idea genial, como si fuera una película de terror —añadió la mujer.

—Esto no es ninguna película de terror... será real, la sangre será real, la tortura será real, el placer de hacerlo será real —dijo Teresa—. Cuando llegue ese día, será épico. Y nada nos lo impedirá.

## Capítulo 18

### CAOS EN CONSERJERÍA

El señor Garrido bajó por el ascensor. El recorrido hasta la planta baja se le hizo eterno. Llevaba guardado el cuchillo en la parte de atrás del pantalón. Lo guardó por si acaso tenía que utilizarlo. Sintió la fría hoja del arma en su piel. Su mente estaba en blanco, no quería llegar ni a pensar en lo que iba a ocurrir al llegar abajo y encontrarse con Javier. Se sentía como una abeja a punto de picar a su víctima. Quería recuperar a su mujer, y lo haría a toda costa. Odiaba a los asesinos.

Al llegar a la planta baja caminó lentamente hacia conserjería, Javier lo estaba esperando de pie, apoyado contra el mueble sin ni siquiera pestañear.

—¿Y mi mujer? —preguntó el viejo.

—Encerrada —respondió Javier.

—¿Por qué mataste a Robert? Era un buen vecino y un buen hombre.

—El motivo me parece que no es de su interés señor Garrido, todo esto puede acabar bien, o puede acabar mal. La decisión es toda suya —explicó Javier.

—Devuélveme a mi mujer.

—No quiero hacerle daño, es una buena mujer, además se nota que en su juventud era una mujer preciosa, y la verdad no me gustaría que le ocurriera nada. Sería una lástima que su cara se llenase de sangre.

—¿Qué opciones tengo? —preguntó el viejo tocándose el cuchillo de la parte de atrás.

—Tengo un plan, algo que he de acabar, y necesito que usted y su mujer estén tranquilos mientras acabo lo que he de hacer.

—¿A qué te refieres?

—Su mujer y usted tendrán que estar encerrados, no puedo permitirme que puedan acudir a la policía —explicó Javier—. Es un riesgo para el plan que estén deambulando por ahí con la información que saben.

—Si me devuelves a mi mujer no diremos nada a nadie. Olvídate del dinero, no lo quiero. Solo quiero a Marga.

—Es demasiado tarde para eso señor Garrido.

De repente, alguien apareció por detrás de Javier, que recibió un fuerte golpe en la cabeza con un jarrón. El conserje cayó inconsciente en el suelo. Marga había conseguido desatarse de las ataduras y sin pensárselo había agarrado el jarrón de cerámica de conserjería y sin titubear lo estampó en la cabeza de Javier.

—¡Marga! ¿Cómo has salido? —preguntó el viejo.

—Me he desatado. Ninguna atadura puede conmigo —sonrió—. Ningún maldito asesino puede con Margarita Torres.

—Tenemos que llamar a la policía —añadió el señor Garrido—. Esto se nos está yendo de las manos.

—¡No! Lo subiremos a casa. Quiero mi dinero, y quiero que sufra. Nadie mata a nadie sin pagar por lo que ha hecho.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura.

El matrimonio subió a Javier por el ascensor y lo ataron de pies y manos a una silla y lo dejaron en medio del comedor. Los dos se sentaron en el sofá comiendo pipas a esperar a que se despertase.

—¿Y si algún vecino pregunta por él? —preguntó el señor Garrido.

—Les diremos que no sabemos nada. No te preocupes Juan, todo saldrá bien. Este cabrón nos dará nuestro dinero y pagará por lo que ha hecho.

—De acuerdo. Por cierto... las pipas están demasiado saladas, ¿son diferentes a las que sueles comprar?

—Sí, son diferentes —respondió ella.

—No me gustan.

—Pues no te las comas. Siempre te quejas por todo.

Javier comenzó a abrir los ojos lentamente. Estaba aturdido. Pero cuando reconoció a sus secuestradores se estremeció.

—¿Qué hacen? —preguntó él con voz temblorosa.

—Queremos nuestro dinero Javier —dijo Marga.

—¿Los veinte mil? —preguntó desconcertado el conserje.

—Así es. Nos lo debes —respondió la mujer.

—No tengo ese dinero. Lo siento.

—¡Una mierda! Has matado a un hombre, y si no quieres que llamemos a la policía nos lo tendrás que dar —explicó Juan.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó la mujer.

—No es asunto suyo. Robert no era un buen hombre —respondió Javier a la vez que contemplaba los muebles viejos del salón.

—¡Pobre Robert! Era un buen hombre. El negocio le estaba yendo mal, no estaba pasando por un buen momento. Era una buena persona —explicó Marga.

—Será mejor que me suelten.

—No te vamos a soltar hasta que no nos des el dinero —añadió el señor Garrido—. Queremos irnos a una playa paradisíaca en las próximas vacaciones.

El teléfono móvil de Javier comenzó a sonar. Marga lo sacó del bolsillo y pudo ver que lo llamaba un tal Armando.

—¿Es importante la llamada? —preguntó ella.

—Si no respondo, lo más seguro es que se preocupe por mí, y venga a buscarme.

—¿Quién es Armando? —preguntó Juan.

—Nadie importante. Pero he de atender la llamada.

—Voy a poner el altavoz —dijo Marga—. Si dices cualquier cosa extraña, te juro que te rajamos aquí mismo y te hacemos comer tus tripas, ¿lo entiendes?

Javier asintió con la cabeza sin mencionar palabra, Marga descolgó la llamada y activó el altavoz.

—Hola Armando —añadió Javier.

—¿Te apetece un café? —preguntó Armando al otro lado del teléfono.

—Ahora no puedo. Estoy algo liado con un enjambre de abejas que me he encontrado en la tercera planta.

—¿Enjambre? De acuerdo. No te preocupes. Nos vemos en otro momento —colgó.

—¿Enjambre? ¿Por qué has dicho eso? —preguntó el señor Garrido.

—Es lo primero que se me ha ocurrido. Armando tiene fobia a los insectos, al decirle eso me aseguro que no venga —Javier mintió descaradamente.

—¡Bien! Ahora que ya hemos acabado de jugar... ¿dónde está nuestro dinero? —preguntó Marga.

Armando colgó la llamada. Se quedó estupefacto cuando Javier le había dicho que estaba liado con un enjambre de abejas, “enjambre” era la palabra secreta que habían acordado decir si algo no iba bien. Varios recuerdos terroríficos le vinieron de inmediato a la cabeza. Tuvo claro que algo le ocurría a Javier, así que era el momento de actuar.

## Capítulo 19

### EL CASO DEL HOMBRE MUTILADO

El inspector Jesús Román y el agente Daniel Sánchez salieron del hospital psiquiátrico. Matilde no les había dado ningún tipo de información. Solo se dedicó a gritar ¡yo no los maté! Quedaron desconcertados, no entendían a que podía referirse. Cuando iban a subirse al vehículo, un médico apareció por detrás.

—Me han dicho que han venido a ver a Matilde —añadió el médico.

—Así es. ¿Quién es usted? —preguntó Román.

—Yo traté a Matilde cuando la encerraron en el año 1968. Llegó aquí asustada, creo que tenía en ese momento casi cuarenta años. El juez la mandó aquí después de ser sospechosa de un asesinato —explicó el doctor—. En esta carpeta está toda la información.

El médico les entregó una carpeta roja. El inspector la abrió y hojeó por encima los archivos.

—¿Por qué la acusaron de asesinato? —preguntó el agente Sánchez.

—Un hombre apareció mutilado en el bosque. Fue un asesinato atroz. Ella estaba en la escena del crimen, escondida detrás de unos arbustos... pero todo lo que han de saber está en esa carpeta —explicó el doctor—. Si alguien pregunta, yo no les he dado nada.

El médico volvió a entrar en el psiquiátrico. El inspector y el agente se miraron y sonrieron, ya tenían un hilo del que tirar.

Los policías pararon en una área de servicio para tomar un café y así poder echar un vistazo al informe médico. Comenzaron a leer, en el documento escrito por el doctor se detallaba que Matilde había sido ingresada en el año 1968 después de haberse vuelto completamente loca, al haber sido acusada del asesinato de un hombre. No dijo nada durante el

interrogatorio, lo único que hacía era gritar e intentar morder a todos los agentes que querían hablar con ella. Un juez mandó su ingreso en el psiquiátrico en el que estuvo tres años. Jamás pudieron probar que ella fuese la culpable de la mutilación de aquel hombre que fue encontrado en el bosque. El policía que llevó la investigación fue el inspector Sala.

—¿Inspector Sala? —preguntó Daniel—. ¿Lo conociste?

—No llegué a conocerlo, se jubiló mucho antes de llegar yo. Era un buen policía por lo que escuché —explicó el inspector—. Aún es pronto, deberíamos ir a verlo y que nos explique todo lo que sepa sobre Matilde.

El inspector Román llamó al comisario para preguntarle por la residencia actual del inspector Sala. El agente Sánchez, anotó la dirección en el GPS y se dirigieron hacia el lugar. Era ya algo tarde, pero el inspector quería respuestas lo antes posible. El comisario les advirtió que el inspector Sala ya era bastante mayor, casi alcanzando los noventa años, pero estaría dispuestos a ayudarles ya que su cabeza continuaba funcionando al cien por cien. El inspector ya jubilado y su esposa se habían comprado una pequeña casa a las afueras de Barcelona. Accedías a ella a través de un sendero rodeado de pinos. El lugar perfecto para un retiro y vivir en paz hasta el final de los días. Cuando llegaron, aparcaron el coche junto a la cerca, al salir del vehículo respiraron aire puro, el lugar era precioso, todo rodeado de bosque. No se veía ni un alma. La puerta de la casa se abrió, un hombre con cabello canoso y con un bastón salió a recibirles. Jesús Román no lo había conocido nunca personalmente, pero tenía muchas ganas de intercambiar palabras con él.

—¿Inspector Sala? —preguntó Román.

—No me llame inspector. Hace ya unos años que ese nombre no aparece en mi tarjeta de visita —sonrió.

—¡Bien! Señor Sala... soy el inspector Jesús Román, él es mi compañero el agente Daniel Sánchez.

—Encantado de conocerles. El comisario me ha llamado, me ha dicho que vendrían... por favor, pasen a mi casa.

Cuando los agentes entraron en la pequeña casa del ex inspector Sala, un increíble aroma a tarta de manzana se impregnó de repente en sus fosas nasales. La esposa, una simpática mujer de unos ochenta años y con cabello rubio teñido, apareció en el salón con una tarta de manzana en las manos.

—La he hecho esta mañana —dijo ella—. Menos mal que aún no nos la hemos comido, no hubiera podido prepararles nada con el poco tiempo con el que mi marido me ha avisado que venían.

—No se preocupe señora —añadió el inspector Román.

La mujer dejó la tarta encima de la mesa, ya la había cortado a trozos pequeños y colocado unas servilletas junto a aquel manjar.

—Siéntense caballeros —dijo el señor Sala ofreciéndoles las sillas del salón.

El inspector Román se acomodó en la silla, y el señor Sala se sentó en un pequeño sillón, el agente Sánchez no lo dudó, cogió un trozo de tarta y se sentó junto al inspector.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó el ex inspector.

—Hemos venido a hablar de Matilde —respondió Román—. Le explico... en el año 1968 usted investigó el caso de un hombre mutilado que apareció en el bosque, la única sospechosa fue Matilde, apareció escondida en la escena del crimen, y según indica el informe policial, la sangre de la víctima estaba en la ropa de ella, ¿recuerda ese caso señor Sala?

—Jamás podré olvidar ese caso —respondió—. Nunca había visto un cuerpo troceado de esa manera. Jamás vomité de una forma tan descontrolada.

—El juez no encontró pruebas para encarcelar a Matilde, ella se volvió completamente loca y la enviaron a un psiquiátrico donde pasó unos años —explicó Román.

El agente Sánchez se levantó para coger nuevamente otro trozo de tarta de manzana.

—Matilde salió del psiquiátrico, aparentemente recuperada, un tiempo después, su hermano Alfredo y su mujer Natalia dejaron a sus hijos Robert y Claudia con ella.

—Lo sé. Hice una investigación muy cercana acerca de Matilde, incluso después de haberme jubilado.

—¿Por qué se quedó ella con sus sobrinos? ¿Por qué abandonaron a Robert y Claudia? —preguntó el inspector.

—Nadie lo supo —respondió el señor Sala—. Alfredo y Natalia desaparecieron misteriosamente, jamás aparecieron ¿dónde quiere llegar con todo esto inspector?

—Han asesinado a Robert, lo tiraron desde un séptimo piso. A Claudia la han envenenado con cianuro.

—¡Es terrible! ¿Quién haría algo así? —preguntó el ex inspector completamente desconcertado.

—Es lo que tratamos de averiguar... ¿qué ocurrió con el caso del hombre mutilado?

—Fue un caso horrible... varios trozos de un chico aparecieron en el bosque, como ya sabe, las otras partes del cuerpo no aparecieron nunca. Ni siquiera la cabeza.

—¿Quién era la víctima? —preguntó Román.

—Creo que tenía algo más de veinte años si no recuerdo mal, vivía con su madre, era una buena persona, eso decían los que lo conocían. Trabajaba en una panadería en el centro de la ciudad, y cada día se levantaba temprano, y con su bicicleta iba hacia allí, pero ese día no llegó al trabajo ni fue a su casa —explicó.

—¿Cree que lo hizo Matilde? —preguntó el agente Sánchez, que por fin, había acabado de comer tarta.

—No. Nunca lo creí. Creo que esa pobre mujer vio algo, y que lo intentó ayudar, por eso la sangre manchada en su ropa. Creo que al ver como lo mutilaban, perdió completamente la cabeza, ¿quién no la perdería al ver algo así?

—Hace unos años la volvieron a encerrar... hemos ido a verla al psiquiátrico —dijo el inspector—. No está demasiado bien, cuando nos hemos ido no paraba de repetir, ¡yo no los maté!

—Es una pena que al final alguien acabe de esa manera —añadió el señor Sala.

—¿Qué sabe acerca de esa familia? Es muy extraño que hayan asesinado a los sobrinos de Matilde —dijo el inspector—. ¿Se llegó a investigar en profundidad a Alfredo y Natalia?

—En realidad no, se investigó un poco el entorno de Matilde, pero poco más, no se llegó a profundizar. La verdad es que el caso se dio por cerrado cuando encerraron a Matilde. En comisaría deben de tener todavía la información en los registros. Pero ya le digo, ese matrimonio se marchó y dejaron a sus hijos con Matilde, y creo que eso fue lo que la mantuvo cuerda durante mucho tiempo.

—¿Qué significa la sonrisa? —preguntó el agente—. Nos han informado que ella siempre dibujaba una sonrisa con su sangre.

—No les puedo ser de ayuda respecto a eso, jamás pudimos averiguarlo —respondió el anciano—. Cuando alguien se vuelve completamente loco es capaz de hacer cualquier cosa.

En ese momento, el inspector Román recibió una llamada en su teléfono móvil. Pudo ver en la pantalla que lo llamaba el comisario, dadas las horas, tenía que ser algo urgente.

—Hola señor comisario —respondió.

—¿Dónde estáis? —preguntó.

—En casa del inspector Sala... bueno, del ex inspector Sala, ¿qué ocurre?

—Id al deposito de cadáveres. Han encontrado el cuerpo de una mujer envuelto en plástico tirado en el arcén de una carretera —explicó.

—¿No pueden ocuparse otros de ese caso? Estamos con la investigación del crimen de los hermanos Robert y Claudia —dijo el inspector en tono serio.

—Algo me huele mal, hemos triangulado datos, el cadáver que ha aparecido es el de Maite Herranz, pero atento a esto, la asistente que trabaja en la casa de Maite, es la mujer del conserje de la comunidad en la que han asesinado a Robert, ¿coincidencia?

—¿En serio? —preguntó el inspector emocionado por tal hallazgo.

El inspector Román comenzó a inquietarse, demasiada casualidad, le vino a su cabeza una palabra; *caos*, todo aquello se estaba complicando demasiado, y se presagiaba un caos total.

## Capítulo 20

### CULPABLE

El inspector Román y el agente Sánchez llegaron al depósito de cadáveres. Un escalofrío recorrió el cuerpo del inspector, aquel lugar no le gustaba nada. Había policías que iban y caminaban por el lugar como si nada, como el que está en una terraza tomando una cerveza, pero a él no. El comisario los estaba esperando, con su peculiar cara de estar enfadado con el mundo entero.

—Una patrulla la encontró en el arcén de una carretera, es Maite Herranz, una doctora bastante famosa en su hospital y además jefa de planta —explicó el comisario observando el cuerpo—. Estaba envuelta en plástico, el forense ha encontrado un cabello en uno de sus dedos y parece ser que es de su asesina.

—¿Asesina? —preguntó el inspector.

—El cabello es de mujer, estamos cotejando el ADN.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó el agente Sánchez.

—La apuñalaron en el pecho —respondió el comisario—. Aunque tiene marcas en su cuello de haber sido también asfixiada. Además, lo extraño de todo es lo que te dije por teléfono, en su casa trabaja Silvia, la mujer del conserje del edificio donde murió Robert.

—Eso es mucha casualidad jefe —añadió Román.

—Os he pasado a vuestro *mail* la dirección de Maite y todos sus datos, id a hablar con el marido y que venga a identificar el cuerpo. Pero no le perdáis de vista, también puede ser sospechoso.

—¿Quién es el marido? —preguntó Sánchez.

—Se llama Alan, un ricachón con suerte. Dirige una cadena de tiendas de perfumería a nivel mundial —dijo el comisario—. Que identifique el

cuerpo e interrogadle, y también quiero que habléis con Silvia. Cuando tengamos los resultados del cabello os avisaré.

El inspector y el agente salieron del depósito de cadáveres y pusieron rumbo hacia el chalet de Alan y Maite.

A varios kilómetros de allí, y unas horas antes del levantamiento del cuerpo de Maite, Alan y Silvia pudieron esquivar a la patrulla policial que había encontrado el cadáver. Iban nerviosos después de haber perdido el dinero del chantaje y además tener la oportunidad de enterrar el cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Silvia.

—Te dejaré en tu casa, después iré a la mía y borraré las grabaciones de las cámaras de seguridad, hay que borrar todas las pruebas que puedan incriminarnos. Bajaré a la bodega y limpiaré a fondo por si quedan restos de sangre.

—¿No puedo acompañarte? —preguntó ella.

—Mejor que no. Si viene la policía, que vendrán... será mejor que no te encuentren en casa.

Alan paró el coche en doble fila al llegar a casa de Silvia para que ella bajase.

—Cuando subas haz vida normal, intenta estar tranquila —dijo él—. Yo me ocuparé de todo.

—¿Saldrá todo bien? —preguntó Silvia totalmente preocupada.

—Así es. Te llamaré más tarde.

Silvia bajó del coche, no sin antes de darle un beso a Alan, se fundieron en un apasionado beso. A Silvia le dio igual estar junto a su casa, no pensó en que Sergio pudiera estar ya durmiendo o incluso mirando por la ventana. Alan contempló a su amante alejarse del coche y entrar al portal. Puso primera y arrancó el vehículo. Mientras conducía a gran velocidad hasta su casa, pensó en lo que le había dicho a Silvia, que todo saldría bien. Así era, al menos para él, acababan de matar a su mujer Maite, y después del imperio que había creado de la nada, no estaba dispuesto a perderlo por nada del mundo. Cuando envolvió el cadáver de su mujer en el plástico, colocó un cabello de Silvia en sus dedos, un cabello que había encontrado en la bodega y que pertenecía a su amante, era un seguro que Alan había decidido guardarse por si algo salía mal, y así, llegado el caso que la policía encontrase el cadáver, podrían declarar

culpable a Silvia del asesinato por encontrarse un cabello entre los dedos de la víctima. Al menos, con eso retrasaría la investigación, pensó él. Además, tenía pensada una historia bastante convincente. Y por supuesto, no podía arriesgarse a que registrasen su casa y encontraran su pequeño secreto.

Alan llegó a su casa, sabía que no disponía de mucho tiempo, pero el suficiente como para limpiar el maletero de su coche y el suelo de la bodega. Los niños estaban durmiendo en el piso de arriba, lo hizo todo en silencio para no alarmarles. Cuando limpió bien a fondo la bodega y su coche, entró en el ordenador de su despacho y accedió al servidor de las cámaras de seguridad, y borró la grabación de todas las cámaras de ese día.

El timbre sonó, Alan se sobresaltó y deseó con todas sus fuerzas que David y Ainhoa no se despertasen. Se dirigió a la puerta con lentitud, sabía que las horas que eran no podían ser otras que la policía, y estaba claro que venían a darle la terrible noticia de que su mujer había sido encontrada muerta. Era empresario, no actor, tenía que ser lo más convincente posible para que se creyeran que la noticia le había impactado. Recordó una de las últimas películas que había visto, un hombre perdía a un hijo a causa de un terrible accidente, visualizó al actor quedándose en estado de *shock*, y después un desgarrador grito cayendo de rodillas al suelo. Decidió no darle más vueltas al asunto y abrió la puerta. El inspector Román y el agente Sánchez estaban de pie, con mirada seria y a la vez observadora. Se presentaron y le dieron la noticia. Alan gritó lo más fuerte que pudo, se arrodilló en el suelo y con la cabeza gacha cerró los ojos y los apretó con fuerza, para así poder al menos dar la sensación de ojos a punto de llorar. El agente Sánchez agarró del hombro a Alan e intentó que se levantara del suelo. Le indicaron que tenía que acompañarles al depósito de cadáveres para poder identificar a su mujer. La historia que había preparado en su cabeza era absolutamente perfecta. La declaración comenzaría diciendo que Silvia se había enamorado de él y que sentía celos de Maite, así los agentes pensarían que había sido un crimen pasional. Además, todo cobraría sentido cuando identificasen el cabello de su amante en el dedo de su difunta mujer, eso la señalaría como la única culpable. Alan les dijo a los agentes que su mujer no había aparecido en todo el día, que no era algo extraño, ya que dependiendo del trabajo en el hospital podía retrasarse. Pero ese relato tuvo un problema, y fue cuando David apareció en el salón

después de haberse despertado por el grito de su padre y mencionó sin ningún tipo de maldad que su madre estaba al mediodía en casa, tumbada en el sofá con una manta encima ya que se encontraba bastante mal. Cuando Alan escuchó decir eso a su hijo, solo le vino una palabra a su cabeza, «mierda».

## Capítulo 21

### LA HIJA

Javier había mencionado por teléfono la palabra “enjambre”. Armando sabía que si oía esa palabra, significaba que alguien lo tenía retenido. Era la palabra clave que escondía un oscuro y tenebroso pasado. Así que, no podía perder más tiempo. Antes de hablar con Javier por teléfono, ya había llamado a Alan para decirle que en unas dos horas lo volvería a llamar para indicarle donde debía de llevar el dinero. Tenía dos horas, el tiempo suficiente para poder ayudar a Javier a salir de donde lo tuvieran retenido. Le dio un beso a su madre y salió de casa, aunque antes se cercioró que Alicia no tuviera sed. Cuando abrió la puerta de la habitación secreta y le retiró la mordaza para saludarla, la mujer lo maldijo a insultos, Armando decidió cerrar la puerta y marcharse. El tiempo iba en su contra.

Javier solamente podía estar en un lugar, en el edificio donde trabajaba. Alguien, por alguna razón lo había retenido. Estaba claro, lo encontraría en la tercera planta, eso le dijo por teléfono, que el enjambre estaba en el tercer piso. Subió a su destartelado coche y se dirigió hacia el bloque. Olía a muerto, era lógico, teniendo en cuenta que el cadáver de Maite estaba escondido en el maletero. Decidió parar en una gasolinera y comprar ambientador para echar al coche, desde luego, el olor a podrido estaba acabando con él. Al llegar al edificio, estacionó algo retirado de allí para intentar no llamar demasiado la atención. Se dirigió al portal, forzó la puerta y entró. Pensó que tanta comunidad de ricos y tener una puerta que se abre tan fácilmente. Decidió subir por las escaleras hasta la tercera planta, recordó en ese momento que Javier le solía contar que el ascensor se estropeaba habitualmente. Solo había un vecino por piso, así que lo tuvo fácil para adivinar que puerta era. No lo dudó, y llamó al timbre. Unos

pasos se oyeron detrás de la puerta, y el señor Garrido abrió. Armando no estaba al cien por cien seguro que Javier pudiera estar en el interior de aquel piso, la única manera de asegurarse era entrando, y cuando el viejo abrió la puerta le dio un puñetazo que lo tiró al suelo, el golpe justo como para reducirlo sin hacerle demasiado daño. Armando entró en el piso después de cerrar la puerta y al llegar al salón lo vio, Javier estaba atado de pies y manos en una silla. Marga se quedó paralizada por ver a un intruso en su hogar. Las pipas cayeron al suelo.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

Armando no respondió, se abalanzó sobre la mujer y consiguió inmovilizarla dejándola inconsciente en el suelo con un golpe suave, igual que al señor Garrido, lo justo como para no hacerle daño. Al pasar unos minutos, el matrimonio comenzó a despertar. Se vieron atados en unas sillas, al igual que Javier lo había estado minutos antes. Delante de ellos, estaban Armando y el conserje, los miraban fijamente, pero estaban dispuestos a hablar.

—¿Cómo se les ocurre a su edad ponerse a chantajear a alguien? —preguntó Armando, aunque en una parte de su cabeza sabía que él había hecho lo mismo con Alan.

—Ese hombre es un asesino —añadió Marga mirando a Javier.

—Este hombre al que llama asesino, es mi hermano —explicó Armando—. Y es cierto, él ha matado a Robert, pero hay una explicación para eso.

Armando y Javier eran hermanos, muy poca gente lo sabía, era algo que guardaban en secreto debido a lo que estaban haciendo, al plan que llevaban años queriendo ejecutar. Y para que saliese bien, era algo que había que guardar en secreto. Ni siquiera Silvia sabía que el vecino de al lado era su cuñado, y que la mujer mayor a la que siempre estaba criticando por no salir de casa era su suegra. Javier le había explicado a su mujer cuando se conocieron que su madre había fallecido a causa de una enfermedad. No quería desvelar su identidad. El plan era más importante que decir la verdad.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó el señor Garrido.

—Quiero que dejen en paz a Javier. Si ha asesinado a un hombre es por un motivo, y es algo en lo que no han de meterse —respondió Armando—. No deberían meterse en nuestras vidas.

—Odiamos las injusticias —añadió Marga—. Nos horrorizan los asesinos, el daño al débil... hace años, nuestra hija...

—¡Cállate! —interrumpió Juan—. A estos imbéciles no les interesa nuestra vida, y no tenemos que contarles nada.

—¿Qué ocurrió con su hija? —preguntó Armando.

Marga se quedó pensando. No sabía si contar la triste historia que llevaba guardada en su interior. Un terrible suceso que ocurrió años atrás. Algo que cambió la manera en la que verían el mundo. La mujer observó con detenimiento a los hermanos, no supo el motivo pero le daban confianza, a pesar de estar reteniéndoles en su propio salón.

—Nuestra hija falleció hace tiempo, con tan solo veintinueve años... un conductor la atropelló y la dejó tirada en la calle y ni siquiera la socorrió —explicó la mujer—. Nuestra hija estuvo agonizando en el suelo durante veinte minutos con la cara y el cuerpo completamente destrozados, era de noche y nadie pasó por la calle para poder llamar a una ambulancia.

—Lo siento mucho —dijo Armando.

—Días después, la policía detuvo al culpable... pero no pudieron demostrar que fue él quien la atropelló a nuestra Cecilia, pero nosotros sabíamos que ese hombre era el que la mató, lo vimos en su mirada —Marga comenzó a llorar al recordar toda la historia—. Desde ese día, mi marido y yo odiamos cualquier tipo de injusticia. Guardamos un dolor en nuestro interior que no nos deja vivir, y no nos deja estar en paz. Odiamos a los asesinos.

—¿Qué pasó con ese hombre? ¿Volvieron a saber algo de él? —preguntó Javier.

—Un día, lo pudimos encontrar, a ese maldito hombre que asesinó a nuestra pequeña... entramos en su casa a medianoche y lo asfixiamos hasta la muerte. Mi marido lo trocó en varias partes y lo fuimos tirando por varios contenedores de la ciudad.

—¡Joder! ¿Lo asesinaron? ¿Y si realmente no era él? —preguntó Armando.

—Lo vimos en sus ojos como ya le he dicho, además confesó antes de que mi marido le cortase la cabeza.

Armando no podía creerse la historia que estaba escuchando, tenía ante él a unos auténticos zumbados. Miró su reloj, no le quedaba demasiado tiempo. Tenía que irse lo antes posible, Alan estaba esperando que lo llamase para indicarle las instrucciones para la entrega del dinero. Y el

cadáver de Maite estaba en el maletero comenzando seguramente a descomponerse todavía más. Aunque pensó que el olor a pino del ambientador mezclado con el olor a muerto haría una buena combinación. Y como de un destello se tratase, Armando tuvo una idea que él creía de magnífica. Aunque para ello tendría que desvelar algunos secretos, pero merecería la pena. Su madre no estaba para poderle consultar, pero estaba seguro que ella lo apoyaría.

—Siento mucho lo que les ocurrió a su hija —dijo Armando—. Pero... déjenme que les cuente también una terrible historia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Javier.

—Tranquilo. Confía en mi.

El conserje observó a su hermano mayor. Todavía desconocía el plan que Armando tenía en la cabeza, pero decidió confiar en él.

—¿Están preparados para la historia? —preguntó Armando dirigiéndose al matrimonio.

Marga asintió con la cabeza. El matrimonio Garrido no era consciente de lo que estaban a punto de descubrir.

## Capítulo 22

### LA HABITACIÓN DE LUCÍA

Lucía no tenía ni idea de como continuar su novela, estaba completamente estancada. Recordó nuevamente las fotografías que había estado viendo de su padre el día anterior. Lo recordaba tan a menudo que el dolor continuaba presente a pesar de tener unos cinco años cuando todo ocurrió. Observó por la ventana, estaba algo nublado. Decidió en un impulso ir a casa de su madre y así poder ver como llevaba la habitación. Llevaban meses preparándola a conciencia, tenía que ser una recreación perfecta de aquella habitación oscura que la había marcado años atrás. Se volvió a secar las lágrimas. La rabia en su interior volvía a crecer con más fuerza que nunca. Así que no se lo pensó más, salió de su habitación y se marchó sin ni siquiera decirle nada a su hermano Julio, que aún continuaba durmiendo.

Lucía bajó del autobús, se había percatado que un hombre le había estado mirando las piernas durante todo el trayecto. Sintió repugnancia hacia aquel hombre que con cara de baboso la observaba con cara de deseo. Ella, a pesar de sus cuarenta y cinco años sabía perfectamente que sus piernas eran increíblemente preciosas. De echo, era una mujer preciosa. Y ella lo sabía. Después de caminar durante cinco minutos, Lucía llegó al portal del bloque de pisos donde vivía su madre, necesitaba pedirle un favor urgentemente. Llevaba dos días recordando demasiado a su padre y la habitación aún no estaba terminada, así que necesitaba un chute de adrenalina o se volvería completamente loca. Aunque realmente ya lo estaba. Entró en el bloque y subió al ascensor. Se miró fijamente en el espejo mientras subía hacia arriba. Se veía hermosa, más guapa que nunca, pero sus ojos pedían venganza. Salió del ascensor y llamó a la puerta.

Pudo escuchar los pasos de su madre acercándose lentamente, ella ya estaba mayor, pero Lucía sabía que su madre también quería venganza. La puerta se abrió, y su madre la observó de arriba a abajo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer.

—He venido a ver como va la habitación... hace días que no me dices nada —respondió Lucía a la vez que entró en el piso.

—Si no te he dicho nada es porque aún no está lista.

—¿Puedo verla?

—Puedes verla... pero no está todavía.

Lucía cruzó el salón y caminó lentamente por el pasillo. Se paró junto a la última puerta y la contempló con asombro.

—¿Ha dicho algo? —preguntó ella.

—De momento nada —respondió su madre—. Pero hablará, de eso estoy segura.

—Esa mujer lleva meses encerrada ahí madre, y os está tomando el pelo, se ríe en vuestra cara. Seguro que Armando le prepara todos los días un sándwich para chuparse los dedos.

—Tu hermano hace lo que yo le digo, y tú harás lo que yo te diga Lucía.

—Lo siento. Enséñame la habitación y me iré.

Madre e hija continuaron caminando por el pasillo y llegaron a la habitación que estaba junto al baño. La mujer abrió la puerta y le indicó a su hija que entrase. La luz era escasa, olía bastante mal, en un rincón habían heces de perro que Armando había ido subiendo durante los últimos meses de la calle, y cuando no encontraba ninguna, él y su madre hacían las necesidades en esa habitación. En ella, había un colchón viejo y desgastado, junto a él, una pequeña mesita con un florero encima. Las paredes estaban sucias, y en los rincones había telarañas.

—Falta el cuadro —añadió Lucía.

—Ya te he dicho que todavía no estaba acabada —respondió la madre.

—Tengo ganas...

—Tranquila pequeña, todo llegará —dijo su madre acariciándole el cabello—. Por cierto, ¿dónde está Julio?

—Lo he dejado durmiendo... últimamente se mete mucho conmigo y con mi novela, a veces no lo soporto.

—Ya sabes como es tu hermano, siempre le ha gustado meterse contigo...

—Menos mal que Armando y Javier no son como él —comentó Lucía—. ¿Dónde está Armando?

—Se marchó temprano, creo que quedó con Javier, tu hermano no durmió con Silvia —explicó la madre.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—No quiero ni saberlo —sonrió—. Ellos sabrán lo que les pasa.

—¿Habéis podido sacar alguna información del micrófono de Silvia? —preguntó Lucía.

En ese momento, la madre recordó el nuevo camino que ella y su hijo habían decidido tomar. Medio millón de euros ya casi eran de ella.

—Todavía no, pero todo a su tiempo. Sabremos la verdad antes o después —respondió la mujer.

—Hoy es el día, he de averiguar algo sea como sea.

—Lo conseguirás cariño.

Lucía se quedó pensando, le hervía la sangre, necesitaba pedírselo a su madre. Ya no podía más.

—He de pedirte un favor madre.

—¿Qué ocurre?

—Los últimos días han sido horribles, tengo pesadillas y no descanso bien. Me paso todo el día llorando... necesito desahogarme.

—Se lo que estás pensando y la respuesta es, no.

—Necesito hacerlo, déjame hacer algo, los días no pasan para mí. No puedo más.

—Cuando comenzó todo esto, hicimos un trato, y tu momento aún no ha llegado —explicó la madre—. Respeta las reglas, porque si no se respetan comenzará el caos, y aún no es el momento para el caos. No somos unos salvajes como ellos.

—Te lo suplico madre —dijo Lucía arrodillándose en el suelo—. Déjame entrar en esa habitación y deja que le corte un dedo a Alicia, o al menos clavarle agujas, aunque solo me dejes tirarle agua hirviendo por el cuerpo me conformaré. Lo necesito.

—¡Levántate del suelo! Yo no te he criado así... márchate a tu casa y espera a que te llamemos. Deja de avergonzarme. Tus hermanos se comportan mejor que tú. Cuando salgas de aquí quiero que reces para limpiar los pecados con los que has llegado.

—¡Por favor! —dijo nuevamente—. Déjame hacerle algo.

—Calla esa bocaña niña mal criada y márchate a hacer tu trabajo y averigua quien fue el sexto implicado.

En ese momento, la puerta de entrada se abrió. Armando y Javier entraron y se quedaron mirando a Lucía como si estuvieran viendo a un fantasma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Armando.

—He venido a ver la habitación —respondió.

—Aún no está acabada —añadió Javier.

—Lo sé... mamá me lo ha dicho.

—Diles la verdad a tus hermanos —dijo la madre—. Se merecen que les expliques el verdadero motivo por el cual has venido.

—¿Qué ocurre Lucía? —preguntó Armando en tono serio.

—Quería hacerle algo malo a Alicia, llevo unos días horribles... necesito desahogarme —explicó.

—¿Crees que esto es un juego niña mal criada? ¿No sabes lo que está ocurriendo fuera de tu mundo de novelas verdad? A tu hermano Javier lo han secuestrado unos vecinos del bloque donde trabaja que están más locos que tú... hemos hablado con ellos y hemos llegado a un acuerdo muy interesante, ahora Alicia es intocable.

—No lo sabía —dijo ella.

—Claro que no —Armando estaba enfadado—. Y nos hemos enterado que Silvia se acostaba con su jefe y entre ella y él se han cargado a la mujer de Alan... pero vienes aquí y quieres que todos bailemos a tu alrededor. Vete de aquí y haz tu trabajo.

—Lo siento —añadió Lucía cabizbaja—. Cuando la habitación esté preparada avisadme.

—¡Lucía! —dijo la madre sujetándola del hombro—. Que no vuelva a ocurrir. La familia ha de estar unida, y por estas cosas todo se puede derrumbar.

—Si madre. Lo siento.

—Ahora márchate hija y acaba tu trabajo. Y sobretodo, reza para quitar esos pecados.

—Aprovecha bien el día de hoy, seguramente no volverás a la casa después de lo de Maite —añadió Armando.

Lucía asintió con la cabeza y se marchó apresuradamente después de mirar su reloj. Llevaba semanas acudiendo a la casa de Alan y Maite para sacar toda la información posible. Ella daba clases de inglés a David, era

la única manera de estar cerca de Alan y saber si realmente era el sexto implicado. Tenía muchas ganas de saberlo, la habitación estaba casi lista y deseaba estrenarla. Deseaba ver las paredes manchadas de sangre y dibujar una sonrisa con ella.

## Capítulo 23

### EL SECRETO DE ALAN

Alan había subido al coche policial, completamente nervioso hasta la médula. No tenía ni idea de lo que iba a decir al llegar al depósito de cadáveres. Había pensado incluso fingir un desmayo, pero eso eran palabras mayores, no era tan buen actor. El inspector Román le había dicho que hablarían allí detenidamente de todo lo ocurrido, no estaba detenido, pero él sabía que sospechaban de él, lo único que tenía que hacer era identificar el cuerpo de su mujer, pero se sentía como si lo estuviera, él solito se había metido en una telaraña de la que le resultaría muy difícil salir.

Durante todo el trayecto nadie dijo absolutamente nada. El agente Sánchez se pasó todo el camino observando por la ventanilla del coche, y el inspector cada treinta segundos contemplaba a Alan a través del retrovisor. Después de unos veinticinco minutos de trayecto, llegaron al depósito de cadáveres. El comisario les estaba esperando junto a la puerta.

—¡Jefe! —dijo el inspector—. Le presento a Alan, el marido de Maite.

—Le acompaño en el sentimiento, siento mucho lo ocurrido —añadió el comisario estrechándole la mano.

—Gracias —dijo Alan.

Era el momento de volver a actuar. Los cuatro caminaron por el pasillo y entraron en una sala fría y oscura. Sobre una mesa metálica estaba el cuerpo sin vida de Maite. El comisario retiró la sábana que la tapaba y en ese momento, los tres policías observaron detenidamente a Alan, querían ver su reacción. Alan no podía fallar en ese momento, intentó mostrar un estado de *shock*, se quedó mirando el cadáver sin mencionar ni una sola

palabra. Se quedó paralizado e hizo el intento de caerse al suelo, pero el agente Sánchez lo sujetó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el inspector.

—No me puedo creer que haya ocurrido esto —respondió Alan—. Esta mañana se fue a trabajar tan normal como siempre, y ahora está muerta.

—Hemos encontrado un cabello en su mano —añadió el comisario—. En unas horas sabremos de quien es.

—¿Por qué tu hijo ha dicho que Maite estaba en casa al mediodía? Nos habías dicho que no había ido a vuestra casa —el inspector comenzó con esa pregunta la investigación para resolver el caso.

Alan pensó en cuestión de segundos en una respuesta que fuera convincente.

—Maite llegó a casa... no se encontraba bien, discutimos por una tontería, y al decirme que había muerto me asusté y dije que no había venido... fue solo por el miedo y el *shock* causado por la noticia —argumentó Alan.

—¿Cree que alguien quería hacerle daño a su mujer? —preguntó el agente Sánchez.

—¡No! En absoluto, mi mujer era una buena persona, nunca le había hecho daño a nadie —respondió Alan intentando mirar el cadáver.

El comisario volvió a tapar con la sábana el cuerpo de Maite y los cuatro abandonaron aquella fría sala.

—Llévadle a su casa —ordenó el comisario—. Cualquier cosa le avisaremos.

—Gracias —dijo Alan.

El inspector Jesús Román, el agente Daniel Sánchez y Alan subieron al vehículo. Se notaba cierta tensión, y el amante de Silvia lo notaba en el ambiente.

—Siento mucho lo de tu mujer —añadió el inspector—. Imagino que será difícil decírselo a tus hijos.

—La verdad es que sí, no tengo ni idea de como comenzar —añadió Alan.

—Decir la verdad sin rodeos a veces es la mejor opción —añadió el agente Sánchez.

Después de un trayecto que se hizo eterno, Alan bajó del vehículo después de despedirse de los policías. Le dijeron que no saliera de la

ciudad hasta que la investigación no finalizase. Alan caminó lentamente hacia su gran casa. Deseaba con todas sus fuerzas que sus hijos estuvieran durmiendo, y así no tener que explicar nada, a pesar de que David ya se había enterado, no quería mantener ningún tipo de charla sobre el asunto. Mentir a la policía era una cosa, hacerlo a sus hijos era otra muy distinta. Cuando entró en la casa, allí estaban, los dos esperándole en el salón. Lloraron durante horas, Alan ya no sabía que decirle a sus hijos, lo único que pudo hacer fue abrazarles. Pasaron las horas, los tres estaban en completo silencio, Alan necesitaba entrar en su sala secreta, en ella guardaba un secreto, uno que muy pocos conocían. Le dijo a David y a Ainhoa que se fueran a dormir, o al menos tumbarse en la cama e intentar descansar. Eso hicieron, los niños subieron por escaleras totalmente adormilados y Alan se dirigió rápidamente a la habitación del pánico que habían construido en la casa. Al ser un empresario tan importante a nivel mundial, era algo que necesitaba tener, siempre pensó que quizá un día alguna banda vendría a secuestrarle o matarle. Aprovechando la construcción de esa habitación, decidió construir un pasadizo secreto a través de ella que condujera a otra habitación, a una sala en la que escondería su secreto. Entró en la habitación del pánico y se situó justo delante de la pared que daba a su derecha, empujó en una de las esquinas y otra puerta se abrió. Encendió las luces y caminó por el pequeño y estrecho pasadizo. Cuando avanzó unos nueve metros entró en una pequeña sala, las paredes estaban pintadas de un color azul claro, hacía frío, aunque para él era la sala más acogedora del mundo. Se sentó en la silla de madera que estaba colocada en mitad de la habitación y observó el congelador que había frente a él. Era un congelador grande, y puesto de pie. Lo estuvo contemplando durante una hora sin levantarse de aquella silla. Siempre le daba miedo abrirlo, le causaba respeto, y a la vez temor. Alan miró su reloj, suspiró y se levantó de la silla. Abrió la puerta del congelador y allí continuaban todos los restos humanos que con el tiempo había ido guardando en su interior. Su tesoro más preciado era la cabeza de un hombre, a pesar de estar en estado avanzado de descomposición, gracias al frío se conservaba bastante bien. Se podían distinguir perfectamente las faces. Agarró la cabeza fuertemente con sus manos y se sentó en la silla, puso la cabeza sobre sus piernas y la miró a los ojos.

—¿Cómo estás? —preguntó Alan—. Yo no he tenido un buen día... Maite está muerta, pero culparán a Silvia, ya me he encargado de eso.

Acarició la cabeza suavemente y la abrazó.

—Espero que todo salga bien. No me gustaría que los niños lo pasaran mal —explicó—. Hoy estás muy callado... ¿no quieres hablar? Debes de tener un mal día, se te nota en la cara.

Alan se levantó nuevamente de la silla, le dio un beso en la mejilla a la cabeza y la volvió a meter en el congelador.

—Mañana seguramente tendrás más ganas de hablar —añadió a la vez que salía de aquella sala.

## Capítulo 24

### EL RITUAL

Armando y Javier salieron del piso del matrimonio Garrido. Habían llegado a un trato. Marga les había contado la triste historia de su hija, y ellos les explicaron el terrible recuerdo que aún continuaba presente en su recuerdo. Alicia formaba parte de ese plan, continuaba atada en la vieja cama ajena a lo que se había estado tramando sobre ella.

Javier no quería ir a casa, le envió un mensaje a Silvia diciéndole que saldría a tomar algo con unos amigos. Su mujer estaba preocupada, pero estaba demasiado ocupada intentando deshacerse del cadáver de la mujer de su amante. Los hermanos subieron al coche.

—Tengo que decirte algo Javier —dijo Armando.

—¿Qué ocurre?

—He visto por las cámaras que Alan y Silvia se han cargado a Maite.

—¿Qué? —Javier no podía creerse lo que sus orejas acababan de escuchar.

—Me conecté hoy, tu mujer está liada con el ricachón... Maite ha aparecido de repente y la han matado —explicó Armando omitiendo su plan del chantaje que solo él y su madre conocían.

—No te preocupes por Silvia, ese tío se encargará de todo para que no la inculpen, pero he creído que debías de saberlo.

—¿Les has visto haciendo el amor? —preguntó Javier.

—Sí, lo estaban haciendo en la bodega.

—¿Postura?

—¿A qué te refieres?

—¡Joder Armando! ¿En qué postura lo estaban haciendo?

—Ella estaba arriba...

—¡Joder! Conmigo nunca quería ponerse arriba —interrumpió—. Anoche no quise hacer el amor con ella.

—Llevan bastante tiempo haciéndolo... prácticamente desde que ella comenzó a trabajar en la casa —explicó Armando.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Somos hermanos, no entiendo que clase de hermano eres tú.

—Lo siento, la verdad no sabía como decírtelo.

—Lo increíble de todo es que yo le busqué ese trabajo para espiar a Alan. En el fondo, es culpa mía.

—No pienses más en ello. Ahora lo importante es el plan. No podemos fallar a mamá.

—Tienes razón —afirmó Javier—. ¿Qué ha pasado con el cuerpo de Maite?

—La policía está investigando, pero Silvia está en tu casa. Alan se encargará de todo.

—De acuerdo. De todas maneras, no quiero ir. Dormiré en tu piso.

Armando condujo. Al llegar a casa tenía que llamar a Alan para indicarle el lugar de entrega del dinero, y buscarse una excusa para poder marchar y así dejar el cuerpo de Maite a la vez que recogía el medio millón. Cuando llegaron a casa, Armando encontró la excusa perfecta para irse, su madre quería hablar con Javier, que en cuanto entraron por la puerta no le quitó ojo. Armando guiñó un ojo a su madre, era la señal, su madre sabía que iría a buscar el dinero. Lucía estaba allí, estuvo hablando con ellos, ella quería hacerle daño a Alicia después de ver la habitación. Después, se marchó.

—¿Cómo estás? —preguntó la madre.

—Me he enterado de lo de Silvia, ¿tú sabías que se estaba tirando a Alan? —preguntó Javier.

—Me enteré hace poco. Lo siento.

—Es la madre de mi hijo, de tu nieto... el que no conoces.

—Nuestro plan es mucho más importante Javier, y llevo días queriendo hablar contigo.

—Pues aquí estoy.

—Todos tus hermanos han hecho el ritual, incluso Lucía —explicó la madre—. Y tu que vives en la puerta de al lado ni siquiera te dignas a hablar con tu madre.

—He estado ocupado madre.

—Armando me contó lo de Robert. Hiciste un buen trabajo.

—Gracias.

—Pero tu hermano Julio hizo un trabajo más fino con Claudia.

—Ya decía yo que algún problemas ibas a sacar...

—Te lo digo para que aprendas a hacer las cosas bien y para que seas consciente que lo que hacemos no es ninguna broma hijo.

—Lo siento —dijo cabizbajo.

—El ritual te espera —añadió la madre abriendo la puerta de su habitación—. Espera un momento, encenderé las velas.

La madre de Javier entró en su habitación y salió a los pocos minutos. Cuando Javier entró, se la encontró como le habían explicado sus hermanos. Las velas encendidas y un cuchillo y la biblia encima de la cama.

—Quiero que leas un versículo de la biblia mientras te cortas con el cuchillo, cuando lo hagas, no olvides rezar y acordarte de tu padre —explicó la madre.

—Bien madre. Lo haré.

—Me prepararé una taza de té, te espero en la cocina —dijo ella.

Javier entró en la habitación y cerró la puerta. Se situó justo en frente de la cama y agarró el cuchillo. Abrió la biblia y comenzó a leer uno de los versículos, de vez en cuando recordaba a su padre, su cara, su cuerpo, sus abrazos y caricias. Javier cogió fuertemente el cuchillo y se cortó en la mano, dejó que la sangre cayera encima de la cama, el corte fue muy profundo. Volvió a cortarse en el brazo, y en el pecho se hizo varios cortes. Todo se llenó de sangre. Recitó el versículo en voz alta, y lloró cuando rezó por su padre. Le dijo que lo amaba y que lo echaba de menos. La madre de Javier lo oía llorar desde la cocina, y sonreía de saber que todo estaba saliendo bien. Tal y como lo había planeado.

Javier entró en la cocina, ya había terminado de realizar el ritual. Su madre lo observó, contempló los cortes de los brazos y de la mano.

—¿Dónde está el dedo? —preguntó ella.

—No he podido.

—Es lo más importante de todo. Es lo más cerca que podrás llegar a estar del dolor.

—No he podido. Lo siento.

—Quítate el zapato. Yo lo haré.

La mujer se levantó y cogió un cuchillo afilado de la cocina. Javier puso su pie derecho encima de una de las sillas de la cocina y cerró los ojos. Su madre, agarró fuertemente el pie, y con el cuchillo le cortó el dedo meñique y se ayudó con unas tijeras de jardín. Javier gritó con todas sus fuerzas, jamás había sentido tanto dolor. El dedo cayó al suelo rodeado de un pequeño charco de sangre. La mujer cogió el dedo y lo metió en el congelador.

—Ves a limpiarte y a curarte la herida —añadió la madre—. En el lavabo tienes todo lo que necesitas.

Javier se fue cojeando hasta el cuarto de baño, y su madre se quedó en la cocina, pensando en si su hijo había hecho bien el ritual. Dejó claro a todos sus hijos que era muy importante hacerlo, solamente así sabrían el dolor que se puede llegar a pasar. Un dolor que una vez, su marido, lo sufrió multiplicado por cien.

## Capítulo 25

### ARCHIVO 5. ESTANTERÍA 3

El inspector Román y el agente Sánchez decidieron ir a comisaría y buscar en los archivos todo lo que tuviera que ver con el caso del hombre mutilado y los padres de Robert y Claudia. Pero el inspector, como de costumbre, tenía hambre. Así que decidieron ir a su bar preferido en cuanto dejaron a Alan en su casa.

—Hola Amanda —dijo el inspector al llegar al local.

—¡Joder! Soy Nuria —añadió la camarera.

—Cierto. Perdón.

—¿Qué os sirvo?

—Yo quiero un café bien caliente y un bocadillo de tortilla de patatas, y pon unas olivas para picar —respondió el inspector.

—¿Y a ti qué te sirvo Daniel?

—Un café con leche. Gracias.

—¿Por qué crees que Alfredo y Natalia abandonaron a los niños? —preguntó Román.

—Quizás no los abandonaron...

—¿A qué te refieres?

—¿Y si fue Matilde que los secuestró? Y ella mató a su hermano y a su cuñada... —explicó el agente.

—No es nada raro eso que has dicho, podría ser... a lo mejor por eso se volvió loca.

—Menos mal que he dicho algo que te ha gustado.

—¿Y el chico mutilado? ¿Por qué estaba ella en la escena del crimen?

—A lo mejor fue ella que lo mató, es una asesina en serie... por eso mató a los padres de Robert y Claudia y después se los quedó.

—Todo concuerda, puede ser... aunque también podría ser que ella fuera inocente y que quiso salvar a ese chico de la mutilación. Tenemos que remover la mierda del pasado e investigar más.

Nuria llegó con los cafés y el bocadillo de tortilla de patatas del inspector.

—No te olvides de las olivas Amanda.

—No tranquilo, ahora las traigo —dijo en tono serio la chica.

—Deja de llamarla Amanda. Se llama Nuria jefe.

—¡Joder! Espero que no se enfade, siempre me equivoco.

Cuando el inspector acabó de cenar. Los agentes de policía salieron de la cafetería y se dirigieron a comisaría. Querían entrar en la sala de archivos y encontrar alguna información de la que tirar del hilo. Estacionaron el vehículo en el *parking* de comisaría y accedieron por la puerta trasera hasta la sala. En la puerta, estaba el agente Vázquez, un policía de casi setenta años que solo se ocupaba de la sala de archivo. Debía de haberse jubilado ha, pero prefería estar ahí que en casa ocupándose de tareas domésticas.

—Hola Vázquez —dijo el inspector—. ¿Cómo va la noche?

—Muy tranquila... y que siga así —respondió.

El inspector y el agente Sánchez entraron en la sala, se sentaron frente al ordenador que había justo a la entrada y comenzaron a buscar información.

Encontraron el nombre del chico que apareció mutilado en el bosque, su nombre era Alejandro. Pero era curioso, la información del chico, de Alfredo y Natalia estaban en el mismo archivo, como si perteneciesen al mismo caso.

—Archivo 5, de la estantería 3 —dijo el inspector—. Ves a buscar la carpeta.

El agente Sánchez entró en la sala de archivadores y busco en la estantería número 3. Encontró la carpeta que llevaba de título “Caso sin resolver”. Se la llevó inmediatamente al inspector, que ansiaba tenerla en sus manos.

—Faltan datos —añadió Román—. El archivador está prácticamente vacío... pone lo que sabemos, que Alejandro fue encontrado mutilado en el bosque y que intentaron culpar a Matilde.

—¿Y de Alfredo y Natalia? Debería de haber algo —dijo Sánchez.

—Está vacío... se nos han adelantado.

El inspector se levantó rápidamente de la silla y corrió hacia la entrada.

—¡Vázquez! ¿Todavía se conservan las copias de los casos? —preguntó.

—No. Hace tiempo que se dejó de hacer, solo se conservan copias de los últimos cinco años. De años anteriores tiene que estar en la sala de archivos —explicó.

—Estamos buscando algo de un caso del año 1968, pero en la carpeta faltan datos, ¿quién ha entrado aquí?

—Todo el mundo —sonrió—. Todos los policías tienen acceso.

—¿Alguien que no sea habitual para entrar aquí? ¿Has visto algo raro últimamente?

—Que recuerde no... bueno, un momento... hace un rato ha entrado aquí un policía que nunca había bajado, y es muy raro porque él se encarga de los pasaportes y en realidad no debería de buscar nada aquí abajo, y ahora que recuerdo se ha llevado unos archivos...

—¿Cómo se llama ese policía? —preguntó el inspector.

—No tengo ni idea... ya te lo he dicho, todos tienen acceso aquí...

—No le digas a nadie que nos has dicho esto Vázquez, o le diré a tu mujer que te acuestas con todas las que pillas.

—Soy una tumba, no diré nada —dijo Vázquez sonriendo.

El inspector y Sánchez se fueron de la sala de archivos. Llegaron al vehículo y se fueron.

—¿Dónde vamos? —preguntó el agente.

—Vamos a ver a un amigo mío. Nos dirá todo lo que necesitamos saber.

El policía que había cogido los archivos entró en su casa. Caminó hasta la cocina y abrió la nevera, cogió una cerveza y se la bebió de un trago. Hojeó el archivo que había robado de comisaría y suspiró. Sacó su teléfono móvil e hizo una llamada.

—¿Qué ocurre? —dijo una voz—. Ya es tarde.

—Perdona que te moleste... esto se nos está yendo de las manos, he tenido que robar el archivo, Román y ese agente con el que trabaja se están acercando demasiado.

—No te preocupes, no averiguarán nada. El asunto está más que enterrado.

—¡Una mierda! Está muriendo gente... y si remueven en la mierda al final lo descubrirán todo. Tendríamos que haber parado todo esto hace mucho tiempo —explicó el policía—. Incluso han ido a ver a Matilde al psiquiátrico, Jesús Román es muy listo.

—¿Qué propones? —preguntó la voz.

—No quería llegar a esto, pero tendremos que deshacernos de ellos antes de que sea demasiado tarde.

—Me parece bien. Yo me ocupo, conozco a gente que lo hará.

—Pero que sea pronto —añadió el policía.

—Me pongo a ello. Será mañana. Antes de la hora de comer estarán muertos.

## TERCERA PARTE

### FUMIGACIÓN

## *Lo ocurrido durante el mes de abril de 1974*

Las calles del pueblo se habían llenado de carteles que informaban de la desaparición de Enrique. Desde que años atrás un joven desapareció mientras se dirigía a trabajar a una panadería, nunca los vecinos se habían volcado tanto en encontrar a alguien. A los pocos días de su desaparición, partes mutiladas del chico fueron encontradas en el bosque, la cabeza y otras partes de su cuerpo jamás aparecieron. Los habitantes del pueblo se temían lo peor con Enrique. Él era un hombre muy hogareño, buen marido y un extraordinario padre. Su mujer Teresa había trabajado muy duro para criar a sus cuatro hijos; Armando, Javier, Julio y Lucía. Enrique trabajaba como operario en una fábrica de cartón a las afueras del pueblo. Un día, al finalizar la jornada nunca llegó a casa. Ese día, encontraron su vehículo escondido en un descampado. Ni huellas de otra persona, ni pistas que pudieran llevar al lugar donde pudiera estar escondido o retenido. Los vecinos apoyaron a Teresa, en la zona eran muy queridos, a pesar que en algún momento a Enrique se le fuera la mano con el alcohol. Lo estuvieron buscando por todos los rincones, pero ni rastro de él. Los hijos ya eran grandes para comprender que su padre había desaparecido en extrañas circunstancias, pero la menor; Lucía, a sus cinco años no entendía del todo el motivo por el cual su padre ya no le contaba su cuento preferido por las noches.

Enrique desapareció un cinco de abril de 1974, y el día once un chico llamado Blas se personó en la comisaría local e informó que había visto a ese hombre merodear por su calle el día cinco alrededor de las ocho de la tarde. La policía interrogó a los vecinos pero no pudieron averiguar absolutamente nada, y tampoco hubieron indicios de que Enrique hubiera estado en aquel lugar. Teresa consiguió hablar con ese chico y percibió en su mirada un auténtico terror al describir al detalle con el que explicó la historia que había visto a su marido caminar por la calle con una mujer. El

joven le dijo que esa mujer era mala, que en su casa pasaban cosas. Teresa decidió investigar por su cuenta, hasta que todo la llevó a la casa del cartel. Accedió a ella por un camino de baldosas grises, Lucía iba con ella, esa mañana no la había podido dejar con nadie. Cuando entraron en la casa, el olor era nauseabundo, todo estaba oscuro y sin apenas ventilación. Madre e hija caminaron por el pasillo de la escalofriante casa. Al llegar a una de las últimas habitaciones del pasillo encontraron los restos de lo que parecía ser Enrique. Pero no estaba segura, ya que la cabeza no estaba. Lucía agarró un dedo de su padre que encontró en el suelo y lo mordió pensando que podría ser una golosina. Teresa se desmayó. Se hizo el silencio.

## Capítulo 26

### LA CONTRASEÑA

Lucía estacionó el coche frente a la casa de Alan. Su hermano Armando ya le había contado que Maite estaba muerta, así que no sabía lo que iba a encontrarse en el interior de esa mansión. Llevaba acudiendo todos los jueves desde hacía cuatro meses a dar clases de inglés a David. Pero el plan no era ese, necesitaba sacar información, así lo había ordenado su madre, era de vital importancia saber si Alan era el sexto implicado en todo el asunto.

Cuando llamó al timbre, Alan abrió la puerta, su primera impresión fue que estaba completamente hundido, pero en el fondo ella sabía que a él le importaba una mierda que su mujer hubiera fallecido. Ya había disfrutado con Silvia, y el resto del mundo le daba igual.

—Hola Alan.

—¡Lucía! ¿Qué tal? —preguntó.

—Bien. Algo cansada, pero voy haciendo... tienes mala cara.

—Disculpa que no te haya avisado, pero Maite ha fallecido...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó ella haciéndose la desconcertada.

—Apareció muerta en el arcén de una carretera. La habían apuñalado y asfixiado.

—¿Cómo ha podido pasar? No puedo creer lo que me estás contando...

—No lo sé... pero comprenderás que ahora he de cambiar muchas cosas, me sabe mal decirte esto, pero hoy será el último día que le des clases de inglés a David.

Armando ya se lo había advertido, que aprovechara ese día ya que seguramente sería el último en casa del ricachón. En cambio, Alan, tenía otros planes, necesitaba desaparecer por un tiempo, había decidido llevarse a los niños a Francia, donde tenía una de sus sedes y así alejarse un poco de todo aquello.

—No te preocupes —añadió Lucía—. Lo entiendo perfectamente.

—David está en su habitación, puedes subir, si me necesitas estaré en mi despacho.

Lucía subió lentamente por las escaleras hasta llegar a la habitación de David, pero justo antes de entrar pensó en el único lugar de la casa en el que no había mirado en todo el tiempo que había estado yendo allí; la habitación del pánico, jamás se le ocurrió entrar, quizás le daba pánico, aunque le resultó curioso que una habitación de esas características le causase terror. No lo dudó ni un segundo, decidió avanzar por el pasillo hasta llegar a aquella habitación, pero no pudo entrar, un teclado le pedía la contraseña para poder abrir la puerta. Observó hacia el despacho de Alan, la puerta estaba cerrada. Necesitaba descubrir esa contraseña como fuera, solo había una persona en la casa que gracias a su inocencia podría saberla. Lucía entró en la habitación de Ainhoa, la pequeña de la casa había acabado de cumplir los ocho años.

—Hola guapa —dijo la mujer.

—¡Lucía! No me acordaba que venías hoy...

—¿Cómo estás? He estado hablando con tu padre, lo siento muchísimo Ainhoa.

La niña comenzó a llorar, afloraron sus emociones acumuladas y las dos se abrazaron sin separarse durante unos minutos.

—¡Ainhoa! He de preguntarte algo, pero no puedes decírselo a nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña.

—¿Puedo confiar en ti?

—Puedes —respondió asintiendo con la cabeza—. Somos amigas.

—¿Cómo puedo entrar en la habitación del pánico? ¿Cuál es la contraseña?

La niña observó a Lucía. Durante unos segundos se quedó callada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Necesito entrar —respondió Lucía.

—¿Por qué?

—Tienes que confiar en mi. Quiero encontrar algo, y creo que puede estar allí dentro.

—¿Qué quieres encontrar? —preguntó Ainhoa.

—Un tesoro.

—¡Lucía! Tengo ocho años, pero no soy tonta —sonrió.

—No puedo decírtelo Ainhoa. Lo siento. Tendrás que confiar en mi.

—Pues no sabrás la contraseña...

La niña se dirigió a la puerta, y cuando estuvo a punto de salir de la habitación, Lucía puso su brazo sobre su hombro.

—Creo que tu padre es una mala persona, hace tiempo hizo algo muy malo, y estoy segura que las pruebas que me darán la razón las guarda allí dentro —explicó.

—En la habitación no encontrarás nada, pero en el pasadizo secreto puede ser que encuentres lo que buscas.

—¿Qué pasadizo? —preguntó intrigada Lucía.

—Mi padre se cree que nadie lo sabe, pero una vez le vi abrir la puerta secreta...

—¿Dónde está la puerta?

—Se abre empujando una de las esquinas de la habitación, la que está más cerca del ordenador —explicó la niña.

—¿Cuál es la contraseña Ainhoa?

—Tienes que marcar... asterisco, 743, asterisco, 25.

—Gracias. No se lo digas a tu padre.

Lucía se dirigió a la habitación del pánico, la puerta del despacho de Alan continuaba cerrada. La mujer introdujo la contraseña en el teclado numérico y la puerta se abrió. Al entrar, consiguió encontrar la puerta secreta, contempló el pasadizo que había frente a ella y caminó por él, realmente estaba asustada, tenía miedo de lo que podía llegar a encontrarse. Llevaba meses acudiendo a esa casa a dar clases a David, y nunca había podido encontrar nada para poder inculpar a Alan de todo lo sucedido en el pasado, pero ahora estaba segura que lo iba a encontrar. Lucía accedió a la sala, observó las paredes pintadas de azul claro, sintió frío, tocó la silla de madera que había en mitad de aquel habitáculo, y entonces lo vio, el congelador estaba a escasos dos metros, sintió más terror del que nunca había sentido. Antes de abrirlo suspiró, volvió a mirar a su alrededor y entonces decidió abrirlo. Se quedó completamente en *shock*, no supo reaccionar ante lo que sus ojos estaban viendo. En la

estantería de abajo había una bolsa llena de manos, en la de arriba habían trozos de piel amontonados en una bandeja de plástico, y en la estantería de arriba se encontraba el tesoro máspreciado de Alan; la cabeza del padre de Lucía.

## Capítulo 27

### LA LISTA

*Barcelona, septiembre de 2014*

Teresa se sentó en la silla del centro. Alrededor de ella estaban sentados sus hijos; Armando, Javier, Julio y Lucía.

—Llegó el día que tanto estábamos esperando —dijo Teresa—. Hoy continua todo, es el inicio de vuestra venganza. Nos ha costado mucho tiempo y esfuerzo localizarlos a todos... pero por fin, tenemos la lista completa. Desde que comencé todo esto hace años en aquel granero, he deseado que llegara este día para poder completar el círculo con mis hijos. Hoy es el comienzo de la fumigación de esos malditos bichos.

—Falta saber si Alan fue uno de los implicados —añadió Armando.

—¡Cierto! —afirmó la madre a la vez que dejaba sobre la mesa una pequeña caja—. Aquí tienes Javier.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Abre la caja —dijo la mujer.

Cuando Javier abrió la pequeña caja, contempló unos preciosos pendientes de oro blanco con una circonita en el centro.

—¿Pendientes? ¿Para qué? —preguntó extrañado Javier.

—Tienen un pequeño micro en su interior... hazle ese regalo a Silvia para que los lleve a la casa de Alan, mañana comienza a trabajar allí con las tareas domésticas, será una manera de poder sacar información —explicó Teresa—. Tu hermano Armando tendrá acceso a las grabaciones, además hemos conseguido pinchar las cámaras de seguridad y podremos verlo todo.

—Buena idea madre —añadió Julio.

—¿Y la habitación? Tenemos que tenerla preparada... —dijo Lucía levantándose bruscamente de la silla.

—No te preocupes hija mía, la habitación estará lista. Confía en tu madre.

Teresa se sirvió una taza de té con sumo cuidado de no manchar el mantel. Del bolsillo de su bata sacó un trozo de papel y lo desdobló. Observó atentamente a cada uno de sus hijos.

—Esta lista es el mal absoluto... todos sabéis lo que hay que hacer —dijo la mujer—. Armando se ocupará de las grabaciones de la casa de Alan y me ayudará con Alicia.

—¿Por qué quieres tener encerrada a Alicia aquí? ¿No podemos matarla? —preguntó Julio.

—Alicia es la más inocente de todos, la utilizaremos para sacarle la máxima información posible, quizá sepa decirnos algo sobre Alan —respondió Teresa—. Cuando todo acabe la mataremos, ¿puedo continuar?

—Sí, madre. Perdón. Puedes continuar —dijo Julio cabizbajo.

—Javier se ocupará de Robert, ya se ha ganado la confianza de los vecinos en ese edificio, así que podrá moverse libremente... Julio, tú te ocuparás de Claudia, será una muerte rápida y dolorosa... y mi niña pequeña, tú te ocuparás de Alan cuando la habitación esté preparada.

—¿Y si no es él? —preguntó Lucía.

—Tiene que serlo, pero si no lo es, encontraremos al sexto implicado, sea quien sea —respondió Teresa—. Comenzamos con la lista... Robert, actualmente tiene cincuenta y cinco años, vive en el séptimo piso donde trabaja Javier, es el dueño de una cafetería y se separó de Alicia, la mujer a la que tenemos que secuestrar, ella tiene cincuenta años y es directora de compras en una empresa del metal, ya que es la que menos daño hizo y es la más débil de todos, retendremos aquí. Después tenemos a Claudia, es la hermana de Robert, es profesora y vive en un pequeño apartamento en el centro... Julio tú te ocuparás de ella, como eres el más atractivo de tus hermanos no tendrás problemas para ganarte su confianza... y después tenemos al maldito Alan, si es quien creo que es, antes se llamaba Victor, el plan es que gracias a las cámaras de seguridad de la casa, el micro en los pendientes de Silvia y que Lucía estará infiltrada en la casa, esperemos averiguar que él es nuestro sexto implicado.

—¿Y si nos cogen? ¿Y si la policía nos atrapa? —preguntó Javier.

—No nos cogerán, el plan es perfecto y nada saldrá mal.

En ese momento, Teresa se levantó de la silla y de uno de los cajones sacó una cinta de vídeo de una cámara de 8 mm. Acto seguido, se la entregó a Lucía.

—Tus hermanos ya la han visto... quiero que la veas cuando te sientas preparada —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Lucía.

—La grabación del... —Teresa comenzó a llorar—. Guárdala bien y mírala cuando te sientas preparada.

## Capítulo 28

### VICTOR

*A las afueras de Barcelona, año 1968*

Victor salió al jardín trasero para estrenar su bicicleta nueva. Ya se había cansado de ver como su padre pegaba a su madre y salió de casa justo cuando presenció el puñetazo en el estómago. A sus trece años se creía ya todo un hombre, veía a diario como su padre maltrataba a su madre, pero no podía decir nada. Aún así, se hacía el tipo duro. Era un asunto familiar como le decía su padre. Desde el jardín pudo escuchar los gritos de su madre pidiendo ayuda, pero él continuaba dando vueltas con su nueva bicicleta. El niño asomó la cabeza por la verja del jardín, pudo ver a la vecina como cada mañana regando las plantas. La señora Meyers era una mujer de unos setenta años, había nacido en Inglaterra pero a los siete años vino con su familia a vivir a España. Victor la observaba todos los días, le recordaba a su abuela ya fallecida. Victor sintió un extraño impulso, una extraña sensación que no le había ocurrido nunca, todas esas sensaciones las estaba sintiendo a la vez que oía los gritos desgarradores de su madre desde el jardín. Sintió rabia, ira, y pánico. Decidió saltar la verja del jardín, agarró una pala del suelo y la golpeó contra la cabeza de la señora Meyers, la mujer cayó al suelo a la vez que su cabeza comenzaba a desangrarse. Victor continuó propinando golpes a la anciana sin parar, hasta tal punto que le desfiguró la cara y le hundió el cráneo. Para tener trece años, tenía una fuerza descomunal. A la vez que la golpeaba, se estaba excitando, aquello le gustaba, jamás se había sentido tan bien consigo mismo, pero el niño paró de dar golpes con la pala cuando observó que la vecina que daba

a la parcela de la anciana lo estaba mirando fijamente por encima de valla mientras la golpeaba. Victor soltó la pala y se apartó del cuerpo.

—Yo no quería...

—Tranquilo chico... no te preocupes por nada, esa señora era muy pesada —sonrió—. ¿Cómo te llamas?

—Victor.

—No te preocupes Victor, este será nuestro pequeño secreto... ahora tendrás que enterrarla en el jardín, justo ahí, donde la señora Meyers ha estado plantando sus petunias —dijo la vecina.

—Ha sido sin querer, yo no quería hacerlo...

—¡Tranquilo! Me llamo Natalia... si entierras a la señora Meyers tengo preparada una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Victor.

—Es un secreto... pero sé que te gustará, te he estado observando, se que has sido tú quien ha estado envenenando a todos los gatos de por aquí... te entiendo perfectamente, uno necesita a veces desahogarse, ¿no crees? Entiérrala... tu sorpresa te espera.

Victor sin mencionar palabra, asintió con la cabeza a la vez que observaba el cuerpo reventado de la anciana.

—¡Ponte a cavar y entiérrala! ¡Ahora! —ordenó Natalia.

Victor estuvo observando hacia todas partes para que nadie lo viera hacer un agujero en el suelo. Mientras cavaba, Natalia lo observaba con atención y admiración. Cuando el agujero estuvo hecho, Victor metió a la señora Meyers en el interior y la enterró. Comprobó que algunas moscas acudieron al lugar.

—Sal a la calle y entra en mi casa, te prepararé una taza de chocolate bien caliente y te presentaré a mis hijos... os podéis hacer amigos para poder jugar —añadió Natalia.

Victor entró al salón, su madre estaba tumbada sobre el sofá toda llena de sangre, y su padre estaba en la cocina bebiendo una copa de whisky. El niño salió a la calle y llamó al timbre de la casa de al lado. Accedió a ella a través de un pequeño camino de baldosas grises, en otras ocasiones ya había visto el cartel de la entrada situado en el patio delantero, pero esta vez lo observó más de cerca y lo leyó detenidamente “Bienvenidos al enjambre” ponía, y una sonrisa pintada con pintura roja estaba dibujada justo debajo. Natalia abrió la puerta y Victor accedió al salón.

—No le diga a mis padres lo que he hecho por favor, mi padre se enfadaría muchísimo conmigo —añadió el niño.

—No te preocupes Victor. Será nuestro pequeño secreto —dijo Natalia con una enorme sonrisa—. ¡Niños! ¡Bajad! Tenemos visita.

Un niño y una niña bajaron corriendo por las escaleras.

—Estos son mis hijos... Robert y Claudia —comentó Natalia—. Tan cerca que vivís y nunca os habéis decidido a jugar juntos.

—Hola —dijo Victor.

Robert y Claudia lo saludaron. Natalia les preparó a los tres una taza de chocolate a cada uno y se pusieron a jugar al escondite en aquella misteriosa casa.

—¡Victor! —gritó Natalia.

—Si señora —dijo él.

—Acompáñame... quiero enseñarte una cosa.

Natalia subió por las escaleras y Victor lo seguía, no sentía miedo, se encontraba a gusto con aquella familia. Cuando llegaron al piso de arriba, Natalia abrió la puerta de una de las habitaciones. Ella agarró a Victor del hombro y lo acompañó hacia el interior. Aquella habitación olía muy mal, a Victor le dieron arcadas. Observó la habitación y pudo ver a un chico tumbado en un viejo colchón atado de pies y manos y la boca tapada con un trapo de cocina sucio y lleno de aceite.

—¿Por qué has querido matar a la señora Meyers? —preguntó Natalia.

—No lo sé... la verdad aún no entiendo porque lo he hecho señora —respondió Victor.

—Llevaba semanas fijándome en ti, eres como nosotros querido Victor... ¿a qué huele?

—Huele muy mal, pero también me viene olor a pan.

—¡Exacto! Este chico de aquí trabaja en una panadería de la ciudad, pero hoy no ha podido ir a trabajar, está aquí para complacernos a nosotros. Apesta a pan y a mierda, ¿sabes por qué?

—No señora.

—Porque se ha cagado encima, todos se cagan encima...

—Tiene sangre por el cuerpo —dijo Victor observando al chico.

—Puedes hacerle lo que quieras...

—¿Qué? No entiendo.

—Este es tu regalo... ¿qué te apetece hacerle?

Victor volvió a sentir de nuevo esa extraña sensación recorriendo todo su cuerpo.

—¡Niños! —gritó la mujer—. Subid un cuchillo.

Robert subió un cuchillo a su madre, y ella se lo entregó a Victor.

—Todo tuyo —dijo ella.

—No señora, yo no quiero...

—¡Victor! ¿Eres un gallina? Te he visto matar a esa vieja...

—Ha sido sin querer —dijo Victor—. Yo no quería hacerle daño...

—¡Hazle algo! ¡No seas un gallina!

Victor respiró hondo, observó al chico y agarró fuertemente el cuchillo. Se acercó a él y comenzó a cortarle una oreja. Los hermanos Robert y Claudia observaron la escena y comenzaron a aplaudir. Natalia mostró una macabra sonrisa.

—¿Por qué Victor puede hacerle algo a ese chico y yo no mamá? —preguntó Claudia.

—Victor ha demostrado ser un hombre, y tú eres una señorita... y has de comportarte como tal —respondió Natalia—. Id a la ducha antes de que llegue vuestro padre.

La oreja que Victor le había cortado al chico cayó al suelo. Robert la recogió y la lanzó al aire como si de una pelota se tratase. Se la estuvo lanzando a Claudia y los tres estuvieron jugando, al que se le caía la oreja al suelo perdía. Natalia los observaba con atención.

—¡Niños! Ya tenéis un nuevo amiguito para jugar —añadió ella.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió. Alfredo había llegado después de un día duro de trabajo.

—¡Familia! —gritó desde la entrada.

—Hola cariño, ¿cómo ha ido el día? —preguntó Natalia a la vez que bajaba las escaleras.

—Agotador —respondió Alfredo—. ¿Quién es ese?

—Se llama Victor, vive al lado de la casa de la señora Meyers —respondió la mujer.

—Es nuestro nuevo amigo —añadió Robert.

—¿Por qué tiene sangre en las manos? —preguntó Alfredo.

—Ha sido un niño muy malo y ha matado a la señora Meyers con una pala... tendrías que haberlo visto, le ha reventado la cabeza —sonrió—. Y le ha cortado una oreja a nuestro amigo de arriba.

—¿En serio? Vaya vaya vaya... menudo fiero eres chaval... ¿no dirás nada de todo esto verdad? —le preguntó el hombre.

—No señor.

Victor se sentía bien, hacía mucho tiempo que no mantenía una conversación normal con una familia. En su casa todo eran gritos y palizas. Además, estaba feliz, tenía dos nuevos amigos. En ese preciso instante, llamaron al timbre, la voz de una niña se pudo oír por toda la casa. Natalia abrió la puerta y se alegró de ver a Alicia, la hija de los vecinos.

—¡Alicia! Que alegría verte por aquí —comentó la mujer.

—¡Hola! Estaba aburrida en casa y he venido a ver al chico... me apetece clavarle algo en la piel —sonrió.

—Antes de nada, quiero presentarte a Victor... vive dos casas más allá —dijo Natalia.

—Hola Victor —Alicia se presentó dándole dos besos.

—Puedes subir... pero aprovecha Alicia, esta noche lo cortaremos a pedazos, ese chico comienza a oler bastante mal —explicó Natalia.

Alicia era la más pequeña de los niños que estaban en esa casa, ella tenía diez años, Robert había acabado de cumplir los quince y era el mayor, Claudia con doce y Victor con trece años.

—Alicia quiere a Robert, Alicia quiere a Robert... —cantó Claudia a la vez que se reía.

—¡Calla! Esa niña no me gusta... es muy pequeña —replicó el niño.

—¿Quieres quedarte a cenar Victor? —preguntó Alfredo.

—Mejor que no. Mi padre se enfadará si no voy a casa.

—Esta noche tenemos filetes... ¡buenísimos! —añadió Natalia frotándose las manos y guiñándole un ojo a su marido.

Un ruido vino de repente de una de las habitaciones de la planta de abajo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Victor.

—No te preocupes... debe ser la hermana de Alfredo; Matilde, no puede estarse quieta ni un momento —explicó Natalia.

Alicia bajó corriendo por las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Natalia.

—¡Guay! He cogido el cuchillo que había arriba y se lo he clavado en un pie... casi se lo atravieso —explicó la niña.

—No tienes fuerza. Eres muy pequeña todavía —añadió Robert haciéndole burla.

—Dejas de discutir... falta poco para la cena y hay que descuartizar a ese chico o no tendremos carne para la cena —dijo Alfredo.

En ese instante, comenzó a llover, la furia de un dios enfadado cayó en forma de agua. Los allí presentes se quedaron en silencio para escuchar la lluvia caer. Se hizo el silencio. Pero el chico de la parte de arriba se consiguió quitar el trapo que cubría su boca y comenzó a gritar desesperadamente. La puerta de la habitación se abrió, Alfredo se acercó al joven, y con una piedra le machacó la rodilla de la pierna izquierda hasta que paró de gritar.

—¡Silencio! —dijo Alfredo—. En esta casa vive una familia y detestamos los gritos, intenta respetarnos, somos gente honrada, solo pedimos un poco de respeto... además, tenemos comprobado que si te enfadas luego la carne no sabe bien.

Alfredo sonrió. Volvió a tapar la boca del chico y salió de la habitación.

## Capítulo 29

### ABRAHAM

*Barcelona, febrero de 2015*

El inspector Jesús Román y el agente Daniel Sánchez salieron de comisaría después de descubrir que alguien se había llevado los archivos de la sala.

—¿De qué conoces a ese hombre que vamos a ver? —preguntó el agente.

—Estuvo relacionado en un caso de piratería informática —explicó el inspector—. Se introdujo en varias multinacionales y robó bastante dinero. Cumplió dos años de prisión y lo soltaron por falta de pruebas. Me ha ayudado en varios casos.

—¿Le pides ayuda a un tipo que ha estado en la cárcel?

—¡Eh! Ese tío es un genio, es capaz de meterse en tu ordenador mientras está tumbado en una hamaca en Hawái.

—¿En qué nos puede ayudar? —preguntó el agente Sánchez.

—Todos los casos guardan una copia de seguridad en una base de datos que solo un juez puede hacer que se abra, él nos ayudará a buscar todo lo que necesitamos.

Los policías estacionaron el vehículo en un carga y descarga y se adentraron en el barrio gótico de Barcelona. En una de sus calles peatonales vivía el amigo del inspector. Un tipo serio y con pocos amigos, pero un absoluto genio en lo que sabía hacer.

—Es un poco tarde, ¿crees que estará despierto? —preguntó el agente.

—Ese tío no duerme casi nunca. Los genios no duermen.

Cuando llegaron al pequeño bloque de pisos, el inspector llamó al interfono, a los pocos segundos u a voz ronca respondió.

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—Estoy buscando a Rosana —dijo el inspector—. Su hermano me ha dicho que vive aquí.

La puerta se abrió y los policías entraron al portal.

—¿Rosana? —preguntó Sánchez.

—Es una contraseña —respondió el inspector.

Subieron por las escaleras hasta la segunda planta, la puerta de la izquierda se abrió y un hombre con un albornoz granate salió a recibirles.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? —dijo.

—Hola Abraham, ¿cómo estás? —preguntó el inspector.

—No tan bien como tú, ¿quién es ese?

—No te preocupes. Es mi compañero, el agente Daniel Sánchez.

Los agentes entraron y Abraham cerró la puerta. El apartamento no era demasiado grande. Todo estaba lleno de ordenadores.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Abraham—. Estaba a punto de conquistar un territorio.

—¿Todavía sigues con esos juegos online? —preguntó Román.

—Ya sabes... soy como un niño pequeño.

—Esta noche hemos estado en la sala de archivos de la comisaría y alguien ha robado parte de los archivos de un caso, necesito que me ayudes.

Abraham se sentó frente a uno de los ordenadores, introdujo una contraseña y miró con atención al inspector.

—Tu dirás —dijo.

El inspector abrió la carpeta que llevaba y dejó sobre la mesa algunos folios sobre el caso.

—Quiero que saques toda la información posible acerca de estos nombres... Matilde, Alfredo y Natalia, tiene que haber alguna relación con el asesinato de un chico ocurrido en el año 1968... —añadió el inspector.

Abraham comenzó a teclear las teclas de su ordenador. No dijo absolutamente nada, estaba concentrado en buscar toda la información posible. El agente Daniel Sánchez aprovechó la ocasión para observar a su alrededor. Aquel apartamento estaba muy oscuro, a Abraham le gustaba trabajar en la oscuridad. Las paredes del pequeño salón estaban pintadas de un color grisáceo, el agente contó en total once ordenadores, y eso que

aún le faltaba cotillear por el resto de habitaciones. Observó en la pantalla de uno de los ordenadores, dos numero de cuenta de un banco, el dinero de uno pasaba rápidamente al otro. Lo que le sorprendió de todo aquello, es que el lugar estaba perfectamente limpio.

—Ya lo tengo inspector —dijo Abraham dando un suave golpe encima de la mesa—. Os dejo esta dirección... ahí hay una casa, al parecer comenzó una investigación pero tardó muy poco en archivarse, los propietarios de esa casa eran Alfredo y Natalia, vivían con sus hijos Robert y Claudia, y Matilde también vivía con ellos, que es la hermana de él.

—¿A qué te refieres con que la investigación se archivó? —preguntó el inspector.

—Aquí está todo... el inspector encargado del caso inició una investigación de esa familia, al parecer estaban relacionados con algunos asesinatos, pero es extraño, el caso se cerró y quedó archivado —explicó Abraham—. Es como si de repente hubieran decidido no avanzar en la investigación.

—¿Quién cerró el caso? —preguntó el inspector ansioso por saber respuestas.

—El inspector Sala —respondió.

—¿El inspector Sala? —preguntó extrañado el agente Sánchez—. Creía que el caso de aquel chico mutilado era el último caso que investigó.

—Busca la relación de ese chico muerto... Alejandro es su nombre, con Alfredo y Natalia —dijo el inspector.

—Aquí está. Se encontró ADN de ese chico en esa casa... pero es lo que os digo, tanto ese caso como el de Alfredo y Natalia quedó cerrado, completamente hermético.

—¿Hermético? —preguntó Román.

—Si. Lo que os he dicho, es como si no quisieran que nadie investigara más sobre ese caso.

Abraham anotó en un pequeño papel la dirección de la casa donde vivían Alfredo y Natalia.

—Un momento —añadió Abraham—. ¡Joder! Esto es la hostia...

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado el inspector.

—Ese inspector Sala... vivía a dos calles de esa casa...

—¿En serio? —en ese momento el inspector tuvo una idea—. ¿Puedes sacarme los datos de los vecinos que vivían en la zona?

—¡Claro que puedo! ¿Con quién te crees que estás hablando? —dijo Abraham.

El pirata informático imprimió un listado de los vecinos que vivían en aquel momento en aquella zona. Cuando el inspector hojeó los datos, quedó completamente asombrado de lo que sus ojos estaban viendo. Miró a su compañero con una enorme sonrisa.

—Nos estamos acercando —dijo—. Mira... el inspector Sala vivía dos calles de Alfredo y Natalia, en la casa de al lado de ellos vivía un matrimonio, y mira como se llama la hija de esa pareja.

—¡Alicia! —dijo asombrado el agente Sánchez.

—¡Exacto! Puede ser la ex mujer de Robert, acuérdate que ellos se conocieron cuando eran pequeños, era la vecina de al lado... y a dos casas vivía un matrimonio con un hijo llamado Victor —explicó emocionado el inspector—. ¿Puedes sacar información de ese tal Victor?

—¡Claro! —respondió Abraham.

—¡Sánchez! Mira quien vivía a unos tres kilómetros de Alfredo y Natalia... está todo aquí... una mujer llamada Teresa y su marido Enrique, con sus hijos Javier, Armando, Julio y Lucía...

—¿Javier? ¿Es nuestro Javier? ¿El conserje? —preguntó el agente.

—Sí. Es él. Todo está relacionado.

—Aquí tengo lo de ese tal Victor —interrumpió Abraham—. Lo único que aparece es que se cambió su nombre con veinticinco años, actualmente se llama Alan.

—¿Alan? ¡Joder! —gritó el inspector—. Esto es más fuerte de lo que imaginaba... me apetece comer un bocadillo de morcilla para celebrar este descubrimiento.

—Un momento... ¿has dicho que una tal Teresa vivía con su marido Enrique? —preguntó Abraham.

—Así es, ¿qué pasa? —el inspector Román estaba más intrigado que nunca.

—El inspector Sala y ese tal Enrique... eran hermanos —dijo Abraham—. Y además, Enrique desapareció misteriosamente, nunca apareció. Se esfumó por completo.

El inspector y el agente se quedaron paralizados. Aquello estaba cogiendo un camino que podía llegar a sobrepasarles. Se quedaron estupefactos ante el hallazgo que habían acabado de hacer. Todo estaba relacionado, aún no sabían el motivo, pero estaban a punto de averiguarlo.

Aunque, un problema más les estaba esperando en la calle, dos tipos los esperaban abajo para acabar con ellos. El policía que había robado los archivos y otra misteriosa persona, habían organizado su asesinato.

## Capítulo 30

### LA MUJER INFILTRADA

Maite observó los resultados de las analíticas en su ordenador. Bebió de la taza de café y carraspeó. En ese momento, llamaron a la puerta de su despacho.

—¡Adelante! —gritó.

Un hombre vestido con traje negro entró en el despacho, y con una enorme sonrisa saludó a la doctora.

—¿Maite Herranz? —preguntó.

—Soy yo, ¿quién es usted?

—Disculpe que la moleste, una de las enfermeras me ha dicho que estaría aquí.

Maite se extrañó de escuchar a ese hombre, tenía un acento inglés que le resultaba bastante atractivo.

—Soy el agente Matthews —enseñó su placa—. Soy de la Interpol.

—¿Disculpe? ¿Interpol ha dicho? —preguntó asombrada Maite.

—Así es... no se asuste, no se preocupe por nada.

—¿Qué no me asuste? No tengo todos los días a un agente de la Interpol en mi despacho...

—Imagino que no —sonrió—. Me gustaría mostrarle algo... tendría que venir con nosotros, entiendo que tenga que acabar de hacer alguna cosa, así que la esperaré abajo —dijo el agente Matthews.

—No hay problema. Puedo ir ahora. ¿Podría decirme de qué se trata? —preguntó Maite.

—Ahora no puedo decirle nada, se trata de seguridad nacional.

Maite y el agente Matthews bajaron a la calle. Un vehículo negro y con los cristales tintados les estaba esperando en doble fila en la calle. Maite

subió al coche y se dirigieron a las afueras de la ciudad. Entraron en un pequeño local, por fuera parecía estar en obras, pero por dentro eran todos equipos informáticos. Aquel local estaba lleno de gente. Maite se sentía como en una película de acción.

—¿Va a decirme qué estamos haciendo aquí? —preguntó la mujer.

El agente y ella entraron en una pequeña habitación, parecía una sala hermética e insonorizada. Maite se sentó en una de las sillas y el agente Matthews encendió un proyector que había junto a la mesa. El agente lo encendió y se proyectó la fotografía de un niño.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Maite que no comprendía nada.

—Ese niño de la foto se llama Victor... lamentablemente se crio con un padre maltratador, es por eso que imaginamos que llegó a desarrollar un comportamiento tan hostil hacia las personas... creemos que la primera vez que mató a un ser humano fue a su vecina; la señora Meyers, el niño la mató a palazos. Los restos de la anciana fueron encontrados tiempo después, pero nunca se supo quien lo hizo, aunque la investigación nos ha llevado hasta él.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué tengo que ver yo con ese niño? —preguntó Maite.

—En breve lo entenderá... su comportamiento hostil le llevó a hasta la casa de unos vecinos... donde se le relaciona con varios crímenes cometidos a lo largo de los años... estamos hablando de un verdadero depredador señora Herranz —explicó el agente—. Estrechó lazos con esa familia a la que conoció en su misma calle, una familia de caníbales que mataban por puro placer. Esa familia torturaba a sus víctimas, luego las mataban y se comían partes de sus cuerpos. Victor llegó a convertirse para la madre de esa familia como un hijo más...

—¡Es horrible! —añadió la mujer.

—Le explico todo esto señora Herranz... porque ese niño llamado Victor tiene actualmente algo más de cincuenta años... y se llama Alan.

—¿Alan? ¿Se refiere a mi Alan? —preguntó asustada Maite.

—Así es.

—No puede ser... mi marido es un hombre maravilloso y un padre ejemplar...

—Se acusa a su marido de varios crímenes, ha actuado en varios países matando a un numero bastante elevado de personas... sabemos que debe

ser duro para usted llegar a comprenderlo todo, pero ahora necesitamos su ayuda.

—¿Qué necesitan? —preguntó.

—No tenemos suficientes pruebas como para llevarlo ante la justicia... así que a partir de ahora será nuestros ojos y oídos.

—No puedo creer lo que está explicando... ¿me está diciendo qué mi marido es un asesino en serie?

—Así es... lo siento mucho. Llevamos mucho tiempo detrás de él y está en busca y captura en varios países. La policía de este país no está al corriente de nuestras acciones debido a que no podemos llegar a confiar en nadie.

—¿Qué he de hacer? —preguntó la mujer.

—Hemos podido saber que tiene cámaras de seguridad instaladas por todas la casa, ¿es correcto?

—¡Correcto! Me siento mucho más segura así.

—Aunque hay un lugar de la casa donde no hay una cámara instalada; en la bodega, necesitamos que instale una cámara allí, y si su marido pregunta díglele simplemente que quería controlar también la bodega.

—De acuerdo, mandaré instalarla a los técnicos que colocaron las otras.

—¡Perfecto señora Herranz! La tendremos vigilada, así que no se preocupe por nada. Todos los martes a esta hora nos veremos aquí y nos facilitará cualquier información sospechosa que haya podido descubrir sobre su marido... y tenga cuidado, si Alan descubre que lo está vigilando, no dudará en matarla.

Cuando pasaron los días, el demonio se apoderó de Maite, ni siquiera se le ocurrió pensar en el agente Matthews cuando pudo ver a su marido y a la asistente haciendo el amor en la bodega. Algo se apoderó de ella y con una ira que jamás había sentido, se dirigió a su casa para matarlos. Después de que Alan la apuñalara con el cuchillo, se percató que la había jodido, debería de haber informado a la Interpol de cualquier movimiento extraño de su marido, pero no lo pudo evitar y actuó como una auténtica loca. Cuando Silvia comenzó a asfixiarla, quiso advertirle, pero no pudo ni mencionar palabra cuando el aire dejó de llegarle al cerebro.

## Capítulo 31

### BIENVENIDOS AL ENJAMBRE

Cuando el inspector Román y el agente Sánchez bajaron a la calle después de hablar con Abraham, el inspector recibió una llamada en su teléfono móvil. Por la pantalla comprobó que era el comisario.

—Hola jefe —dijo al responder.

—¡Román! Ya sabemos de quien es el cabello que había en los dedos de Maite Herranz.

—¿De quién es? —preguntó intrigado.

—De Silvia; la mujer del conserje.

—¡Joder! ¿En serio?

—Pero tenemos un problema... he mandado a los chicos a detenerla, pero está con la Interpol —explicó el comisario.

—¿Cómo? ¿Con la Interpol? ¿Cómo puede ser?

—Esto nos viene grande Román... aquí hay algo que huele muy mal, he intentado informarme pero nadie dice nada. Es secreto absoluto.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el inspector observando como una sombra se movía entre dos coches.

—Venid a comisaría. Hasta que no sepamos nada más será mejor que no removamos más mierda.

—Tenemos la dirección de una casa donde creemos que pudo comenzar todo esto jefe.

—¡Me importa una mierda! La Interpol está de por medio, no quiero cagarla. ¡Venid aquí de una puta vez! —gritó el comisario al otro lado de la línea.

—De acuerdo jefe —colgó.

Cuando el inspector se guardó el teléfono en el bolsillo, se percató que esa sombra que había visto entre dos coches se acercó a ellos con una pistola en las manos. El inspector apartó al agente Sánchez, sacó su arma reglamentaria y disparó contra aquel individuo hiriéndolo en el hombro. Otro hombre en motocicleta pasó por la calle y recogió al herido. Los dos desaparecieron por las calles.

—¡Mierda! ¿Quiénes eran? —preguntó Sánchez.

—Sicarios...

—¡Joder! ¿Por qué? ¿Por qué querían matarnos?

—Estamos a punto de destapar mucha mierda Sánchez...

—¿Qué te ha dicho el comisario?

—La Interpol está metida en toda la investigación... quiere que dejemos de investigar.

—¿La Interpol? Creo que deberíamos dejarlo...

—¡Una mierda Sánchez! Yo no te he enseñado así. Vamos a la dirección de esta casa y luego iremos a ver a un viejo amigo...

Los agentes llegaron al lugar exacto de la dirección que Abraham les había dado. En la casa número siete de la calle vivían Alfredo y Natalia con sus hijos Robert y Claudia. Dejaron el coche en la calle con las luces encendidas. La casa era pequeña, esta a rodeada por un jardín, pero las flores ya estaban muertas. La casa llevaba vacía muchos años. Al caminar por el camino de baldosas grises podías leer el cartel "*Bienvenidos al enjambre*", y una sonrisa estaba dibujada justo debajo. Las letras ya estaban algo desgastadas por el tiempo, pero aún se podía leer perfectamente. El agente Sánchez observó la sonrisa.

—Es siniestra —añadió.

—¿Qué? —preguntó en voz baja el inspector.

—Me refiero a esa sonrisa... es muy siniestra.

Entraron en la casa y encendieron unas linternas. La puerta estaba abierta y por dentro todo estaba destrozado. Con el tiempo, aquella casa había servido para acoger a cientos de chicos que iban allí a beber o incluso a hacer ritos espirituales. La Estrella de David estaba pintada en el suelo del salón.

—¿Crees que encontraremos algo en esta casa? —preguntó el agente.

—No. Pero quería saber como era la casa donde vivían Alfredo y Natalia.

—¿Por qué crees que pusieron ese nombre en el cartel?

—No tengo ni idea. Esta familia estaba loca, ¿algún loco hace algo normal?

—¿Qué pasó aquí? —preguntó el agente.

—Nada bueno. Esta casa da escalofríos... vámonos de aquí.

Salieron de la casa y el inspector observó a su alrededor, no se veía ni un alma, todo estaba en completo silencio. El agente se acercó al cartel y lo observó detenidamente.

—¡Joder! La sonrisa está dibujada con sangre —dijo.

El inspector miró hacia el cartel y observó detenidamente su reloj.

—Estoy juntando las piezas en mi cabeza Sánchez... tenemos que irnos.

—¿Dónde vamos? —preguntó intrigado.

—A casa del inspector Sala.

## Capítulo 32

### NUEVA VIDA

Silvia abrió la nevera y buscó los zumos que había comprado días antes. Agarró uno y se lo bebió, tenía la boca seca, y seguramente fuera por los nervios. El cadáver de Maite había sido encontrado por la policía y estaba acojonada. Sergio estaba durmiendo, y Javier no estaba ni en casa. Su vida parecía desmoronarse por completo. En ese momento llamaron al timbre. Silvia se asustó, ya era tarde, y pensó que podría ser la policía que venía detenerla. Al abrir la puerta se encontró de frente con un hombre con traje negro, se identificó como agente de la Interpol y entró.

—Espero no molestarla señora —dijo el agente Matthews—. Se que es tarde, pero lo que vengo a decirle es importante.

—No se preocupe... ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó asustada.

—Intentaré ser directo, ya que el tiempo va en nuestra contra, el hombre para el que trabaja es un asesino, está en busca y captura en diferentes países. Sabemos lo que ha ocurrido con Maite Herranz, pero no se preocupe por nada, lo hizo en defensa propia... ahora nuestra prioridad es detener a Alan.

—¿De qué está hablando? No entiendo nada...

—No puedo darle demasiada información, pero Alan es un asesino en serie, buscado por más de una veintena de crímenes... Maite nos pasaba información de su marido, pero ella les vio en la bodega, no pudimos actuar; lo siento. Estamos esperando una orden para entrar en su casa y detenerle. Pero la orden puede tardar.

El agente Matthews sacó su teléfono móvil y le enseñó a Silvia la fotografía de una mujer.

—¿La conoce? —preguntó.

—Esa es mi vecina... se llama Teresa; la madre de Armando, es muy mayor y apenas sale de casa...

—Esta mujer es la madre de su marido. Está relacionada con un caso en el que estuvo implicado Alan hace mucho tiempo.

—Disculpe... pero todo esto es demasiado surrealista, ¿en serio Alan es un asesino? —Silvia no podía creer lo que estaba escuchando de la boca de aquel atractivo agente.

—Lo es...

—¿Qué quiere de mí? —interrumpió Silvia.

—Su marido tiene un pasado que usted desconoce... queremos protegerla, Javier y varios implicados más se han encargado de eliminar a gente que estuvo implicada en un horrible asesinato del pasado, nos han estado esquivando e incluso nos han engañado... su suegra creó un plan para matar a varias personas, y hará todo lo posible para taparlo, por eso corre un gran peligro.

—Javier jamás me haría daño...

—Su marido posiblemente no, pero Teresa y sus otros hijos posiblemente sí. Ahora no puedo darle demasiada información, tendrá que venir conmigo para estar a salvo y comenzar una nueva vida con su hijo —explicó el agente.

—¿Nueva vida?

—¡Así es! Este ya no es un lugar seguro para usted... cuando tengamos la orden detendremos a Alan y a su marido.

—¿Por qué va a detener a mi marido? Él no ha hecho nada —dijo Silvia.

—Tenemos pruebas para demostrar que Javier asesinó a un hombre llamado Robert... como le he dicho, ya no está segura aquí.

Silvia despertó a Sergio, cogieron lo que pudieron de ropa y se marcharon junto al agente Matthews. Al bajar a la calle, una furgoneta los estaba esperando. El vehículo se dirigió hacia un rumbo desconocido.

—No entiendo como puede estar pasándome esto —añadió Silvia.

—Lo siento —dijo el agente—. Pero es lo más seguro para usted... si por lo que sea usted llegara a descubrir cualquier cosa, Teresa no dudaría en matarla. Esa mujer no quiere dejar ningún cabo suelto.

—Lo que no entiendo es que si tanto saben acerca de ella o de mi marido, ¿por qué no los han detenido ya?

—Ya se lo he dicho... nuestra prioridad es detener a Alan, pero sin pruebas no podíamos hacer nada.

Silvia comenzó a llorar. Las emociones salieron a flor de piel y no se pudo controlar.

—Todo saldrá bien —dijo el agente Matthews.

—¿Dónde vamos? —preguntó la mujer.

—A un lugar seguro hasta que todo se calme.

Silvia observó a Sergio que dormía profundamente en uno de los asientos de la furgoneta. Durante unos segundos, su mente quedó en blanco y recordó lo que su hijo le había dicho de las manos llenas de sangre. De todo lo que Javier le había explicado sobre su pasado, en realidad nada tenía sentido. Pero hubo algo que le hizo sonreír, y fue el peso que se había quitado de encima del asesinato de Maite. Una preocupación menos pensó. La furgoneta continuó su camino por la carretera, y el agente Matthews de la Interpol, era completamente ajeno a que Teresa estaba a punto de culminar su plan cuando recibió la llamada de su hija Lucía informando que Alan, era el sexto implicado.

## Capítulo 33

### VENGANZA

Lucía observó la cabeza de su padre durante unos minutos. Sintió que sus ojos la observaban. Se quedó paralizada, no podía moverse, su pulso se aceleraba. Cerró el congelador y retrocedió hasta sentarse en la silla de madera que había en medio de la sala. Cogió su teléfono móvil y llamó a su madre, pero en aquella sala no había cobertura, tenía que salir de allí lo antes posible. Al salir al pasillo, volvió a mirar hacia el despacho de Alan, la puerta continuaba cerrada. Volvió a marcar el número de su madre y la llamó.

—¡Lucía! ¿Qué ocurre? —respondió Teresa.

—Madre... es él —dijo en voz baja—. He encontrado la cabeza de papá... este hijo de puta la tiene en un congelador.

—Ya sabes lo que hay que hacer cariño, la habitación ya está preparada... puedes venir cuando quieras —explicó la madre.

—Lo cogeré y voy para allá —colgó.

Justo en ese instante, Alan apareció por detrás con una cuerda en sus manos que colocó en el cuello de Lucía, apretó con fuerza hasta que la dejó inconsciente en el suelo. Ainhoa salió de su habitación.

—¿Qué ocurre papá? —preguntó.

—Entra en tu habitación y no salgas —dijo Alan.

David estaba en su habitación con la música a todo volumen y no se había enterado de nada. La niña entró en su habitación y se metió en la cama tapándose con las sábanas. Alan agarró a Lucía por los pies y la arrastró hasta su despacho. Allí, la sentó en una silla y la ató de pies y manos. Pasados unos minutos, Lucía se despertó, observó a su alrededor y reconoció la voz que le habló desde la parte de atrás.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Crees que soy imbécil?

—¡Eres un cerdo! ¡Maldito asesino! —dijo ella.

—Te lo preguntaré una vez más... ¿quién eres?

—Soy la hija de Enrique.

—¿Quién?

—La hija del hombre cuya cabeza tienes guardada en el congelador.

—¿En serio? —comenzó a reír a carcajadas—. Debe ser mi día de suerte. ¿Qué quieres de mí?

—¡Venganza!

—Creo que no estás en una situación demasiado fácil para poder vengarte Lucía... ¿quién más sabe todo esto?

—Todo el mundo.

—¡Mientes! Me gusta tu cuerpo... desde que viniste por primera vez a darle clases a David me gustaste... creo que te comeré enterita.

—Eres un demonio... ¡pagarás por todo el mal que has hecho! —gritó la mujer.

Alan comenzó a desnudarse, se quitó toda la ropa delante de Lucía hasta quedarse completamente desnudo. Se sintió más excitado que nunca.

—¿Qué coño haces? ¡Maldito loco! —dijo ella.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Alan.

—¡Me das asco!

—Me encantas Lucía... eres tan guapa...

Alan abrió uno de los cajones de la mesa de su despacho y cogió unas tijeras. Las observó atentamente y suspiró.

—La última vez que utilicé estas tijeras fue hace bastantes años... les tengo un cariño especial, me las regaló una persona muy querida para mí hace mucho tiempo —explicó a la vez que le clavó las tijeras en la garganta de Lucía—. Tienes suerte de que mis hijos están en casa, si estuviera solo sería mucho peor.

Lucía comenzó a desangrarse. No podía hablar. La herida profunda de la garganta no se lo permitía.

—Estoy tan excitado —dijo Alan—. Me encantas... eres preciosa.

Comenzó a besar a Lucía a la vez que la sangre salía a chorros por su garganta. La escena fue interrumpida cuando la puerta de la casa se abrió por un golpe. Agentes de la Interpol y el agente Matthews entraron después de reventar la puerta. La orden de detención había llegado. Subieron por las escaleras y encontraron a Alan arrodillado en el suelo con

las tijeras en la mano. El agente observó la escena, sintió tristeza por no haber llegado a tiempo, tomó el pulso a Lucía, pero ya estaba muerta. David y Ainhoa salieron de sus habitaciones. Uno de los agentes los acompañó hasta un vehículo que esperaba en el exterior de la casa. Aquel chalet fue acordonado y se registró todo el interior. Encontraron varios restos de cadáveres escondidos en una nevera, incluida la cabeza de Enrique. Los hijos de Alan y Maite fueron llevados a servicios sociales hasta que una hermana de Maite y su marido se los llevaron. Alan fue puesto a disposición judicial a la espera de juicio. Ningún abogado quiso hacerse cargo de su caso debido a la crueldad de los crímenes. El agente Matthews estuvo presente durante todo el interrogatorio que se le realizó a Alan.

—¿A cuántos hombres y mujeres has asesinado? —preguntó un policía.

—No llevo la cuenta... —respondió Alan.

—¿A veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

—Más —respondió.

—¿Te comías a tus víctimas?

—No a todas.

—¿Por qué?

—Tengo unos gustos exquisitos... no todo el mundo me gusta.

—¿Por qué los matabas? —preguntó el agente—. ¿Para comértelos?

—Por placer.

Los agentes allí presentes no daban crédito a los que estaban escuchando. Aquel demonio respondía con una frialdad que jamás habían visto con anterioridad.

—¿Cómo comenzó todo? —preguntó el agente Matthews.

—Se lo debo todo a Alfredo y Natalia... siempre han sido como unos padres para mi.

El agente Matthews abrió una carpeta y pudo leer que los padres de Alan aparecieron ahorcados en el año 1971. Dejaron una nota de suicidio, el caso se cerró y Alan se fue a vivir con sus vecinos. En aquella sala de interrogatorios confesó que fueron Alfredo y Natalia los que los asesinaron y fingieron el suicidio de sus padres. Pero lo más aterrador de todo fue cuando con la mirada perdida, Alan dijo:

—Fue una pena tener que fingir el suicidio de ellos... me hubiera comido a mis padres con mucho gusto.

## Capítulo 34

### ENRIQUE

*A las afueras de Barcelona, abril de 1974*

Era cinco de abril, y ese día llovió como jamás había llovido. Varias casas de la zona quedaron inundadas al meterse el agua en su interior. Los vecinos de la zona se quedaron ese día en casa, y las noticias informaron que por seguridad se intentase no circular. Enrique salió de la fábrica al finalizar su turno, tenía ganas de llegar a casa, Teresa le había dicho por la mañana que cenarían merluza con tomate; su plato preferido, le encantaba. Además, había mucho que celebrar, era el aniversario de boda y ella y los niños lo estarían esperando. Circuló con la vieja furgoneta con mucho cuidado, las calles estaban llenas de agua y no quería tener un accidente que lamentar. Pero de repente, la furgoneta se paró. Enrique intentó arrancarla pero sin éxito, comenzó a insultar en voz alta, pero aún así, el vehículo dejó de funcionar. En alguna que otra ocasión ya le había dado algún problema, pero jamás se le había parado en seco. La lluvia continuaba cayendo con fuerza. Observó a su alrededor, reconoció el lugar, tampoco se encontraba tan lejos de su casa, pero con ese tiempo era imposible ir a pie. La calle estaba vacía, solo un niño se dirigió corriendo hacia la furgoneta. Enrique lo vio acercarse y bajó la ventanilla.

—¡Chico! ¿Qué haces en la calle? Te vas a mojar —dijo.

—¿Qué le pasa a su coche?

—No funciona.

—Venga a mi casa... vivo en la casa de allí, la que tiene el cartel en la entrada.

Enrique decidió hacer caso a aquel inocente niño. Bajó de la furgoneta y los dos corrieron hasta el porche. El niño llamó al timbre y una mujer con enorme sonrisa abrió la puerta.

—¡Dios mío pasad! —dijo ella.

Enrique contempló la casa. Todo estaba muy limpio y realmente aquella casa era muy acogedora. La mujer que había abierto la puerta le dio una toalla para poder secarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer.

—Sí. Mi furgoneta se ha averiado —respondió Enrique.

—Me llamo Natalia... y este es mi hijo Victor.

—Encantado. Gracias chico por haber venido a ayudarme.

—¡Alfredo! ¡Niños! —gritó Natalia—. ¡Bajad! Tenemos visita.

Por las escaleras bajaron Robert y Claudia seguidos de Alfredo.

—¡Muy buenas señor! Soy Alfredo.

—Encantado. Yo me llamo Enrique.

—Su furgoneta se ha averiado —añadió Natalia—. ¿Podrás mirarla cuando pare de llover?

—¡Claro! No se preocupe Enrique, entiendo de motores. En cuanto pare la lluvia le echaremos un vistazo —dijo Alfredo.

—Eso sería estupendo... me gustaría llegar pronto a casa, es mi aniversario de boda.

—¡Vaya! ¡Felicidades! —dijo Natalia totalmente emocionada—. Estábamos a punto de cenar, siéntese con nosotros en la mesa, y si quiere puede comer algo.

—No quiero ocasionar ninguna molestia —comentó Enrique.

—No es ninguna molestia —Alfredo puso su mano sobre su hombro y lo acompañó hasta la cocina.

Todos se sentaron a la mesa. Natalia sirvió a Enrique un trozo de carne y un vaso de vino.

—Este filete está buenísimo —dijo.

—Gracias —dijo Natalia sonriendo—. En esta casa nos encanta la carne.

Los niños comenzaron a reírse a la vez que observaban con atención a Enrique. Claudia se levantó de la mesa para buscar un poco de agua de la nevera, y justo antes de sentarse, pinchó de forma muy suave a Enrique con un tenedor en la espalda.

—¡Ah! Eso ha dolido —dijo él.

—¡Claudia! —gritó la mujer—. No vuelvas a hacer eso... estás castigada.

—Discúlpela Enrique —añadió Alfredo a la vez que cortaba un trozo de filete—. Es una niña muy hiperactiva, lo siento mucho. Pídele ahora mismo perdón Claudia...

—Perdón señor —dijo la niña sonriendo.

La cena transcurrió con total normalidad, y la lluvia no cesaba. Natalia se puso de pie, juntó sus manos y cerró los ojos.

—¡Familia! Es la hora de bendecir estos alimentos —dijo a la vez que abría los ojos y miraba atentamente a Enrique.

Él se quedó extrañado, era la primera vez que veía que una familia bendecía los alimentos después de haber cenado.

—Gracias señor por estos alimentos que estamos a punto de recibir de tu generosidad por medio de Cristo nuestro señor. Amén —dijo Natalia. Se hizo un silencio atroz, y todos miraron a Enrique.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué me miráis todos?

Natalia agarró la jarra de agua que había sobre la mesa y la estampó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Enrique que cayó al suelo inconsciente. Los niños rieron y aplaudieron al ver al hombre caer desplomado en el suelo.

Enrique abrió los ojos. Le dolía muchísimo la cabeza. Estaba tumbado sobre un colchón viejo y desgastado en una pequeña habitación. Sus manos y pies estaban atados con unas cadenas que le apretaban demasiado. Junto a él había una pequeña mesita con un florero encima. Las paredes estaban sucias, y el cuadro de una muñeca de trapo es lo único que las adornaba. Escuchó un ruido, observó a su izquierda y pudo ver a una niña haciendo sus necesidades en un rincón sobre más necesidades.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí? —preguntó el hombre.

—Soy Alicia. Vivo en la casa de al lado —dijo la niña—. Estás en casa de Alfredo y Natalia.

—Sácame de aquí por favor...

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió. Natalia entró, y como de costumbre con una enorme sonrisa.

—¡Ya estás despierto! Veo que has conocido a Alicia —dijo la mujer.

—¿Qué hago aquí? Déjame ir... —balbuceó Enrique.

—Alicia, márchate a tu casa, no quiero que tus padres se preocupen por ti —le dijo a la vez que acariciaba su cabello.

—He hecho caca en el rincón —comentó la niña sonriendo.

—¡Muy bien cariño! Mañana puedes volver a venir.

Alicia salió de la habitación. Natalia se sentó en el filo de la cama y agarró la mano de Enrique.

—Siento el golpe que te di con la jarra —añadió.

—Sácame de aquí por favor, te lo suplico... tengo familia.

—Yo también tengo familia Enrique... y los he de alimentar.

—Yo no os he hecho nada. Solo quiero irme a mi casa.

—Lo siento, pero no podrás irte —apretó su mano—. Ya no hay vuelta atrás.

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Victor entró.

—¡Victor! Ya se ha despertado —le dijo Natalia.

—Me lo ha dicho Alicia. He venido en cuanto me he enterado —dijo el niño.

—A Victor ya lo conoces. No es mi hijo, pero como si lo fuera. Sus padres se suicidaron y somos lo más parecido a unos padres para él —explicó la mujer.

—¡Estáis locos! ¡Sois todos unos locos! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —Enrique no paraba de gritar.

—Nadie va a oírte —Natalia se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Te dejo con Victor... os llevaréis muy bien.

La puerta se cerró. El silencio en aquella habitación era aterrador. Enrique miró a los ojos de Victor. El niño no dijo nada. Del bolsillo de su pantalón sacó unas tijeras.

—¿Te gustan? —preguntó—. Me las ha regalado Natalia. Es como una madre para mi. La quiero mucho.

—¿Qué vas a hacer? Déjame ir por favor. Tengo cuatro hijos... estarán preocupados por mi.

—Alfredo siempre dice que si te alteras la carne sabe mal.

—¿Qué? ¿Carne?

Victor levantó su brazo y clavó las tijeras en la pierna izquierda de Enrique. Las clavó tan profundas que nos las pudo sacar. El hombre gritó con todas sus fuerzas, el dolor era horrible.

—¡Alfredo! —gritó el niño.

—¿Qué pasa? —dijo Alfredo entrando en la habitación.

—No puedo sacar las tijeras...

—¡Joder! Déjame ver... seguramente se han quedado atrancadas con el hueso.

Alfredo estiró con todas sus fuerzas mientras tapaba la boca de Enrique para que no gritara. Soltó la mano cuando consiguió retirar las tijeras.

—¿Por qué Natalia no le ha tapado la boca a este tío? —preguntó Alfredo.

Victor se encogió de hombros y volvió a clavar las tijeras, esta vez en la otra pierna, y las pudo sacar sin ningún problema.

—Esta vez lo he hecho bien... han salido fácil.

—Muy bien Victor —comentó Alfredo a la vez que sentaba en la cama—. Aún te queda mucho por sufrir Enrique, será mejor que reserves fuerzas.

—¿Por qué me hacéis esto? —preguntó llorando Enrique.

—¿Y por qué no? Deberías de estar agradecido... Victor te salvó de la lluvia. En esta vida hay que ser generoso.

—¡Estáis locos!

—¿Y si el loco aquí eres tú? —Alfredo se levantó de la cama y salió de la habitación.

Victor miró atentamente a Enrique y le mostró una sonrisa. Le sacó la lengua burlándose de él y le agarró la mano.

—Tranquilo... todo esto pasará pronto. En un rato también vendrá Robert a divertirse contigo —dijo el niño apretando con fuerza la mano del hombre.

Matilde estaba en su habitación. Un pequeño rincón que su hermano Alfredo había guardado para ella. Desde que había salido del hospital psiquiátrico no era la misma. Estaba cansada de los gritos que venían de la habitación de arriba. Estaba amenazada, si contaba algo, la matarían. Alfredo y Natalia se enfadaron mucho con ella cuando unos años atrás se llevó los restos que quedaban del cuerpo de Alejandro, el chico que trabajaba en una panadería. Natalia siempre le dijo que con aquellos restos hubieran podido cenar unas cuantas noches y no se lo perdonó nunca.

—Con la comida de mis hijos no se juega —decía siempre.

Pero hubo algo que hizo en absoluto secreto, aún arriesgando su propia vida. Mantenía conversaciones con un chico del barrio llamado Blas, le contaba todo lo que ocurría en la casa a través de la ventana de su habitación. Blas solía subirse al tejado de la casa, y desde allí, conseguía grabar con su cámara de 8 mm todo lo que acontecía en aquella macabra habitación donde ahora estaban torturando a Enrique. El chico grababa y luego reproducía el vídeo a escondidas en su habitación. Matilde le había contado que la familia era muy peligrosa, el chico tenía miedo, estaba aterrado. Cuando reprodujo las grabaciones de como torturaban a Enrique, ya no pudo más. Decidió en un acto de valentía acudir a la comisaría del pueblo y decir que había visto a Enrique merodear por su barrio junto a una mujer. No quiso contar la verdad por miedo a que algo le ocurriera, pero decidió explicar esa historia con la esperanza de que pudieran encontrarlo. Pero, Teresa fue la primera en encontrar aquella casa un día de abril de 1974.

## Capítulo 35

### BLAS

*Barcelona, febrero de 2015*

Blas bajó por las escaleras hasta la sala de archivos.

—¡Hola! —saludó.

—¡Hola! ¿Cómo va? —preguntó el agente Vázquez.

—¡Todo bien! —respondió pasando su tarjeta identificativa por el lector.

—¿Tú estás con los pasaportes no? —preguntó Vázquez—. No te he visto nunca por aquí.

—Así es. Me mandan desde arriba a buscar unos archivos... van de culo y no pueden ni bajar.

—¡Ah! Entiendo... ya me lo imagino, los de arriba siempre van de culo —sonrió.

Blas entró en la sala y cogió los archivos que el ex inspector Sala le había indicado minutos antes por teléfono. No podía dejar que el caso viera la luz. Cuando los tuvo en las manos, se marchó.

Cuando llegó a la calle subió al coche y se dirigió a su casa. Tenía que deshacerse de aquellos archivos lo antes posible. Durante el trayecto, le vinieron a su cabeza cientos de imágenes de todo lo que ocurrió años atrás.

*A las afueras de Barcelona, abril de 1974*

Blas se secó las lágrimas que le habían ocasionado ver aquella grabación. Enrique estaba tumbado en el viejo colchón a la vez que Natalia le tiraba

agua hirviendo por todo el pecho. Ese día no pudo más, y cuando comenzaron cortándole miembros de su cuerpo, decidió acudir a comisaría. Matilde le dijo que no podía contar nada, que su familia era peligrosa. Ya había visto por el pueblo el cartel que indicaba que Enrique había desaparecido, así que cuando entró en comisaría y hablo con el inspector Sala, solo dijo que lo vio merodeando la zona con una mujer. El inspector Sala se encargó del caso, su hermano había desaparecido y la única pista era aquel chico que había podido facilitar una información bastante escasa sobre el día de la desaparición. El inspector habló con todos los vecinos, pero nada hacia sospechar que su hermano podía estar en esa zona.

A los pocos días, Teresa fue a tomar un café a casa de su cuñado; el inspector Sala. En un descuido, mientras él preparaba algo para comer, ella entró en su despacho y revisó algunos papeles. Se había enterado que un chico llamado Blas había dado información sobre el paradero de su marido, lo único que necesitaba era su dirección. Cuando la encontró, la anotó en un pequeño papel y se fue de allí sin ni siquiera despedirse.

Teresa aparcó el coche en la esquina, junto a una pequeña casa de color blanco, observó la dirección del papel y caminó hasta la casa. Llamó al timbre y una mujer con cabello canoso abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó.

—¿Estás Blas? —preguntó Teresa—. Tengo que hablar con él.

—Soy su madre, ¿qué ocurre?

Teresa necesitaba mentir para ser lo más convincente posible. Así que, por unos minutos decidió convertirse en agente de la autoridad.

—Soy policía —dijo—. Todo está bien... no se preocupe por nada. Solo quiero hacerle unas preguntas a su hijo.

—¡Blas! —gritó la mujer—. ¡Baja cagando hostias!

El chico bajó por las escaleras, observó a Teresa y se imaginó lo que podía estar pasando.

—¿Qué pasa mamá? —preguntó el chico.

—Esta mujer es policía, ¿qué coño has hecho esta vez?

—¡No ha hecho nada! No se preocupe señora —añadió Teresa—. Solo serán unas preguntas, pero puede estar tranquila. Hablaremos aquí fuera.

La mujer cerró la puerta, Blas y Teresa se sentaron en las escaleras del porche.

—Tú no eres policía —añadió el chico.

—¿Cómo lo sabes?

—Se te nota en la cara...

—No tengo mucho tiempo Blas... me llamo Teresa, soy la mujer de Enrique, el hombre al que viste dijiste en comisaría que viste por la calle con una mujer.

—No he visto nada más, no puedo ayudarla señora.

—Veo en tu mirada mucho terror... por favor, sé que sabes algo más, dime donde esta mi marido.

—Lo siento. No puedo serle de más ayuda —Blas tenía miedo.

El chico entró en la casa y cerró la puerta. Teresa se quedó sola en los escalones del porche. Triste y desolada.

Al día siguiente, el sol salió después de varios días de mal tiempo. Teresa abrió el buzón de casa y encontró un papel doblado junto a una cinta de vídeo de 8 mm. Al abrirlo se quedó estupefacta.

*Su marido está retenido en la última casa de la calle. La que tiene el cartel en el porche con una sonrisa dibujada.*

Cuando Teresa leyó aquella nota, no lo dudó y se dirigió hacia el lugar sin ni siquiera ver la grabación de la cinta. Necesitaba encontrar a su marido. Lucía la miró atentamente, estaba sentada en el sofá bebiéndose un vaso de leche. Acarició su cabello y las dos se marcharon de casa.

—¿Dónde vamos mamá? —preguntó la niña.

—A buscar a tu padre...

Antes de ir a la casa, Teresa fue a comisaría a hablar con el inspector Sala, pero él no estaba, dejó una nota en su despacho y se fue. La nota decía que había averiguado el lugar en el que se encontraba Enrique, y le había dejado escrito la dirección de la casa.

Teresa llegó al lugar, caminó por el camino de baldosas grises y observó el cartel con la sonrisa dibujada. Agarró la mano de Lucía y llamó al timbre de la casa. Nadie abrió la puerta. La mujer consiguió forzar la cerradura, era una puerta antigua, no le resultó demasiado difícil. Cuando entró en la casa olió el horrible hedor que provenía de cada rincón.

—¿¡Hola!?! —gritó—. No te sueltes de mi mano Lucía.

Todo estaba en silencio. No se oía ni un alma. Teresa subió lentamente por las escaleras. Al llegar arriba entró en todas las habitaciones, pero al llegar a la última, fue cuando todo su mundo se derrumbó ante sus pies. Sobre un viejo colchón estaba Enrique, le faltaba la cabeza, pero reconoció

perfectamente su cuerpo y el pequeño lunar junto al ombligo. Le habían cortado los brazos y la pierna izquierda, algunos dedos de una mano estaban tirados por el suelo, en un rincón había amontonadas heces de lo que parecían ser de personas. Lucía soltó la mano de su madre que se había quedado inmóvil. La niña recogió uno de los dedos del suelo y lo mordió pensando que sería una golosina. Teresa se desmayó. Cayó sobre el sucio suelo.

La mujer abrió lentamente los ojos, el golpe que se había llevado en la cabeza al desmayarse había provocado que hubiera estado unos minutos inconscientes, los suficientes como para que el inspector Sala entrara en la casa y se la encontrara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Dónde está Lucía?

—¡Tranquila! Está en el pasillo, le he dicho que se espere un momento.

Los dos observaron a su alrededor de aquella inmundicia habitación. Contemplaron el cuerpo de Enrique, al menos lo que quedaba de él.

—¡Enrique! —Teresa se acercó al cadáver y lo abrazó.

El inspector Sala sintió arcadas de ver como su cuñada abrazaba el cuerpo mutilado de su hermano.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó él—. ¿Quién ha hecho esto?

—¡Joaquín! ¿Has anotado algo en el informe policial? —preguntó Teresa.

—¿A qué te refieres?

—A la dirección de esta casa... todo lo relacionado con esto.

—Si claro, he introducido los datos en cuanto leí tu nota y vine para aquí —explicó el inspector.

—Tienes que borrarlo todo... nosotros tenemos que encontrar a los culpables y hacer que sufran, mora a mi marido... a tu hermano, lo han descuartizado.

—No puedo borrar los archivos... se guardan en un servidor que tenemos.

—Pues cierra el caso —dijo Teresa.

—¡Una mierda! Encontraremos a los que han hecho esto, los esperaremos y se hará justicia.

En ese preciso instante, la puerta de entrada se abrió. Alfredo y Natalia habían ido a pasar el día fuera todos juntos, incluida Matilde. Teresa se sobresaltó y tiró el jarrón de flores que había sobre la mesita. Natalia

agarró fuertemente la mano de Robert y Claudia y miró atentamente a Victor.

—Hay alguien en casa —dijo—. Nos han descubierto.

La familia salió corriendo, subieron al coche y, a toda velocidad, dejaron su casa atrás. El inspector y Teresa bajaron y vieron como el vehículo se alejó a gran velocidad, no pudieron ver la matrícula.

—Tienes que cerrar el caso y archivarlo —añadió Teresa—. No los encontrareis jamás.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó el inspector Sala.

—No sé el tiempo que me llevará encontrar a todos los implicados, pero los encontraré y los mataré a todos. Tenemos que limpiar esa casa y deshacernos de todo, no quiero que nadie pueda investigar ese caso. Ellos son míos.

—No puedes hacer eso Teresa... no puedes tomarte la justicia por tu mano, me estás pidiendo que ignore algo importante que hemos encontrado. Va en contra de mis principios.

—¡Lo han cortado a pedazos! —gritó—. Vuelve a subir arriba y mira el cuerpo de tu hermano...

Teresa se arrodilló en el suelo del jardín delantero y comenzó a llorar. Observó el cartel de la entrada y miró aquella macabra sonrisa. Estaba viviendo en aquel momento un auténtico infierno.

Pasados unos meses, Teresa consiguió encontrar a Alfredo y Natalia que habían conseguido refugiarse en un pequeño pueblo de Madrid, donde vivía una sobrina de Natalia. Robert y Claudia se habían ido con su tía Matilde. Y hasta pasados unos años no llegó a saber que Alicia; la hija de los vecinos, también había estado implicada en todo aquello. Por la grabación de la cinta en 8 mm pudo saber que Victor también estaba implicado, pero al cambiarse el nombre le fue mucho más difícil conocer su identidad. Alfredo y Natalia murieron en el granero del inspector Sala; el hermano de Enrique. Teresa lo planeó todo, y fue ayudada por el inspector y su mujer. Blas se hizo policía, siempre guardó el secreto de lo que había ocurrido en la casa del enjambre. Un secreto que guardó junto al inspector Sala para que nadie averiguara lo que ocurrió de verdad. Un macabro secreto, que nadie podía conocer.

## Capítulo 36

### EL GRANERO

El inspector Román y el agente Sánchez dejaron el vehículo junto a la cerca de la casa. Román le pidió a Daniel que se quedase en el vehículo. El inspector caminó hacia la casa, y al llegar al porche llamó al timbre. La luz del recibidor se encendió, y el ex inspector Sala abrió la puerta con cara de dormido.

—¿Román? ¿Qué coño haces en mi casa? ¿Has visto la hora que es?

—Lo siento señor Sala... he averiguado algo y tenía que venir a hablar con usted.

—¡Pasa! Y reza para que mi mujer no se despierte o nos cortará a filetes y nos meterá en el horno... —sonrió.

Los dos se acomodaron en el salón, el señor Sala ofreció una taza de café. Román la aceptó encantado, todavía la noche podía ser muy larga.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el ex inspector.

—He averiguado que Enrique, era tu hermano —dijo sin rodeos—. Desapareció misteriosamente y jamás lo encontraron.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó intrigado.

—Ya sabes... soy policía, es mi trabajo descubrir la verdad. Los padres de Robert y Claudia desaparecieron también misteriosamente, y casualmente a Robert lo asesinan y en menos de veinticuatro horas se cargan también a su hermana... ¿vas a contarme la verdad?

—No hay nada que contar Román.

—¡Y una mierda! ¿Crees que soy imbécil? Tú iniciaste la investigación de la desaparición de tu hermano, pero misteriosamente el caso se cerró, y alguien roba los archivos de comisaría. Vivía muy cerca de la casa de Alfredo y Natalia.

—Hay historias que es mucho mejor que queden enterradas para siempre... remover la mierda nunca es bueno.

—¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar el inspector.

—¿Quieres saberlo? ¿Quieres conocer al detalle todo lo que ocurrió?

—Cuéntamelo todo —respondió ansioso Román.

«En el año 1961 desapareció la primera persona. Fue una chica de veinticinco años. Desapareció un siete de octubre sin dejar rastro alguno. Toda la comisaría se volcó en ese caso, pero jamás apareció. Meses después, un matrimonio de Galicia que estaban aquí de vacaciones, se esfumaron, desaparecieron, nadie supo de ellos, ni su familia, ni amigos; nadie. Cada vez habían más casos de desaparecidos, se esfumaban como fantasmas, nunca pudimos averiguar nada, ni huellas, ni pistas, absolutamente nada. Pero un día, aparecieron los restos de un chico en el bosque, lo habían descuartizado. Hubo una sospechosa; Matilde, la encerraron en un hospital psiquiátrico, pero estaba clarísimo que no fue ella, había que culpar a alguien para tranquilizar a la gente, así que fue el momento perfecto para meter toda la mierda a una sola persona. Mientras ella estaba encerrada continuó desapareciendo gente, así que la soltaron. Debería haberme jubilado, pero llegó un caso que no pude rechazar, mi hermano Enrique había desaparecido. Un día, un chico llamado Blas, se personó en comisaría y dijo que lo había visto caminar por la calle con una mujer un cinco de abril, fue el día que en que desapareció. Inicié una investigación, se interrogó a los vecinos, pero sin pruebas no pudimos hacer gran cosa, solo teníamos la versión de aquel chico. Todo se complicó cuando, Teresa, la mujer de Enrique encontró la casa en la que habían tenido retenido a mi hermano. En el barrio se la conocía como la casa del “enjambre”. Decidí ocultar todas las pruebas y cerrar el caso, Teresa tuvo la idea de vengarse. Alfredo y Natalia se marcharon de la casa, supongo al ver que estábamos a punto de descubrirles, dejaron a Robert y Claudia con Matilde y ella los escondió. Teresa se ha pasado toda la vida queriendo vengar a su marido, y al parecer, lo ha conseguido».

—¿Qué pasó con Alfredo y Natalia? —preguntó el inspector.

—Teresa los encontró. Han pasado muchos años y todavía tengo pesadillas de lo que ocurrió en el granero.

—¿Qué granero?

—En la casa donde mi mujer y yo vivíamos antes... decidimos matarlos allí. Nos vestimos con túnicas negras, y esas túnicas se me aparecen en sueños como si fueran demonios.

—Acabasteis con la vida de dos personas sin un juicio previo, eso les convierte en asesinos, a usted y a su mujer —añadió el inspector.

—¿Es un asesino el que mata a otro asesino? —preguntó el señor Sala—. No te imaginas lo que esos locos le hicieron a mi hermano... lo estuvieron torturando durante cinco días, después lo descuartizaron y se lo

fueron comiendo a trocitos en la cena, acompañado de un buen vino. Ni siquiera pude verlo por última vez, la cabeza nunca apareció.

—Siento mucho lo que le ocurrió a Enrique, pero no podíais tomaros la justicia por vuestra mano... era el mejor inspector de policía que había, los podría haber llevado ante la justicia.

—Se tomó una decisión, y se actuó. Ya no hay vuelta atrás inspector Román.

—La Interpol está detrás... lo averiguarán todo y tendrán que responder por lo que hicieron... y además por contratar a dos sicarios para matarme a mi y a mi compañero.

—Soy demasiado viejo para ir a la cárcel inspector... ni siquiera puedo mantenerme en pie... ¿cómo sabes que he sido yo el que os ha querido matar?

—No ha sido difícil. Nos estábamos acercando demasiado a la verdad, con nuestra muerte se protegían usted, su mujer, su cuñada Teresa y a todos los hijos de ella... solo un poli podría querer matar a otro poli.

—¡Eres un tío listo! El comisario debe de estar muy orgulloso de tu trabajo —dijo el señor Sala.

—¿Quién robó los archivos sobre el caso? ¿Quién está también implicado? —preguntó Román.

—Eres tan buen policía que estoy seguro que lo averiguarás por tu cuenta... ahora, sal de mi casa.

—Su mujer y usted irán a la cárcel por lo que hicieron en aquel granero —dijo Román levantándose de la silla.

—Ese maldito granero se me aparece en mis pesadillas, ir a prisión no me asusta... y ahora, márchate de mi casa. Lárgate y no vuelvas, ahora conoces la verdad, debes decidir que hacer con la información... pero piensa en esto inspector, ¿qué hubiera pasado si fuese tu mujer la que hubiese entrado en la casa del enjambre?

El inspector Román salió de la casa. Cerró la pequeña puerta de la cerca y subió al coche.

—¿Cómo ha ido con el señor Sala? —preguntó el agente Sánchez.

Jesús Román no dijo nada. Ni una sola palabra salió de su boca. Se limitó a conducir dirección a comisaría. Decidió seguir las instrucciones del comisario y dejar la investigación. Cuando llegaron a la central, el inspector miró atentamente a su compañero.

—Me explicaste que llevabas nueve años con la misma chica... ¿sigues enamorado de ella? —preguntó el inspector.

—¡Claro! Como el primer día. ¿Por qué lo preguntas?

—Si alguien la matase, ¿qué harías? A ella, o a algún familiar tuyo.

—No entiendo a que viene todo esto jefe...

—¡Responde! —interrumpió el inspector—. Es solo una simple curiosidad.

—Pues... sinceramente, si encontrase al que lo hubiera hecho, lo mataría. Sin dudarlo.

El inspector Román sonrió y puso su mano en sobre el hombro de su compañero, le guiñó un ojo y le dijo:

—Gracias Daniel.

El inspector Román suspiró. Miró por la ventanilla del coche y en su interior sintió paz consigo mismo.

—¿Cuándo volvemos al turno de día? —preguntó.

—Mañana tenemos fiesta, al siguiente estamos en el turno de día —respondió el agente Sánchez.

El inspector sacó su teléfono móvil del bolsillo y le escribió un mensaje a su mujer.

«Te echo de menos. Pediré una semana de vacaciones y nos iremos a la casa de la playa. Te quiero».

## Capítulo 37

### BICHOS

Cuando se supo todo, la prensa llamó al caso “Bichos”, ya que la gente comenzó a comparar a aquellos asesinos con cucarachas y todo tipo de insectos. La Interpol trasladó a Alan a Francia, que es donde había cometido la mayoría de sus crímenes. Fue acusado de más de una treintena de asesinatos, tiempo después se descubrió que se comía a sus víctimas. A medida que fue pasando el tiempo, salió a la luz toda la investigación relacionada con el caso. La policía de Barcelona y la Interpol trabajaron conjuntamente para establecer exactamente todo lo ocurrido. El caso se cerró y quedó archivado para siempre.

#### CASO “BICHOS” CLASIFICADO

*CASO 1945/2015*

Teresa Armendiz: Acusada de planear los crímenes, coacción y secuestro. (Actualmente encerrada en hospital psiquiátrico de la ciudad).

Javier Sala: Acusado del asesinato de Robert, coacción y secuestro. (Actualmente cumple condena de prisión).

Julio Sala: Acusado del asesinato de Claudia, coacción y secuestro. (Actualmente cumple condena de prisión).

Lucía Sala: Su cadáver fue incinerado a puerta cerrada después de ser encontrada muerta en casa de Alan.

Armando Sala: Se encuentra en paradero desconocido. La última vez que se le vio, fue en el aeropuerto de Barcelona, posiblemente utilizó documentación falsa. Se dice que llevaba con él medio millón de euros. En busca y captura. Acusado de asesinato, coacción y secuestro.

Victor López / Alan López: Acusado de treinta y dos crímenes en diferentes países. Condenado en a prisión en Francia. (Actualmente cumple condena de prisión en Francia).

Alicia Torres: Se encuentra en paradero desconocido. Estuvo retenida durante más de cinco meses en casa de Teresa, pero jamás apareció. Ninguno de los acusados reveló su paradero. (Actualmente sigue en busca y captura acusada de tortura y asesinato).

Enrique Sala: Su cabeza fue encontrada en el domicilio de Alan, al ser la primera cabeza que cortó, decidió conservarla en frío. La cabeza fue incinerada junto al cuerpo de su hija Lucía.

Silvia Raya: Debido a que Armando aún estaba libre, la Interpol le facilitó una nueva identidad, tanto para ella como para su hijo. Le retiraron todos los cargos que había presentado la policía por el asesinato de Maite Herranz. (Actualmente viven en una localización secreta).

Tiempo después, un psiquiatra forense muy conocido, escribió un libro sobre el caso. Fue un auténtico éxito en ventas. En él, se explicaba toda la historia de Alfredo y Natalia, de como un día se convirtieron en asesinos y caníbales, de como arrastraron a sus hijos a tal atrocidad, incluso convenciendo a la hija de los vecinos y al niño Victor. El niño, después de vivir toda su niñez rodeado de gritos y palizas hacia su madre, se convirtió en uno de los mayores asesinos que se hayan visto jamás. Toda la segunda mitad del libro habla sobre él, de sus viajes y de todos sus crímenes perpetrados. Como prólogo del libro se utilizó una frase que Lucía había escrito en la novela que estaba escribiendo y jamás terminó. La frase decía “*tengo sed de venganza, quiero que todos mueran, y hasta que no lo consiga no pararé jamás*”. El libro se vendió a nivel mundial y todo el mundo pudo conocer la historia de la casa del *enjambre*.

Hubo algo que siempre quedó en la duda y llevó de cabeza a más de un policía, una de esas incógnitas que siempre quedarán en el aire. ¿Dónde se encuentra Alicia?

## Final

*Barcelona, junio de 2015*

Marga abrió la puerta de la habitación. Sonrió al ver a Alicia tumbada en la cama. Le encantaba mirarla.

—¿Cómo está hoy mi niña? —preguntó la vieja.

—¡Loca! Sácame de aquí —gritó Alicia.

Antes de que detuvieran a Teresa y Armando hubiera con dinero. Él y Javier llevaron a Alicia con el matrimonio Garrido. Ese había sido el trato. Ellos perdieron a su hija años atrás, y odiaban a los asesinos, era la manera perfecta de tener un problema menos y que ellos se encargaran de la secuestrada. La tuvieron atada en una habitación, y la torturaban y jugaban con ella como si fuera una muñeca.

Juan Garrido entró en la habitación. Llevaba consigo un pequeño maletín con herramientas.

—¡Locos! ¡Hijos de puta! ¡Dejadme salir de esta maldita habitación! —Alicia no paraba de gritar.

—Te hemos dicho mil veces que nos llames papá y mamá —dijo el señor Garrido.

—Eres tan bonita —añadió Marga acariciando el cabello de Alicia—. Eres preciosa...

El señor Garrido abrió el maletín y sacó unas tenazas. Se acercó a Alicia y le abrió la boca. Lo tenían apuntado en el calendario de la cocina, ese día le iban a arrancar un diente.

En noviembre de ese mismo año, Alicia falleció a causa de todas las heridas que le habían provocado todas las torturas. El matrimonio enterró el cuerpo en el jardín de una casa de la montaña del matrimonio. Celebraron un funeral donde el matrimonio Garrido lloró como si de una hija suya se tratase. Solo ellos lo sabían, se quedaron con más ganas de torturarla. La policía jamás les relacionó con la desaparición de Alicia. Volvieron a su piso de Barcelona, continuaron con su vida como si nada hubiera ocurrido. Aunque una cosa era cierta, no conocían del todo la historia de la casa del *enjambre*, lo único que sabían era lo poco que Armando les contó aquel día en el salón. Eran ajenos completamente a la macabra historia de lo que ocurrió en aquella casa. Pero, perduraría para siempre.



ÁNGEL FERNÁNDEZ CAMUÑAS nació en Sabadell (Barcelona), en abril de 1984. Desde pequeño mostró un gran interés por las historias de suspense y terror, llegando a ser un gran aficionado al cine de ese género y de la novela negra. Ya en el colegio escribía historias y guiones para pequeños proyectos escolares y, a día de hoy, tiene auto publicadas siete novelas en Amazon; *Destino*, *El enjambre de los locos*, *El asesino del reloj*, *El ilusionista de Varsovia* y *El susurro de los intrusos*, *El llanto de los intrusos* y *Los crímenes del horóscopo*.

Actualmente trabaja en una empresa de seguridad, un sector en el que lleva más de diez años trabajando como asesor y consultor en seguridad para empresas, compaginándolo con su otra gran afición que es la escritura.